



LA IZQUIERDA DE BRUNO TRENTIN

Iginio Ariemma

TRADUCCIÓN DE JOSÉ LUIS LÓPEZ BULLA

INTRODUCCIÓN.

LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA IZQUIERDA.	5
LA LIBERTAD EN EL CENTRO DE TRABAJO	7
EL CONTROL OBRERO Y LA PARTICIPACIÓN EN LOS CENTROS DE TRABAJO	8
LA VISIÓN «HERÉTICA» DE LA DEMOCRACIA Y DEL SOCIALISMO	9
PARTIDO Y SINDICATO	10
CONTRA EL MAXIMALISMO Y EL EXTREMISMO	12
LA ACTUALIDAD DEL FUTURO	14

**1. LA FORJA DE UN SINDICALISTA. LA UTOPIA DE
LA TRANSFORMACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA.**

LA JUVENTUD QUE QUEDA	17
EL CORAJE DE LA UTOPIA COTIDIANA	17
LA CIUDAD DEL TRABAJO	18
ANTE TODO LA LIBERTAD	19
DEL SINDICATO DE LOS CONSEJOS AL SINDICATO DE LOS DERECHOS Y DE PROGRAMA	21
LA IZQUIERDA Y EL PARTIDO	22
LOS ÚLTIMOS AÑOS	24

2. TURÍN Y LA EXPERIENCIA CONSEJISTA

1955: LA DERROTA DE LA FIOM EN LA FIAT	26
EL SINDICATO DE LOS CONSEJOS	29
A LA BÚSQUEDA DE LAS RAZONES DE LA DERROTA DE LOS AÑOS SETENTA	31
LA CIUDAD DEL TRABAJO	34

3. LA UNIDAD SINDICAL COMO VÍNCULO Y VALOR

EN LA ESCUELA DE DI VITTORIO	36
LA LIBERTAD Y EL TRABAJO	37
EL SINDICATO DE LOS CONSEJOS Y LA FEDERACIÓN DE TRABAJADORES METALÚRGICOS	38
TRENTIN RECHAZA LA CRÍTICA DE SER UN PANSINDICALISTA	39
EL SINDICATO DE LOS DERECHOS Y LA SOLIDARIDAD	40
LA CRISIS HISTÓRICA DEL FORDISMO Y EL CONOCIMIENTO COMO BASE DE LA CALIDAD DEL TRABAJO	41

4. EL SINDICATO DE LOS DERECHOS

EL SURGIMIENTO DEL SINDICATO DE LOS DERECHOS	43
EL SINDICATO DE LOS DERECHOS	43
LOS HILOS DE LA CONTINUIDAD	45
UNA VISIÓN INNOVADORA DE LA DEMOCRACIA Y LOS DERECHOS	46



LA NUEVA FRONTERA DE LOS DERECHOS CULTURALES	47
EL ALIENTO EUROPEO	49

5. EL EUROPEÍSMO «NATURAL» EN LA PRUEBA DEL

PARLAMENTO EUROPEO	51
EL EUROPEÍSMO FEDERAL «EN LA SANGRE»	52
ARTÍFICE DEL SINDICALISMO EUROPEO	53
EN EL PARLAMENTO EUROPEO	54
CONTRA EL EUROESCEPTICISMO Y EL POPULISMO ANTIEUROPEO	56
EUROPA COMO PROYECTO	58

6. EL SOCIALISMO LIBERTARIO: TRENTIN Y FOA

DE LA RESISTENCIA A LOS AÑOS CINCUENTA	60
LA IZQUIERDA SINDICAL Y EL SINDICATO DE LOS CONSEJOS	63
LA REFLEXIÓN DE FOA EN LOS AÑOS OCHENTA	65
Y LA DE TRENTIN	66

7. EL SOCIALISMO HERÉTICO

LOS ELEMENTOS DE SOCIALISMO	71
EL NEXO ENTRE LIBERTAD HUMANA Y TRABAJO	74
EL SOCIALISMO HERÉTICO	75
LA ADHESIÓN AL PCI	76

8. LAS OTRAS VÍAS DE LA IZQUIERDA. PRIMERA PARTE

EL SILENCIO DE LA IZQUIERDA	79
LA CRISIS DE LA POLÍTICA	80
LA HEGEMONÍA DEL TAYLORISMO Y LA RELIGIÓN DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS	82

9. LAS OTRAS VÍAS DE LA IZQUIERDA. SEGUNDA PARTE

GRAMSCI Y LA IDEOLOGÍA CONSEJISTA	85
LAS LUCHAS OBRERAS DE 1968–1969 Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA PERSONA	88
LA NUEVA GEOGRAFÍA DEL TRABAJO Y LA SOCIEDAD DE LA GESTIÓN	89

10. LAS OTRAS VÍAS DE LA IZQUIERDA. TERCERA PARTE

DEL TRABAJO ABSTRACTO AL TRABAJO CONCRETO Y EL PROYECTO DE NUEVA CIVILIZACIÓN	93
LOS CENTROS DE TRABAJO: ORGANIZACIONES QUE CREAN CONOCIMIENTO	95
UNA IZQUIERDA NUEVA	96

BRUNO TRENTIN. NOTA BIOGRÁFICA



*El presente texto es la traducción, excepto tres capítulos dedicados a la infancia y la juventud de Trentin, del libro de Iginio Ariemma **La sinistra di Bruno Trentin** (Ediesse, 2014). Originalmente ha venido saliendo por entregas el pasado verano en el blog *The Parapanda Tribune*. Agradecemos vivamente a Ediesse la autorización de publicar esta obra tan necesaria para el conocimiento general. Séame permitida una particular galantería: dedico esta traducción a mi compañera, Roser Martínez Saborit.*

José Luis López Bulla. Julio-agosto de 2014



INTRODUCCIÓN

LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA IZQUIERDA

LA POLÍTICA COMO PROYECTO

Los once ensayos que están recogidos aquí fueron escritos tras la muerte de Bruno Trentin, el 23 de agosto de 2007. La intención es proporcionar en su conjunto, no tanto el recorrido o, mejor, la huella de la extraordinaria figura política de Trentin sino poner de relieve la originalidad de su pensamiento político.

Para Trentin la política tiene sentido y valor si contiene en sí y persigue un proyecto, un nuevo proyecto de sociedad. No se puede limitar a la gestión pública y administrativa del Estado y las instituciones y ni siquiera a la conquista del poder político y a la predisposición y actuación de las tácticas y estrategias orientadas a este fin. No son muchos, no sólo en Italia, los que piensan de este modo. Trentin ha sido una de las personalidades intelectuales de mayor altura de la política como proyecto. Su proyección es particular, original. Aunque se nutre de una tensión ideal —e incluso utópica— no se orienta a un futuro lejano, imaginario, sino al presente.

Es válida si es capaz de mejorar —o más precisamente transformar— y cambiar la vida cotidiana de los seres humanos a partir de quienes están en los más bajo de la escala social y sufren más, sobre todo los trabajadores. Desde joven descubrió «el gran deseo de libertad y conocimiento» que proporciona un «orgullo» inigualable. Coherentemente la vara de medir del proyecto es no sólo el consenso sino la participación democrática en su realización, y especialmente, en su elaboración. En cierto modo es una especie de experiencia científica de tipo social comparable a la experimentación en física. En esta experimentación, la verificación, en la victoria y en la derrota, se funda tanto a través del resultado efectivo y concreto como en la participación colectiva de masas.

Este modo de proceder lo explica bien Vittorio Foa que, con Bruno trabajó mucho tiempo en el sindicato ya antes en la Resistencia. «Yo era de la opinión —escribe Foa en su libro de memorias *Il cavallo e la torre*— de no programar el futuro, proponiendo lo que me parecía esencial, y después *cada*



jour a sa peine [']. Sin embargo, Bruno se esforzaba en prever los obstáculos y proponer las medidas para superarlos, viendo los obstáculos no como puros impedimentos sino como comportamientos de las personas con cuya participación había que pensar desde el principio».

Tanto Foa como Trentin participaron en la elaboración del *Piano del lavoro* de Di Vittorio en 1949 y años posteriores. Formaban parte del Gabinete de estudios de la CGIL. Esta experiencia ha dejado en Bruno una huella profunda y sobre todo la voluntad de proyecto que tanto ha caracterizado su manera de ser. El proyecto trentiniano tiene en su raíz una visión no ideológica del capitalismo. Probablemente sus estudios en Harvard sobre la realidad americana, sobre el New Deal y sobre el fordismo le abrieron los ojos. Si se leen sus escritos de los años cincuenta, que se encontraron después de su muerte (pocos, a decir verdad) vemos que su preocupación principal es combatir la tesis predominante en la cultura marxista de entonces sobre el derrumbe del capitalismo y sobre la pauperización de la clase obrera. Para Bruno, sin embargo, lo que está en marcha es el neocapitalismo que desarrolla procesos de modernización en las nuevas tecnologías, en la organización del trabajo y en las relaciones sindicales. Nunca oí a Bruno hablar de la derrota del capitalismo y ni siquiera de su hundimiento. En *La libertà viene prima. La posta in gioco del conflitto sociale* escribió que es necesario luchar por «superar las contradicciones y la bancarrota del capitalismo y la economía de mercado» y de introducir «elementos de socialismo»¹. Es una estrategia progresiva que pronto intentará ilustrar a la hora de tratar sobre el control obrero.

El otro punto básico del proyecto es la severa crítica del socialismo de Estado. Es una crítica que se hace más áspera tras la represión soviética de la revuelta popular y obrera húngara de 1956. El socialismo de Estado no consiguió cambiar la condición obrera. La revolución desde arriba (así la definía Stalin) es un fracaso histórico. Esto debe substituirse por una revolución desde abajo donde la clase obrera sea directamente protagonista del cambio. En este modo de pensar se parece a Gramsci, al Gramsci que diferencia el proceso revolucionario de Occidente, más gradual y especialmente más hegemónico con respecto a lo que sucedió en Rusia y en Oriente con el asalto al Palacio de Invierno de la revolución de octubre. Es sobre todo el nexo entre reforma y revolución que fue uno de los nudos teóricos y prácticos más discutidos entonces. Un nudo que Antonio Giolitti, después de Hungría, pone en el centro de su reflexión y como título de su *pamphlet*, antes de abandonar el PCI. Bruno, amigo y próximo políticamente a Giolitti está de acuerdo. Pero, a diferencia de Giolitti, no abandona el PCI porque piensa que la renovación de la izquierda no pasa a través de los «tacticismos» del Partido Socialista Italiano sino en el interior del partido comunista.



Alfredo Reichlin, tras la muerte de Bruno, escribió que Trentin es parte, parte importante, del reformismo atípico, real del PCI. Sin duda, la estrategia reformista, tras 1956, está en la práctica como la única posible del grupo dirigente, especialmente en la generación más joven que se adhirió al partido sobre la onda de la Resistencia y del partido nuevo, de masas, togliattiano. Se hablaba del proceso reformador en vez de proceso reformista, pero la

substancia era ésta. También Bruno formaba parte de esta generación, pero no sé si hubiera estado de acuerdo. Seguramente era crítico hacia el reformismo teórico y hacia la moderación de la política reformista. En uno de sus últimos apuntes de su diario en 2006 ante la babel reformista del ya constituido Partido democrático (todos reformistas), escribe con sarcasmo: «¡Mejor la socialdemocracia!». Aunque disentía de la política socialdemócrata, considerada verticista, paternalista en torno al mundo del trabajo, reconocía, sin embargo, que la socialdemocracia alemana y nórdica era más avanzada en la humanización del trabajo y en los servicios de empleo.

LA LIBERTAD EN EL CENTRO DE TRABAJO

Es un lugar común repetir que la identidad de la izquierda esté centrada en el concepto del trabajo, que para el hombre de izquierdas el trabajo sea el punto de partida para comprender el mundo y el acto constituyente de la



condición humana. Para Trentin hay algo más: en el centro del trabajo está la libertad. Con el trabajo, la persona humana se realiza y se valora a sí misma, a su propio proyecto de vida, a la libertad. La degeneración del trabajo en mercancía, en una cosa, como mero apéndice de la máquina, de la técnica, robotiza al hombre y es la negación de todo ello. En la literatura hay dos relatos extraordinarios que han representado los dos polos contrapuestos de esta condición.

El polo negativo es, en el cuento de Herman Melville, el escribiente Bartleby, quien en un momento de su vida se niega a copiar el enésimo acto judicial o el documento perdido. Lo hace con garbo –preferiría no hacerlo– pero ya no puede más con tanta fatiga repetitiva, privada de sentido y de vida, que no le ofrece nada, es un trabajo muerto. Y prefiere dejarse morir. El polo positivo se lee en *La llave estrella*. Primo Levi, con su escritura precisa, medida, científica, escribe: «Amar el trabajo propio representa la mejor aproximación concreta de la felicidad sobre la tierra, pero esta es una verdad que no la conoce mucha gente».



Trentin no tuvo nunca una concepción «obrerista y desarrollista», como se decía hace tiempo, es decir, una concepción ideológica del trabajo asalariado típica de un cierto marxismo dogmático y determinista. Afrontó esta cuestión en *La ciudad del trabajo y la otra vía de la izquierda* y a ella me remito. Tampoco tenía una concepción totalizante allá donde el trabajo lo es todo. Sobre la base de su experiencia y angustia existencial conocía la complejidad y el valor del individuo. La persona humana es el fruto de muchos

aspectos, intereses, relaciones con los otros y con la naturaleza, con sus sentimientos y emociones, incluido el tiempo libre y el ocio. Pero el trabajo tiene un grado superior, incluso a los afectos y a la familia, que sin embargo son tan importantes para darle un sentido a la propia existencia. A menudo no es así: la plena y buena ocupación es «una verdad que no conocen muchos», como decía Levi. Con frecuencia el trabajo no es más que (y solamente) una necesidad, mera fábrica sin libertad y sin ninguna autonomía. Pero esto lo sabía bien Bruno. Y luchaba para que el derecho del trabajo fuese un derecho de ciudadanía constitucional, y los derechos sociales — más allá del trabajo, la enseñanza, la salud, la vivienda y demás— fuesen a la par de los derechos civiles y políticos.

EL CONTROL OBRERO Y LA PARTICIPACIÓN EN LOS CENTROS DE TRABAJO

El tema más significativo del proyecto trentiniano, sobre el que ha sido más continua su iniciativa sindical y política, fue el control obrero. Su punto de partida no es la experiencia consejista de la primera postguerra (1919–1920) en concomitancia con la revolución de octubre, una experiencia que se extendió a muchos países europeos que él consideró históricamente fallida tanto en su versión soviética como en la versión granciana-ordinovista, esto es, los consejos de fábrica como órganos políticos del nuevo Estado proletario o simplemente como contrapoderes del proceso revolucionario. Trentin se fija en la experiencia de los consejos de gestión tras la Liberación y en el debate que surge en 1957, particularmente en las tesis, un poco extremas, de Raniero Panzieri y Lucio Libertini sobre el control obrero. Su búsqueda es original, estrechamente conectada al sindicato y al sindicato italiano. Los consejos de delegados de equipo y taller son las estructuras de base, unitarias y abiertas a todos los trabajadores, incluidos los no afiliados.

El objetivo es el control desde abajo del proceso productivo y del desarrollo capitalista, de un capitalismo moderno en un régimen democrático. Esta es la gradualidad: primero, el control de la organización del trabajo, contrariando toda la gama de las relaciones sindicales, no sólo los aspectos salariales, sino sobre todo los ritmos, la salud, el ambiente, el progreso tecnológico, etc; después, el control de las inversiones y las estrategias empresariales, concretando de ese modo una democracia industrial de nuevo tipo mediante la cooperación, que Trentin, denomina codeterminación, sin renunciar al papel autónomo del sindicato y el ejercicio del conflicto. «La empresa —escribirá en *La libertà viene prima*— no debe ser un mundo para sí, que desmiente el ordenamiento democrático» sino que debe ser «la organización que crea conocimiento» en cuanto reconoce y concentra la inteligencia colectiva de todos los trabajadores con independencia del nivel en qué trabajan². Esta concepción consejista, que podemos definir como trentiniana, incluso si —como siempre ha reconocido— ha tenido influencia de otras culturas, en particular del sindicalismo cristiano, encontró ciertos obstáculos en su camino. En el Partido comunista y en la misma CGIL una parte relevante --como Giorgio Amendola y Agostino Novella, secretario general



hasta 1970 de la Confederación-- lo contrastó de manera áspera.

El principal argumento es que sería equivocado obscurecer o diluir las diversas orientaciones políticas y sindicales y que los trabajadores deberían tener la posibilidad de expresar su propia representación y sus preferencias sobre la base de candidaturas diferentes, cosa que no permitía la elección de los delegados con carnet blanco y sobre la base del grupo homogéneo de trabajo. No era un argumento privado de fundamento como tuvo ocasión de demostrarse directamente años después en un debate con Amendola. Pero es evidente que de esa manera se interrumpía para empezar de nuevo la relación entre delegados, consejos y control de la organización del trabajo, que era el corazón del proyecto.

En la tesis trentiniana se contraponía también otra hipótesis: la de considerar los consejos como «motores» del movimiento político revolucionario de masas, embriones del contrapoder anticapitalista. Esta idea era apoyada especialmente por Il Manifesto, grupos del PSIUP y otras fuerzas más radicales. Vittorio Foa y Sergio Garavini proponían una vía intermedia: los consejos deberían ser autónomos respecto al sindicato, tener una vida y unas tareas propias. Como puede verse en esta apresurada crónica, la orientación comunista —e incluso de la izquierda— era incierta y estaba dividida. Solamente en el otoño de 1970, al final de un seminario donde hubo mucho debate, tras el informe equilibrado de Fernando Di Giulio, Enrico Berlinguer (que era el vicesecretario del Partido, aunque era el primer dirigente de hecho) confió a Luciano Lama, flamante secretario general de la CGIL, la solución al problema. Así, el sindicato de los consejos se afirmó y con ello la línea de Trentin que tenía como objetivo principal la democracia en los centros de trabajo.

LA VISIÓN «HERÉTICA» DE LA DEMOCRACIA Y DEL SOCIALISMO

Las nuevas formas de democracia obrera son parte de su concepción herética de la democracia. Norberto Bobbio escribió que la democracia es subversiva porque va de abajo para arriba mediante el voto, la soberanía popular, la alternancia con el principio mayoritario, etc. Hasta donde yo sé, Trentin nunca puso en entredicho estos principios, pero subrayó que la democracia, para ser verdaderamente subversiva, debe poder ejercitarse, también y ante todo, desde abajo, en la sociedad civil con un enraizado sistema de autonomías y derechos que favorezcan la realización de la libertad igual para todos y de la igualdad de oportunidades.



La auto tutela individual y la colectiva en la sociedad civil son, en opinión de Trentin, la verdadera garantía de un régimen democrático. Los sindicatos, que son la organización social más robusta, deben empeñarse en una reforma de la sociedad civil que se oriente en ese sentido. Lo que es tanto más necesario porque el poder político está sujeto, por su propia naturaleza y con el paso del tiempo, a conservarse y, por ello, a degenerar frenando los

procesos de liberación, no a crearlos y promoverlos o, al menos, favorecerlos como es propio de la política. La política, según Trentin, tiene como primera tarea reducir y, paso a paso, eliminar las distancias, las lagunas, y las desigualdades entre quien gobierna y el gobernado. Hay que tener en cuenta que Bruno no participaba del mito de la democracia directa. Ni siquiera de la democracia plebiscitaria que le provocaba reservas y perplejidades. Solamente en casos excepcionales, en la fábrica y en los centros de trabajo, tendía a recurrir al referéndum si era obligado. No hay jacobinismo político en su pensamiento y en su modo de actuar. Ninguna huella tampoco del espíritu de su militancia en el Partito d'Azione, crítico y desdeñoso con el partido de masas del que se nutrió de joven y lejano de la manera de pensar del Partido comunista.

La política nunca fue para Bruno solo un testimonio personal. Nunca fue una consecuencia del aristocrático concepto que el Partito d'Azione tenía de la libertad de pensamiento y de la libertad en general. Incluso su socialismo es herético. Sobre este tema, como el de la democracia, remito al lector a los ensayos que vendrán a continuación. El socialismo de Trentin no es una «derivada» de la necesidad histórica que comporta también la renuncia de la libertad. Ha desaparecido toda huella de determinismo o de finalismo histórico que estuvo tan presente en la generación fundadora del Partido comunista. No es un sistema codificado con sus reglas y normas preestablecidas del desarrollo de las fuerzas productivas y sus relaciones de propiedad, sobre la primacía del Estado como consecuencia del partido de la clase obrera. Tampoco queda reducida a la vida democrática al socialismo que, a pesar de todo, es un evidente progreso en la relación entre medios y fines. Para Trentin es una opción, ciertamente de valores, pero sobre todo práctica y de proceso, que puede sufrir contratiempos, ser derrotada y sometida a la alternancia por parte de las fuerzas conservadores de derecha. Pero ahí está lo nuevo de la democracia desde abajo: este socialismo se puede realizar pronto, inmediatamente, dando vida a elementos de socialismo en la sociedad de hoy cambiando la estructura, la cultura y las consciencias.

PARTIDO Y SINDICATO

Los sujetos del proyecto trentiniano no son solamente los partidos sino todas las organizaciones sociales, ante todo los sindicatos, que son sujetos políticos a todos los efectos. También el sindicato debe tener un proyecto de sociedad. Cuando Trentin fue elegido secretario general, en el XII congreso de la CGIL (1991) se aprobó el programa fundamental del sindicato. Era la primera vez para un sindicato y la iniciativa tenía como referencia no ya la cultura comunista sino la de las socialdemocracias europeas.

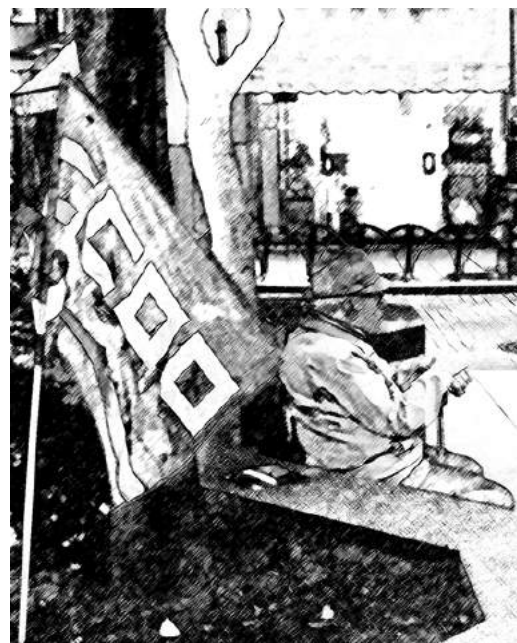
Trentin es muy crítico acerca de la primacía de los partidos y sobre la autonomía de la política. Incluso las luchas sociales —decía— tienen contenidos políticos. Hoy más que ayer porque hay una relación casi orgánica entre



el desarrollo capitalista y la economía de mercado y el Estado. La primacía de los partidos conduce a una política «mutilada, comercial, estrábica y separada de la sociedad civil» en la que se produce «una auténtica fragmentación de la política», «el regreso hacia una cultura de los iniciados» y a la formación de la capa política. En suma, es un descenso hacia el transformismo político que considera prioritario el vértice del poder —el llamado puente de mando— con respecto a los principios y procesos sociales de base. Pero si tan relevante es el peso de la sociedad civil (de sus fermentos, movimientos y luchas sociales), ¿cuáles son los límites entre el partido y el sindicato? ¿Qué tiene que hacer el partido? ¿Cuál es su tarea? ¿No es ya el proyecto una materia exclusiva? Bruno siempre rechazó con irritación la acusación de pansindicalismo e incluso de anarcosindicalismo. Por eso afirmaba que, como era contrario a la autonomía de lo político también era hostil a la autonomía de lo social. Decía que la lucha social, abandonada a sí misma, divorciada de la política, era un mix de corporativismo y maximalismo que, en definitiva, lleva el agua al interclasismo. En la práctica Trentin fue coherente con esta orientación haciendo una vida regular dentro del PCI. En el interior del partido defendió sus ideas y sus batallas respetando las normas vigentes, comprendido el centralismo democrático.

La crítica venía particularmente desde el interior del PCI, que fue insistente durante los años del otoño caliente y en los primeros años setenta durante los cuales hubo una suplencia sindical en las luchas por las reformas sociales. Por una parte estaba «la potencia del sindicato unitario»; por otra, «la reacción de baja intensidad» de los partidos de izquierda» (la frase es de Trentin). Cuando se puso en marcha la fase de la solidaridad nacional, tras las elecciones de 1976 y la substancial paridad entre la Democracia cristiana y el PCI, Berlinguer propuso el proyecto a medio plazo que tenía en el centro la política de austeridad. Obviamente no se trataba de la austeridad de la que se habla hoy sino de una política orientada a reformas radicales tanto sobre el plano productivo como de los consumos sociales³. Trentin estaba de acuerdo, incluso podía reclamar para sí la paternidad de la idea, y participó en la comisión de trabajo que debía elaborarla, que fue presidida por Giorgio Napolitano. Una vez redactado el documento Trentin escribe en su diario (en octubre de 1977 empiezan los cuadernos): «orientación gelatinosa», que conduce a una visión coyuntural de la austeridad, no estructural; y, sobre todo, sin tener en cuenta los nuevos fermentos de la sociedad civil, las nuevas formas de democracia obrera, la acción de los sindicatos sin los cuales no es posible dañar «los mecanismos de poder existentes».

Su opción de afiliarse al PCI, desde el inicio al final, en 1950 no fue improvisada, instintiva sino meditada seriamente. Vino tras su laboriosa experiencia y poco feliz en el Partito d'Azione, tras dos años de espera como «compañero de viaje». Temía especialmente la «cerrazón» de lo que llamó, entonces, el partido-iglesia, que a veces era sectario y



dogmático. En el Partido comunista atravesó momentos difíciles: Hungría, era uno de los herejes de la CGIL, el tránsito del Gabinete de estudios a la Fiom que probablemente tenía detrás el grupo dirigente del partido, la situación dolorosa del Manifesto, la crítica punzante de sectores del partido al sindicato de los consejos, la fallida sucesión de Luciano Lama en la CGIL, la disolución del PCI sin un proyecto válido, alternativo, el transformismo dominante en el PDS y en el DSI. Sin embargo, permaneció en el partido sin renunciar a sus ideas para llevar adelante el proyecto político del que estaba convencido. Tenía simpatía por el Olivo, ya lo hemos dicho en otras ocasiones. Pero no quería renunciar a sus ideales socialistas. Según él, el Olivo debía organizarse federalmente, mediante un proceso no breve que tuviera en el centro un proyecto nuevo de transformación de la sociedad italiana y europea. Este camino habría permitido una contaminación real entre las diversas tradiciones, entre el mundo de la izquierda y el católico, y sobre todo un robusto injerto de energías nuevas provenientes de la sociedad civil. Antes de nacer, improvisada y fríamente, el Partido Democrático, muere Trentin.

CONTRA EL MAXIMALISMO Y EL EXTREMISMO

Trentin no era maximalista, ni mucho menos extremista. Consideraba infantiles estos comportamientos y las posiciones políticas que de ellos se derivaban. Más todavía, entonces retenía, acertadamente en mi opinión, que planteaban reivindicaciones corporativas y oportunistas. Su batalla contra estas posiciones fue continua: sobre formas de lucha no democráticas, contra la violencia en la fábrica y contra el terrorismo. Pero de manera más incisiva en los choques contra el extremismo y maximalismo de los intelectuales que, con planteamientos teóricos y culturales, golpeaban la política sindical. Éstos tenían las siguientes características: la adulación del espontaneísmo obrero, la simplificación de la realidad obrera a través de las categorías culturalmente primitivas del obrero-masa o del obrero-social, que más recientemente han desgastado la ropa indistinta y confusa de la «multitud» del pensamiento de Antonio Negri.

A Trentin no le iba bien la lección leninista que considera que la consciencia de clase viene del exterior, del partido y de la intelectualidad, aunque consideraba que no era espontánea. La cultura obrera era para él también el producto de una tradición, de una acumulación histórica que tenía la base en diversos factores, ante todo en la fábrica. Ni siquiera en los primeros tiempos hubo en el Gabinete de estudios de la CGIL una concepción ideológica de la clase. Estudiaba e investigaba los elementos concretos y específicos del mundo del trabajo. Y con el paso de los años retuvo que la política sindical debía tener como prioridad, con respecto a la clase, el ansia de libertad y conocimiento de los trabajadores y la comunidad obrera. Nunca hizo concesiones a la demagogia y al populismo. «También los obreros se equivocan», le gustaba repetir a los mismos trabajadores.



Naturalmente le tocaba, en alguna ocasión, en asambleas y congresos,

quedar en minoría. Pero incluso así siempre supo asumir con total responsabilidad en la dirección del sindicato, como dirigente real, con coherencia y tenacidad la decisión que había tomado la mayoría. Esto le ocurría particularmente en materia salarial. Para Trentin, que conocía la economía, el salario nunca fue una variable independiente, y por otra parte consideraba que la redistribución de la renta no era la vía maestra para alcanzar relaciones paritarias de igualdad sino la de los derechos y la libertad. Trentin fue contrario: a los aumentos salariales iguales en todas las plataformas de los convenios colectivos de los metalúrgicos en 1969, a la unificación del punto de contingencia, a la supresión de los techos salariales por el modo como se planteó y a la abolición de las “gabbie salariali”⁴. Tenía un concepto sobre el salario muy diferente al del sentido común del sindicato y mostraba sus reservas sobre el salario mínimo garantizado por ley, pero no en la negociación colectiva. Era contrario a la nivelación artificial de las retribuciones tanto porque se daba espacio a la negociación individual y al paternalismo patronal como porque no reconocía el derecho a la promoción y autorrealización de los trabajadores y particularmente de los técnicos.

El momento más difícil de su etapa como dirigente fue el periodo 1992–1993 cuando firmó el llamado pacto de concertación con el gobierno Amato primero y con el gobierno Ciampi después. Fue una firma muy contestada y no solo desde las corrientes más radicales y extremas. Firmó aquel pacto sin entusiasmo, con muchísimas perplejidades, pero lo hizo para defender la unidad sindical y, ante todo, la unidad de la CGIL que consideraba un valor y un vínculo. Pero, junto a esta motivación hubo otra que tal vez tuvo un mayor peso. Trentin era muy crítico con Maastricht. Sin embargo, era un europeísta convencido. Se daba cuenta de que Italia estaba en una dramática situación en las finanzas, la lira, la inflación, la productividad, etc. Y, por todo ello, podía ser excluida de Europa y del proceso de unificación monetaria, el euro, que se decidió en Maastrich (1992).

Lo único que exigió en aquella difícil negociación, el pacto de concertación que llevó a la supresión de la escala móvil, fue la libertad de negociación colectiva a nivel nacional, articulada en la empresa y el reconocimiento de las estructuras de base. El presidente Giuliano Amato no concedió nada y congeló la negociación durante un periodo. Años después, Carlo Azeglio Ciampi abrió el acuerdo y eso representó para Trentin su venganza.

Para Trentin el europeísmo era algo natural. Decía que lo llevaba en la sangre; que le venía de su padre que fue uno de los más convencidos del federalismo de Europa. Bruno nació en Francia, allí estudió hasta los 17 años; allí pasó su infancia y adolescencia entre los combatientes y exilados de la guerra de España y entre el cosmopolitismo de los antifascistas.

Ya en el sindicato se ocupó muy pronto de la comunidad europea, promoviendo la Confederación Europea de Sindicatos. La dimensión europea la desarrolló de una manera más convencida que la del propio PCI. En el último periodo de su vida, como europarlamentario, reconocido y apreciado por todos, quizá su principal proyecto fue los Estados Unidos de Europa, cohesionados y fuertes políticamente.



Un periodista tan poco acomodaticio como Giorgio Bocca escribió: «Cuando habla Trentin no tiene ningún sentido preguntarse si pertenece a la derecha o a la izquierda del Partido comunista; cuando habla uno como él se entiende que la dura superación crítica y la búsqueda creativa pertenecen a todos los que se salen de los lugares comunes y de las perezas mentales. Trentin miraba adelante, a lo lejos. Buscaba entender las transformaciones de la sociedad y hacia dónde dirigirse. Pero no sólo. Hacía todo lo posible porque el sindicato y la izquierda no estuvieran separados de los nuevos procesos en curso.

Se recuerda a menudo su ya histórico informe sobre las ideologías del neocapitalismo en 1962 y bien pronto deja las huellas de su investigación sobre las innovaciones. En el seminario sobre «Los trabajadores y el progreso técnico» (junio 1956), organizado por el Instituto Gramsci, recomienda al movimiento obrero no cerrarse al progreso tecnológico y al desafío de la productividad, no tener una «función esencialmente pasiva, de rechazo (de completa resistencia)», sino «formar parte del proceso de dirección del desarrollo y la distribución de sus ventajas y de la posible corrección de las repercusiones negativas». Esta posición la mantuvo siempre. Tiene su origen cuando bromeaba de su amor de adolescente por Kropotkin, que consideraba la vía científica y tecnológica como camino de la revolución social. Trentin siempre estuvo atento a las sugerencias de Raniero Panzeri y de los *Quaderni rossi* sobre la contradictoriedad y ambigüedad del maquinismo y la automoción, pero no compartía las conclusiones que consideraba improvisadas y forzadas sobre el capital a quien se contraponen la rebeldía obrera casi espontánea.

Muchos años después, incluso situando la cuestión ambiental como vínculo para la política sindical rechazó el proceso al crecimiento que intentó Carla Ravaioli a favor del decrecimiento económico. Para Trentin, el objetivo debería ser la calidad del desarrollo que tiene sus fundamentos en la calidad del trabajo. El centro de su interés y de su acción sindical fue un tema principal: el fordismo y en particular el corazón que lo representa, la organización taylorista que anula la persona, reificando el trabajo asalariado. Este es un tema central de *La città del lavoro*. Esta investigación sufre un giro brusco en los años ochenta con la crisis y la caída del fordismo; en realidad, en los Estados Unidos el cambio se inició antes, en la segunda mitad de los años setenta (Bruno estaba muy atento a la economía estadounidense). Trentin nunca habló del final del fordismo porque en primer lugar veía que las grandes fábricas se estaban trasladando a los países emergentes (China, Brasil, India y los países del Este europeo) y, en segundo lugar, porque incluso en Occidente el taylorismo iba asumiendo nuevas formas. Tan sólo desaparecía parcialmente. En realidad los obreros se multiplicaban a nivel mundial e incluso en Occidente y en los países más ricos la reducción de la masa obrera no significaba su final, sino una profunda transformación del trabajo que Trentin estudiaba de cerca para renovar la política sindical. De hecho cuando fue elegido secretario general de la CGIL promovió con un



gran esfuerzo cultural innovador el sindicato de la persona, de los derechos comunes y la solidaridad. Y este es el proyecto que quiso dejar a los cuadros y militantes de la CGIL.

Hay un episodio significativo que vale la pena traer a colación. En julio de 1994 –cuando dimitió de secretario general— Pietro Ingrao puso en marcha un grupo para discutir los cambios en curso de la sociedad capitalista en el mundo del trabajo. Participó también Trentin aunque siempre se mantuvo silencioso, según mis referencias. Después de algunas reuniones, antes del verano de 1995, el grupo se disolvió sin ningún resultado. De ello quedó como testimonio un poco vago en un cuaderno de *Il Manifesto*, *los Appuntamenti di fine secolo*. Trentin, que había hecho publicar en 1994 la conferencia programática de Chianciano, *La libertà e il lavoro nell'Italia che cambia* (Donzelli editore) e *Il coraggio dell'utopia. La sinistra e la crisi del fordismo* (Rizzoli), fue a la reunión. Especialmente Rossana Rossanda lo acusó de simplista, de tener una visión optimista y equivocada del futuro porque el hundimiento del fordismo y el progreso técnico habrían jugado intrínseca y casi automáticamente un papel positivo para los trabajadores. Ingrao, que conocía mejor el pensamiento de Bruno, intentó hacer comprender a Rossanda que la tesis era más compleja y problemática, y no se podía reducir a ese extremo. Pero, más allá de esta diatriba, que tal vez ocultaba antiguos resentimientos, leyendo el cuaderno del *Manifesto*, vale la pena detenerse en el informe de Marco Revelli.

Revelli, en un análisis científico y documentado del fordismo y el toyotismo, criticó «las oportunidades» que Bruno definió como extraordinarias, que se abren con la crisis del fordismo en las iniciativas y el proyecto del sindicato. Para el sociólogo turinés la subjetividad obrera, en la fábrica toyotista integrada, estaba destinada a ser más conculcada y oprimida. Porque se convertía en una «función productiva» elemental, siendo la empresa postfordista «hegemónica y monista» sin el dualismo y la conflictividad precedentes. De ahí su pesimismo en torno a la iniciativa sindical que tendría un ámbito limitado y subalterno en la política de la empresa. Sin duda Trentin había exagerado en Chianciano, pero hay que tener en cuenta que el informe de Chianciano era un modo de despedirse antes de dejar el sindicato. La exageración era un modo hiperbólico para hacer más incisivo el deseo de un giro sindical que según él era necesario.

Trentin no se ilusionó nunca sobre la fábrica y la organización del trabajo toyotista como escribió en *La città del lavoro*, publicado dos años más tarde. Eso no era lo que él proponía. Sin embargo, Trentin continuó pensando que los procesos en curso ofrecían nuevas oportunidades al sindicato y a la izquierda. Una discusión sobre el pesimismo del análisis –que era compartido-- no habría llevado a ninguna parte sino sólo a cerrar la puerta a la iniciativa sindical y a desanimarla. La política es proyecto e incluso es riesgo, obviamente sin aventurerismo. No se puede detener el análisis intelectual. Como siempre estuvo convencido de que el sindicato y la izquierda deben tomar parte en la dirección del progreso tecnológico y en los cambios de los procesos productivos.



¿Optimismo histórico? No, como ya se ha dicho, estaba alejado de todo finalismo histórico. Sobre todo el gramsciano optimismo de la voluntad, que permanece en *La città del lavoro*. En la presentación de este libro en Roma, en la sede de la CGIL, las intervenciones, particularmente la de Pietro Ingrao, subrayaron «la diferencia de la reflexión y las propuestas de Trentin con la realidad». Esta tensión la volvemos a encontrar, años después, en la lectio doctoralis del 2002 en la Universidad Ca' Foscari de Venecia, una conferencia orientada no sólo al trabajo y no sólo sobre el nexo entre trabajo y libertad sino entre trabajo y conocimiento. La formación y la calidad del trabajo son los objetivos fundamentales para derrotar la precarización, el trabajo pobre y «muerto», también para intervenir en el marxiano trabajo abstracto para que la persona-trabajador pueda realizarse verdaderamente con su propio proyecto de vida. Ya en los años setenta, Bruno había pensado mediante la conquista de las 150 horas retribuidas para la formación («incluso para aprender a tocar el contrabajo si el obrero lo deseaba», repetía). Pero ahora los tiempos estaban más maduros y el porvenir era más cercano y actual.

Dudo que hoy pueda haber una «figura» con su carisma o, como prefiero decir, con su fascinación, que era emanación de una compleja y gran riqueza interior. No es un problema solamente de formación cultural y humana y de personalidad. Temo que en la realidad de hoy no se dan las condiciones. Con la sociedad civil reducida a marketing. Sin embargo se siente la falta de su clarividencia y su pasión por la libertad.

NOTAS

1 El conjunto de ensayos de este libro está traducido en el blog Con el Maestro Trentin _

2 Ibidem

3 Enrico Berlinguer en <http://alametiendo.blogspot.com.es/2011/09/la-austeridad-segun-berlinguer.html>

4 *Gabbie salariali* es un sistema de cálculo de los salarios en relación a determinados parámetros, por ejemplo, el coste de la vida.



LA JUVENTUD QUE QUEDA

Bruno Trentin era recalcitrante en no hablar de sí mismo. Alguna cosa ha dicho en los últimos años, especialmente cuando se lo pedían los jóvenes. A Bruno le gustaba mucho un libro que yo promocioné y preparé en parte que titulé *La gioventù che resta*. Cuenta la historia de un joven comandante [de los partisanos de la Resistencia] de *Giustizia e Libertà*, Michele Ficco, que estuvo escondido en mi casa en Lingotto de Turín⁵. Ficco liberó el palacio donde tenía su sede el partido fascista turinés, que después se convirtió en la Universidad y que ahora se llama Campana como la brigada partisana. A Bruno le gustaba esta historia no sólo porque le recordaba su juventud partisana sino porque había comprendido el mensaje, ya presente en el título, para los jóvenes de hoy. Obviamente no se puede excluir que los grandes valores de la libertad, la democracia y la justicia se aprenden en el curso de la vida, pero es seguro que si se introducen de jóvenes a través de una experiencia concreta y de vida ya no se pierden.

De hecho, Bruno continuó indignándose ante el abuso de poder y la injusticia, ante las cosas que no iban en el país y en el interior de la izquierda. Además nunca dejó de «investigar», de buscar y buscar para descubrir la vía para que la libertad de cada cual y de todos pudiese desplegarse plenamente.

EL CORAJE DE LA UTOPIA COTIDIANA

Conocí a Bruno hace muchos años. Si recuerdo bien fue en el 68, en el segundo bienio rojo como él lo llamaba. Después continuamos viéndonos en nuestro común peregrinar entre Turín, Venecia, Roma y durante varias tareas de trabajo que llevábamos entre manos, siendo los suyos más importantes que los míos. Así se construyó una sintonía más cultural que política. Fue en los últimos años cuando esta afinidad se hizo más sólida y se convirtió en una afectuosa amistad, nutrida de un trabajo común y de una cotidiana relación. Bruno era el presidente de la Comisión de Proyecto de los DS, yo era el coordinador. Entre nosotros hablábamos de muchas cosas, no sólo de política, pero sobre todo de política. Lo hacíamos con gran honestidad y claridad, superando la recíproca reserva que era una característica común. Sin el autocontrol sedimentado durante años en la larga experiencia del partido. Pude conocerlo más de cerca y más profundamente. Estoy convencido de que, a medida que se estudie su obra, emergerá no sólo su riqueza cultural, el espesor intelectual, sino también la fuerza



de su pensamiento que, a mi juicio, ha sido uno de los más innovadores. Cuando murió Trentin, Pietro Ingrao dijo que era un gran revolucionario.

Es verdad que eso se refleja en la radicalidad de su pensamiento, en su no ortodoxia, en la capacidad de poner en discusión las categorías más consolidadas y en particular los lugares comunes, también en la manera que ejerció su dirección en el sindicato. Pero al mismo tiempo tenía en la mente que los cambios deben darse aquí y ahora, y son reales y duraderos si proceden de abajo, de la sociedad civil. Bruno tenía muy presente una enseñanza de Vittorio Foa que es el núcleo del reformismo: «A menudo un exceso de impaciencia hacia los comportamientos graduales revela la presunción de la propia centralidad en las relaciones con el mundo. La gradualidad es una atenta consideración hacia los demás, la necesidad de su concurso en la acción y la ayuda de los otros, de la gente requiere tiempo».⁶ Por el contrario, era ásperamente crítico hacia toda forma de milenarismo y hacia toda perspectiva palingenésica. La «revolución» debe venir aquí y ahora y es, ante todo, un cambio de consciencia, una conquista de espacios de libertad para la persona y para todos. En *Il coraggio dell'utopia* dice a Bruno Ugolini: «Creo que he llegado a la convicción de que la utopía de la

transformación de la vida cotidiana debería ser el modo de hacer política»⁷.



LA CIUDAD DEL TRABAJO

Trentin ha trabajado toda su vida hasta la muerte en varios temas que son verdaderos nudos teóricos. Uno de estos, quizá el más relevante, es el trabajo. De hecho tituló su libro más

maduro *La ciudad del trabajo*. Salió en 1997, tres años después de cesar en la secretaría general de la CGIL.

La ciudad del trabajo es su utopía; es como la ciudad de Dios de san Agustín y la ciudad del sol de Tomasso Campanella. Cuando el 13 de septiembre de 2002 la Universidad Ca' Foscari de Venecia le distinguió con el doctorado honoris causa, la lectio doctoralis de Bruno fue sobre el tema «Lavoro e conoscenza» [Véase traducción española en <http://baticola.blogspot.com.es/2006/07/trentin-doctor-honoris-causa-en-la.html>]. Es una lección magistral porque, más allá de un análisis puntual y profundo de los cambios del trabajo y del mercado de trabajo en las sociedades de hoy, hay una apertura valiente y realista: de la necesidad de relacionar cada vez más el trabajo con el saber a través de la formación permanente al imperativo de construir un «nuevo contrato social, inclusivo con un sistema de bienestar efectivamente universal» para dar respuesta a la flexibilidad y a la precariedad en términos de certeza de derecho hasta la protección del envejecimiento activo. No sé exactamente cuándo maduró esta idea, pero su concepción del trabajo va a contracorriente del modo de pensar común de la izquierda. Es-



cribe que «el trabajo es un instrumento de autorrealización de la persona, un factor de identidad y de cambio». De ahí que se opusiera, de manera intransigente no sólo a las teorizaciones que rechazan el trabajo y le niegan el valor (basta con recordar su áspera polémica con *Lotta Continua* y los grupos extremistas durante el otoño caliente) y a los más recientes que predican el fin del trabajo, desde Jeremy Rifkin a Dominique Meda.

No estamos ante el fin del trabajo sino ante el cambio de su calidad, de su papel, de las razones mismas del trabajo. Escribe Trentin: «Los grandes cambios en curso que acompañan al agotamiento de la era fordista marcan el ocaso del concepto de *trabajo abstracto*, sin calidad —la idea de Marx y el parámetro del fordismo— para que el punto de referencia de una nueva división del trabajo y de una nueva organización de la empresa sean el trabajo concreto y la persona que trabaja. La misma flexibilidad del trabajo se interpreta en la *lectio doctoralis* con realismo, es decir, como el producto de los cambios: la introducción de las nuevas tecnologías, la rapidez y la frecuencia de los procesos de innovación y reestructuración que «tienden a ser no ya una patología sino la fisiología de la empresa»⁸. Pero, ¡atentos! —dice— no hay que convertir la flexibilidad del trabajo en una ideología; hay que comprender que debe ir acompañada de un «enriquecimiento y una constante recualificación», de un nuevo contrato social que garantice, ante todo, la formación permanente además de la seguridad en el salario presente y futuro. De ahí la importancia del saber y, sobre todo, del ligamen entre trabajo y conocimiento, tanto para evitar la aparición de nuevas desigualdades y nuevas jerarquías entre quien dispone de saberes y quien ejecuta como para determinar una nueva unidad del mundo del trabajo y para extender la libertad en las relaciones de trabajo.

Es un derrocamiento total con respecto a la concepción tradicional de inspiración socialista y también de la social-cristiana que considera el trabajo como necesidad y fatiga, como «sufrimiento ennoblecido», que precisamente por su naturaleza debe ser resarcido y tutelado a través de una política social redistributiva. Pero que se detiene ante el concepto de trabajo como liberación de la persona humana.

ANTE TODO LA LIBERTAD

«Incluso en la historia del llamado conflicto distributivo la verdadera apuesta ha sido la libertad». Así empieza su último libro, en noviembre de 2004, que tiene significativamente el título de *La libertà viene prima*⁹ [Están traducidos al español en <http://baticola.blogspot.com.es/2006/12/elogia-de-bruno-trentin.html>]. Lo primero es la libertad en todo, incluso con relación al salario, en la organización del trabajo y en la sociedad.

Para Trentin la libertad es capacidad y posibilidad de autorrealización y, en primer lugar, libertad en la relación del trabajo. Que la libertad sea lo primero significa que no puede ser reenviada al “después”: primero la conquista del poder, después la libertad; tampoco lo primero es la igualdad y después la



libertad. Esta es la gran originalidad de su pensamiento con respecto al tradicional socialista. Escribe Trentin: «No se puede concebir el desarrollo histórico y el de las fuerzas productivas como una sucesión de etapas donde es obligatorio ser esclavos de una evolución social para que la democracia y el estado de derecho se afirmen solamente en un determinado estadio de civilización y progreso económico».

La democracia y la libertad son necesarias también en los países menos desarrollados donde todavía no se ha desarrollado la revolución liberal. Porque también son factores de crecimiento y desarrollo. Es lo mismo que propugna Amartya Sen. La afirmación de la libertad es necesaria tanto más en los países que se declaran socialistas. La reflexión de Trentin sobre estos aspectos toma cuerpo en 1956 tras la revolución húngara y la invasión soviética, que el condenó. Pero madura con su ponencia en el seminario sobre el capitalismo italiana de 1962. Ahí polemiza con Giorgio Amendola con quien tenía antiguas relaciones de afecto cuando de niño lo conoció en Toulouse junto a Nenni. Amendola, Nenni y su padre, Silvio, construyeron el pacto de unidad de acción antifascista. La polémica concierne al análisis del capitalismo italiano que no era solamente retrasado y pobre, sino —según Trentin— también tenía puntos altos (el neocapitalismo), que debían atacarse desde la condición de trabajo. En esta ocasión Bruno estudia el pensamiento social-cristiano, particularmente el personalismo de Maritain y Mounier, quienes «contestan, desde la raíz, el carácter objetivo y científico del taylorismo que niega la persona como entidad compleja e indivisible con su potencialidad creativa y una innata libertad de elección». Queda fascinado, sobre todo, por el pensamiento de Simone Weil sobre la condición obrera, sobre la relación entre el taylorismo autoritario en la fábrica y el totalitarismo, y entre la alienación del trabajo y el atomismo y la anomia en la sociedad.

Obviamente poner en primer plano la libertad y no la igualdad no significa para Trentin desconocer el alcance de la conquista de los derechos sociales universales. Tales derechos son los espacios en que todos, y sobre todo los más débiles, los que menos tienen, pueden ejercer concretamente la libertad de la persona.

Trentin entiende, al igual que Berlinguer, que es necesario edificar desde el principio «elementos de socialismo» que son los derechos, la igualdad de oportunidades, la comunidad de bienestar (*welfare community*), el control de la organización del trabajo, la formación permanente. Lo que critica con mucha aspereza es el igualitarismo abstracto que produce desastres: tanto cuando expresa una perplejidad sobre la abolición del trabajo a destajo, pero no sobre el sistema Bedeaux a mitad de los años cincuenta tras la derrota de la FIOM en la FIAT, como cuando se bate contra los aumentos iguales para todos en el convenio de los metalúrgicos en 1969 quedándose en minoría, o en el 75, cuando estuvo en contra de la unificación del punto de contingencia de la escala móvil. Se opuso a todo ello, en todos estos casos, porque vio en lo abstracto del igualitarismo nivelador una señal que se ofrecía a la patronal para dividir a los trabajadores, especialmente a través de los incrementos de productividad no negociados afirmando sus razones de fondo.



El instrumento principal que conjuga la libertad y el trabajo, sin lugar a dudas, es el sindicato. Cuando se licenció en Padua (en el año académico de 1948–1949), Bruno se encontró ante dos opciones: o ir al Gabinete de estudios de la Banca Commerciale, entonces presidida por el gran Raffaele Mattioli, o en el Gabinete de estudios de la CGIL. Sin ninguna duda optó por la segunda convirtiéndose en uno de los líderes sindicales más prestigiosos. Di Vittorio tuvo una gran influencia en Trentin. Este recordaba siempre que con él aprendió el abc de la vida sindical. En primer lugar, la autonomía del sindicato en sus relaciones con la patronal, el poder y el partido. No sólo en Italia sino también en todos los países donde gobernaba el Partido comunista. En segundo lugar, el sindicato no debe ser obligatorio ni único. Debe tener plena libertad de adhesión y de formar nuevos sindicatos. Es esencial que sea democrático en su interior. Tercero, el sindicato debe tener como brújula la unidad de los trabajadores y, de ahí, la unidad entre varios sindicatos. Sin unidad la autonomía es solo aparente. Cuarto, el sindicato es un proyecto político autónomo que «rechaza toda división de tareas entre él mismo y el partido». Se recuerda que Bruno participó en la elaboración del Piano del lavoro y en el Estatuto de derechos del trabajador a principio de los años 50, las iniciativas políticas más importantes de la CGIL de Di Vittorio. Trentin siempre se atuvo a estos principios.

Uno de los periodos más significativos de su experiencia sindical fue como secretario general de los metalúrgicos. Bruno es seguramente el teórico del sindicato de los consejos. Como es sabido, fue un sindicato muy enraizado en la organización del trabajo con los delegados y consejos de fábrica, abierto a todos los trabajadores, no solamente a los afiliados. Los delegados de fábrica expresan una nueva cultura de la negociación colectiva y de la tutela de los derechos de los trabajadores que no se limita solamente a la pura reivindicación salarial. Negocian no solamente las condiciones concretas de trabajo (ritmos, tiempos, horarios, salud) para cambiar y humanizar pronto el modo de trabajar sino que ponen en discusión el monopolio de la decisión por parte de la empresa y sus gestores. Fue una experiencia diferente de la ordinovista de los consejos de 1919–1920 y de la que se dio en la postguerra con los consejos de gestión. Los delegados y los consejos de fábrica son, a todos los efectos, instrumentos e instancias del sindicato unitario y de la federación de los trabajadores metalúrgicos. No fue cosa fácil, porque encontró en el sindicato y, sobre todo, en el PCI rechazos, resistencias, incomprensiones o comportamientos de desentenderse del tema.

Lo recuerdo bien porque yo dirigía entonces la federación comunista de Torino. La Fiat, junto a la Zoppas-Zanussi de Conegliano, fue uno de los laboratorios más cercanos y avanzados de aquella experiencia. Trentin siempre defendió los consejos. Pero, fiel a su costumbre, no se detuvo en ello. Cuando en 1988 es elegido secretario general de la CGIL repiensa el sindicato ante los impactantes nuevos procesos que sacuden el país y el mundo.



La conferencia programática de Chianciano (abril de 1989) es otro de los grandes momentos de su pensamiento e iniciativa. En su informe son muchas las novedades en el análisis y en la propuesta. Ya en su título sitúa el sentido de hacia dónde Bruno quiere conducir al sindicato: «Por una nueva solidaridad, redescubrir los derechos, repensar el sindicato». Aquí afronta casi todos los nudos no resueltos de la política sindical: la relación entre desarrollo, naturaleza y medioambiente, la política de rentas, la necesidad de abordar en términos nuevos la negociación, la democratización de la economía y de las empresas. Pero mayormente insiste en dos puntos: el sindicato no debe ostentar que actúa para la clase, debe hacerlo para la persona. En segundo lugar debe hacerse portador de los derechos universales y ser uno de los protagonistas principales de la sociedad civil con su propio programa de sociedad, superando así los límites propios de la política sindical. La autarquía del sindicato y la llamada autonomía de lo social —Trentin lo sabe perfectamente y lo escribe— son algo inconsistente y pueden conducir, en definitiva, a la subordinación y al maximalismo.

LA IZQUIERDA Y EL PARTIDO

De lo dicho hasta ahora me parece bastante claro qué pensaba Trentin de su relación con la política. Bruno tenía una gran pasión política, pero la consideraba como construcción de democracia y de justicia; para construir libertad, como decía Hannah Arendt. Como un proceso que tenía su fuerza y legitimación no en lo alto sino abajo. De aquí su crítica sin reservas a las teorías de la autonomía de lo político. Ésta, sin referencias a la realidad social, significa que sólo se debe considerar las alianzas y las orientaciones, cayendo inevitablemente en la principal anomalía de la política italiana: el transformismo.

Bruno era un hombre de programa y contenidos. No ciertamente de imagen. Rossana Rossanda, tras la muerte de Trentin, escribió un artículo en *Il Manifesto* diciendo que «no facilitó ni se opuso al giro de Occhetto». Es más, que Bruno habría sido «externo» a ello, igual que lo fue en el undécimo congreso cuando fueron expulsados los ingraianos y en el 70 cuando fueron expulsados los del *Manifesto*¹⁰. Me resulta difícil responder a ello, pero puedo decir a toro pasado que, en lo atinente al giro de Occhetto, no es totalmente cierto. Trentin, tras el anuncio de la Bolognina, se esforzó en una batalla política —lo recuerdo bien— para que aquel cambio no fuera solamente de nombre sino de objetivos, de contenidos y un nuevo proyecto de sociedad. Realmente propuso que el congreso sobre la constitución del nuevo partido fuera precedido por una especie de congreso programático. Pero se hace lo contrario: primero el congreso sobre el nombre del partido; después la conferencia programática que, obviamente, fracasa.

Entonces, Bruno, antes del congreso de marzo de 1990, realiza otro acto de gran alcance con el acuerdo de Occhetto: disuelve la corriente comunista de la CGIL para evitar que el debate lacerante del partido tuviera efectos nefastos en la misma CGIL.



Bruno siempre participó atenta y rigurosamente en todo lo que sucedía en el partido. Hasta el final. No tenía objeciones de principios ni reservas hacia el Partido Democrático. Veía con buenos ojos los procesos unitarios que se estaban dando en el *Ulivo* y para el *Ulivo*. Por lo demás, la convergencia entre la izquierda y el mundo católico y cristiano más democrático y progresista fue una de las brújulas principales de su acción en el sindicato y en el partido. Pensaba, sin embargo, que el proceso de unificación debía tener la necesaria gradualidad y contar con momentos federativos para permitir una convergencia real y una unidad sobre las opciones de proyecto.

Sin duda, Trentin era crítico en los debates de la izquierda. «La izquierda — escribe en *La ciudad del trabajo*— debe tomar consciencia de la crisis de identidad que la recorre, que es muy anterior al definitivo fracaso de la experiencia del socialismo real». Y añade: «La izquierda debe liberarse de la cultura fordista, desarrollista y taylorista en la que se empeñó desde hace tiempo. Si no lo hace estará definitivamente condenada a sufrir una segunda



revolución pasiva más grande y de una mayor duración de aquella que lúcidamente analizó Antonio Gramsci en los años veinte».

Pero no veía las señales de ese repensamiento. Veía que una parte de la izquierda, que tenía una «devoción atávica», insensata, a una tradición ideológica que ya no tenía base, y por otra parte una izquierda solamente orientada a las alianzas y las orientaciones que Bruno calificaba como «el pragmatismo de la gobernabilidad». Y que, cuando se ocupaba de los contenidos y de los programas, caía en una especie de un «acomodamiento transformista a la modernización», es decir, a plantear objetivos y planteamientos incontrastables que son sombríos, ambiguos y contradictorios.



Su pesimismo aumentaba día a día como pude constatar directamente. Pero no dejó de sentirse parte y dirigente del Partido comunista. ¿Por qué? ¿Cómo se explica? Ya he recordado que su acercamiento al PCI fue en 1948 tras la disolución del Partito d'Azione y oficialmente se afilió en el 50 después de su entrada en el Gabinete de estudios de la CGIL. La explicación está, al

menos en parte, en aquella cita de Foa que he recordado más arriba.

Si había alguna cosa que molestaba a Bruno —o lo que más le fastidiaba— era pensar o ser considerado como el centro del mundo o una mosca cojonera. Una cosa es tener sus propias ideas, luchar hasta el final por ellas, no ser ortodoxo y Bruno no lo era ciertamente; otra cosa es la banalidad del anticonformismo, la pobreza cultural del desacuerdo prejuicioso, no comprender el valor de la organización que es uno de los principales instrumentos de que dispone la clase más pobre y, en particular, la clase trabajadora con su «extraordinaria ansia de conocimiento y libertad» que —recordaba— descubrió siendo joven. El sindicato es organización y también el partido. La contraprueba de cuanto he dicho es el modo con que ejerció su liderazgo cuando fue llamado a ser el número uno. Riccardo Terzi ha escrito que Trentin «nunca intentó imponer el decisionismo exclusivo del líder», ni mucho menos «alterar las reglas de la democracia interna» para hacer que prevalecieran sus ideas. Fue un «dirigente que quiso decidir sólo mediante el consenso y la racionalidad», asumiendo todo el peso de una elección difícil¹¹. Ello lo demostró con el acuerdo del 31 de julio de 1992, tan cacareado tras su muerte, como testimonio de su alto sentido de la responsabilidad en relación al Estado, las Instituciones e Italia. Ciertamente, pero se ignora que Bruno vivió aquel episodio como una derrota personal de la autonomía y de la unidad sindical. De hecho, tras haber firmado el acuerdo presentó la dimisión ya que la firma no se correspondía con el mandato de la CGIL y no fue posible consultar a los trabajadores. Sin embargo, su dimisión puso las bases de su recuperación y venganza: fue un año más tarde con el gobierno Ciampi y el acuerdo sobre la «concertación» en el que se reconocieron el papel del sindicato en el interior de los centros de trabajo y la negociación en la empresa, unas funciones que Amato había rechazado.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Los últimos años de Bruno le fueron duros. Escribe mucho: artículos, ensayos, libros, concede entrevistas. Como si quisiera liberarse de una ansia que mira el presente y también el futuro. Pensar y escribir *fur ewig*, para la eternidad, habría dicho Antonio Gramsci. Durante este periodo reafirma claramente su europeísmo. No solamente porque fuera elegido como eurodiputado. El suyo era un europeísmo natural, naturaliter, dada su fuerte raíz francesa y sus múltiples relaciones en toda Europa y en todo el mundo. Mi sensación es que en estos últimos años se acercó cada vez más a aquel *Liberare e federare*, que es el corazón del pensamiento de su padre, Silvio Trentin. Cuando se lo dije no me respondió ni sí ni no, se limitó a sonreír. Andrea Ranieri ha escrito que Bruno, en sus últimos años de su vida, era un «hombre solitario» a pesar del afecto de sus amigos. Especialmente, tras finalizar su mandato en el Parlamento europeo. Sigue Ranieri: «Estaba solo ante a las modalidades más corrientes de la política, solo ante el debate mediático, solo con relación a los centros donde se decidía»¹².



La comisión de proyecto del DS, que presidió con esperanza y gran competencia, produjo materiales excelentes para Italia y Europa, pero tuvo una resonancia limitada, en primer lugar dentro del partido. Sus contenidos, la concreción de sus objetivos con la idea de medir el apoyo y la fuerza del partido probablemente interesaban a pocos. A los demás solo les interesaban por lo general el juego de los espejos autorreferenciales y los tópicos mediáticos. No obstante, Bruno nunca tiró la toalla. Continuaba escribiendo, concediendo entrevistas, participando en seminarios y reuniones; seguía exponiendo sus ideas.

Según mis informaciones su última intervención fue sobre un tema de gran actualidad: el racismo y la necesidad de una política de integración de los inmigrados. Lo hizo viva y concretamente, tal como le había enseñado Di Vittorio. Esto es, partiendo de la experiencia propia y de la de millones de emigrantes obligados a dejar su país.

Habéis comprendido que me falta Bruno. Lo extraño mucho. Sobre todo, me falta su sonrisa, la de la boca y los ojos, con el que –mudo y casi inmóvil, tan fuerte y siempre tan tieso como un árbol de sus montañas-- me recibió en el hospital. Una profunda sonrisa, tierna, afectuosa, sin ninguna reserva, ni aquella brizna de reserva que había entre nosotros.

NOTAS

5 Michele Ficco, *La gioventù che resta. Storia del partigiano Michele e della brigata e del palazzo Campana*, a cura di Massimo Rostagno, prólogo di I. Ariemma, Editori Riuniti, Roma 2005.

6 Vittorio Foa, *Il cavallo e la torre*, Einaudi, Torino 1991, p. 370.

7 Bruno Trentin (con Bruno Ugolini), *Il coraggio dell'utopia. La sinistra e il sindacato dopo il fordismo*, Rizzoli, Milano 1994, p. 250.

8 Bruno Trentin, *La libertà viene prima. La posta in gioco nel conflitto sociale*, Editori Riuniti, Roma 2004.

9 Ibidem.

10 Rossana Rossanda, *Molto vicini e molto lontani*, en *Il Manifesto*, 25 agosto 2007.

11 Riccardo Terzi, dactiloscrito, septiembre 2007.

12 Andrea Ranieri, *Un uomo intransigente, nemico dei luoghi comuni*, PD, Octubre – noviembre de 2007.



Bruno Trentin y Turín me hace volver casi inevitablemente al otoño caliente y al sindicato de los consejos. La ideología consejista es un tema recurrente en la reflexión de Trentin. Y a ella vuelve continuamente en dos libros-entrevista: el primero en 1980 con Bruno Ugolini, el segundo con Guido Liguori en 1999. Incluso el libro que considero más maduro, *La città del lavoro*, está dedicado en gran medida a esta temática a partir del pensamiento de Gramsci tanto en la referencia al periodo ordinovista como en relación al *Americanismo y fordismo*. Y en los últimos años, tal vez, ante las profundas transformaciones del proceso productivo, su reflexión, en la búsqueda de un nuevo sujeto social que reconstituya el valor central del trabajo en relación orgánica con el saber y el conocimiento, se aleja de ello pero no se apaga el testimonio de sus intervenciones sobre el 68.

1955: LA DERROTA DE LA FIOM EN LA FIAT

No excluyo, incluso creo que es probable —aunque no hay fuentes directas de ello—, que Trentin participara en la conferencia de producción de la FIAT en el cuadro de numerosas iniciativas sobre el *Piano del Lavoro*, promovido por Di Vittorio a principios de los años cincuenta. En dicha conferencia se presentó el prototipo del «cohecito popular» que anticipó la fabricación del «seiscientos» que tuvo tanto éxito después. Egidio Sulotto me hablaba de ello con legítimo orgullo. Y que antes, Trentin estuviera presente en el seminario de la CGIL sobre la explotación y el sistema Bedaux en 1952 siempre en Torino.

El primer contacto auténtico con Torino y, sobre todo, con la Fiat lo tuvo Bruno Trentin después de la derrota de la FIOM en 1955. Era miembro del Gabinete de estudios de la CGIL nacional y uno de los colaboradores más estrechos de Giuseppe Di Vittorio. Le enviaron a Torino para que estudiara y entendiera mejor la organización del trabajo en la FIAT y sus transformaciones relativas a la aplicación del sistema de destajo Bedaux. Componían el grupo de trabajo, además de Bruno, Sergio Garavini, Bruno Fernex y Aventino Pace, el compañero más próximo a mí. Aquello lo gestionó seguramente Vittorio Foa. Foa, tras haber dirigido la FIOM turinesa después de la Liberación, fue llamado por Di Vittorio para que se pusiera al frente del Gabinete de estudios de la CGIL nacional en 1949, y tras la derrota en FIAT fue elegido secretario de la FIOM nacional con Agostino Novella. Foa y Bruno se conocieron en Milán pocos meses antes de la Liberación. Escribieron juntos el llamamiento de Giustizia e Libertà para la insurrección milanesa. Después Bruno se licenció en Padua en el instituto de Filosofía del derecho de Norberto Bobbio y, a finales de 1949, fue llamado por Foa a la CGIL. Habían estado juntos en el Partito d'Azione, separándose cuando el P. d'A. se disolvió. Foa se adhirió al Partido socialista; sin embargo, Bruno estuvo dos



años en una posición de espera y acercamiento al PCI hasta que al final se afilió al partido. La relación entre ambos fue fraternal. Políticamente Bruno sentía a Vittorio como copartícipe de una izquierda libertaria. ¿Cuál es el significado de la adhesión de Bruno al PCI?. Foa continuaba preguntándose. Un día hablamos en su casa. En *Il cavallo e la torre* escribe Foa: «Di Vittorio militaba sinceramente en el Partido comunista, pero quería que éste fuese a su imagen y semejanza. En esto, Bruno Trentin era muy parecido»¹³.

El trabajo común sobre la FIAT construyó los fundamentos de la solidaridad y la sintonía entre Bruno Trentin y el grupo dirigente sindical turinés que dirigía la Camera del Lavoro a finales de los años cincuenta. Uno de estos líderes, Bruno Fernex, estará entre los más estrechos y valiosos colaboradores de Trentin en la FIOM nacional. Compartían las ideas sustancialmente sobre dos puntos:

1) El neocapitalismo es una realidad; este fue el título provocador de un artículo de Foa aparecido en *Mondo operaio* en 1957. Ahora parece una banalidad, pero entonces no lo era. Prevalecía en aquella época que el capitalismo italiano estaba atrasado y era «pobre». Con todo lo que ello comporta en el plano de la estrategia, orientada no al socialismo sino a la revolución democrática y liberal. Además, prevalecía un marxismo un poco dogmático, según el cual las relaciones de producción obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas. Y, de ahí, que el hundimiento del capitalismo, aunque no inminente, era históricamente inevitable. Podemos definir esta concepción como catastrofista o, como se decía entonces, malthusiana.



2) La realidad del neocapitalismo comportaba volver a la fábrica, partir de la condición obrera y de aquel fordismo y taylorismo —que entonces se estaba fortaleciendo en la FIAT— considerado una organización científica del trabajo, racional, objetiva e incontestable en sus bases fundamentales no sólo por la patronal sino también por Lenin, e incluso por Gramsci, aunque de una manera contradictoria, como decía Trentin.



Había que cambiar este modo de trabajar, que conducía a una superexplo-

tación y alienación, y con anterioridad había que negociar fábrica a fábrica sobre la base de nuevos instrumentos de representación y control de los trabajadores y del sindicato. Entre la correspondencia de Bruno encontré una carta a Togliatti del 2 de febrero de 1957, escrita con Renzo Ciardini, secretario de la Camera del Lavoro de Génova, que tiene un gran interés. En una intervención en el Comité central del PCI Togliatti dijo que no correspondía a los trabajadores «tomar iniciativas para promover y dirigir el progreso técnico» y que la «función propulsora en el progreso técnico se ejerce únicamente a través de la lucha por el incremento de los salarios». Trentin contesta esta afirmación y escribe: «Francamente, nosotros pensamos que la lucha por el control y una justa orientación de las inversiones en la empresa presupone en muchos casos una capacidad de iniciativa por parte de la clase obrera sobre los problemas relacionados con el progreso técnico y la organización del trabajo, intentando quitar al patrón la posibilidad de decidir unilateralmente sobre la entidad, las orientaciones, los tiempos de realización de las transformaciones tecnológicas y organizativas. Una iniciativa similar parece, al menos para nosotros, en muchos casos, como la condición para poder dotar a la negociación de todos los elementos de la relación de trabajo (e incluso de los tiempos de producción, de las plantillas y de las formas de retribución) un contenido efectivo, dada nuestra imposibilidad de contraponer a la orientación de las inversiones de la empresa nuestra propia alternativa, poniendo límites substanciales a las inversiones de la empresa y al desarrollo de la negociación colectiva en la empresa».

Como puede verse, en esta carta se encuentra ya casi todo lo que sucederá en el otoño caliente, y eso que estamos a principios de 1957. Trentin ha dado espesor teórico a este modo de concebir el sindicato y la lucha obrera. Bruno siempre escribía mucho para sí mismo y los demás. Podemos encontrar sus artículos y ensayos en todas las revistas relacionadas con el partido y el sindicato. Toma parte en el Centro ricerche economiche en el Istituto Feltrinelli sobre la cuestión septentrional (señalo que estamos en 1957) bajo la dirección de Silvio Leonardi y Luciano Cafagna; participa en los seminarios sobre el progreso técnico y las transformaciones de la organización del trabajo. Sin embargo, Trentin —a diferencia del grupo dirigente de la Camera del Lavoro y Foa— no colabora en 1961 en el primer número de *Quaderni rossi* de Raniero Panzieri. Entendía que había una parte de verdad en las tesis de Panzieri «sobre el uso capitalista de las máquinas, pero era crítico con las diatribas teóricas sobre el «plan del capital» y, sobre todo, temía el deslizamiento hacia posiciones apriorísticas e incluso luditas contra el progreso tecnológico por parte de los trabajadores. En esto era verdaderamente «hijo» de Di Vittorio.

La sistematización más completa se encuentra en la ponencia que presenta en el seminario de 1962 sobre las tendencias del capitalismo italiano que promovió el Istituto Gramsci. Ahí están los ejes fundamentales de su concepción sindical; y, como es sabido, sus ideas sobre el laborismo cristiano y de la CISL y las doctrinas neocapitalistas que figuraban en la literatura americana y europea, tal vez «sobrevalorando la consistencia de la modernización industrial italiana». Lo que atizó la polémica, también áspera, por parte de Giorgio Amendola, que se irritaba si sentía hablar de alienación



del control obrero; y sobre todo —como ha dicho justamente Beppe Berta— Trentin «polemizaba no tanto con Ugo La Malfa sino con Antonio Giolitti, y (añado yo) con Foa, Panzieri y otros revisionistas de derecha e izquierda¹⁴.

No se puede ignorar, con relación a los años cincuenta, la «otra» ocasión que caracterizó profundamente a la generación de Trentin. Me refiero a la revolución húngara del 56. También en esta cuestión se consolidó un fuerte ligamen entre Trentin y el grupo dirigente del sindicato turinés. Trentin, Sergio Garavini y Egidio Sulotto, entonces secretario de la Camera del lavoro —a diferencia de la posición del PCI— estaban en la misma postura que Di Vittorio: denuncia y condena de la intervención soviética.

Hacía poco que Trentin había accedido a la responsabilidad de secretario de la célula comunista de la CGIL, sucediendo a Giovanni Parodi, otro vínculo con el Turín ordinovista. La cosa es importante en sí misma. Pero es todavía más significativa si se piensa que es a partir de aquella ocasión cuando en Bruno —también Garavini y otros— toma amplitud la búsqueda de la relación entre democracia y socialismo y lo que se definirá como la vía parlamentaria al socialismo. Con todas sus implicaciones: papel y autonomía del sindicato como sujeto político; negación no sólo del sindicato único sino también del partido único; búsqueda del nexo entre democracia directa y democracia parlamentaria y representativa, etc.

Hay que hacer notar que tanto Trentin como Garavini, a pesar de la distancia con el PCI, no rompen con el partido. Ni se prestan a lo que Bruno definía, despectivamente, como «la guerra de las bandas». Ni antes ni después. Por ejemplo, en torno al *Manifesto* ambos se abstuvieron por cuestiones de método, siendo contrarios a la expulsión y a la imposibilidad de manifestar el desacuerdo, mientras que por cuestiones de fondo expresaron su desacuerdo con las posiciones del *Manifesto*. Así pues, no se puede sostener que no hayan llevado en el partido una batalla política, aunque siempre de manera abierta y leal, teniendo como punto de común referencia, en aquel periodo, a Pietro Ingrao. Ingrao me contó su descubrimiento de la clase obrera y de Torino en aquellos años. Fue un cambio total para él que tenía in mente —así me lo dijo— «el asalto al palacio de invierno».

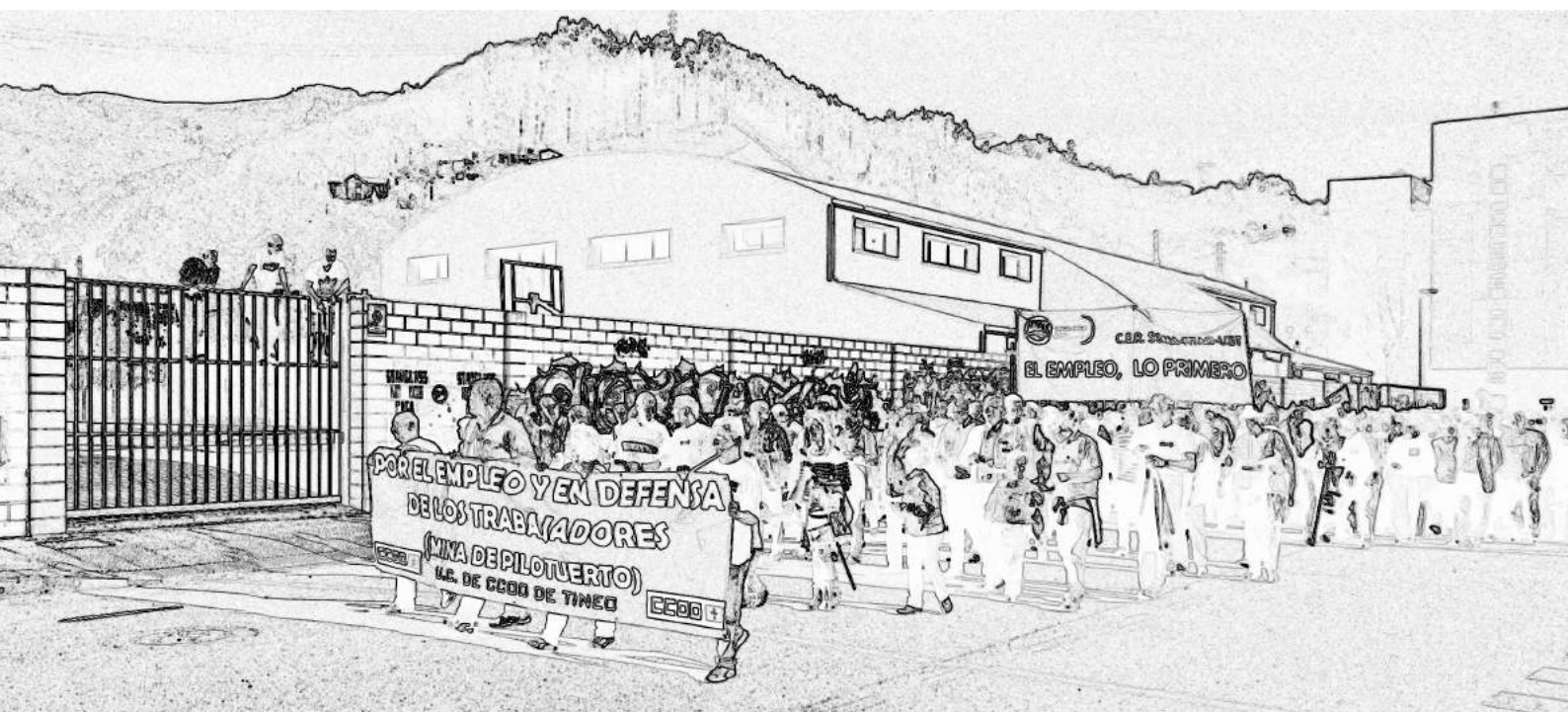
EL SINDICATO DE LOS CONSEJOS

Torino fue ciertamente la incubadora principal de los consejos de delegados. Obviamente pesó la herencia de Gramsci. Pero el proceso no fue fácil. Sobre todo, el Partido comunista turinés, a través de Adalberto Minucci, estuvo muy atento a la problemática obrera. En 1956 Minucci preparó en L'Unità turinesa una vivaz discusión sobre la organización del trabajo de la FIAT, sobre los delegados y la reducción del horario. El problema de los consejos, sin embargo, no era fácil porque a nivel nacional las resistencias y la hostilidad eran fuertes. Lo testimonia el seminario de la dirección del partido en 1970. Resistencias y hostilidades que llevaban a la parálisis y al inmovi-



lismo o al maximalismo al querer traer a colación, a través de los consejos, una especie de nueva cogestión, como aquella fallida del periodo del 45 al 49, como parece que sugiere Agostino Novella. Esta posición tuvo, obviamente, influencia también en Torino. Por otra parte, estaba la contestación de izquierda no menos insistente y errónea mientras se intentaba construir la representación de los delegados, entre los trabajadores, y los contenidos de la negociación. Los grupos extremistas, a partir del más consistente, *Lotta Continua*, rechazaban la novedad de los delegados farfolla; otros, como el PSIUP turinés y el *Manifesto*, los consideraban como los instrumentos, los motores de la construcción de un movimiento político de masas y como organismos de contrapoder al capitalismo y, por tanto, debían estar fuera de la influencia del sindicato.

La herencia ordinovista no sólo pesó en positivo, también lo hizo en negativo. Alguien imaginó que podía volver a darse un proceso revolucionario como el del bienio 1919–1920, que la guerra de posiciones — sugerida, sin



embargo, por Gramsci— debía transformarse en guerra de movimientos. En aquella época yo era el responsable del partido en las fábricas. Rebuscando entre las cartas del Istituto Gramsci piemontés encontré dos escritos míos sobre los delegados. Uno (de marzo de 1970) es una especie de circular dirigida a todas las organizaciones del partido en las fábricas y del territorio que sigue e ilustra las decisiones de la conferencia de Génova de la FIOM, FIM y UILM. En ella se establece que los delegados eran los instrumentos de base del sindicato unitario. El segundo (otoño del mismo año), escrito a mano con un título presuntuoso, «Los delegados y la estrategia del PCI», no se me alcanza a saber por qué llegó al Istituto Gramsci. En este papel la orientación era más libre, aunque es un texto incompleto, y se establece, a la manera de Gramsci, una dialéctica más amplia y autónoma entre los delegados y el sindicato. Lo he recordado para explicar lo abiertas que eran entonces las reflexiones y la indagación sobre los consejos de delegados.



¿Hay algunas diferencias o acentos diversos entre Trentin y el grupo dirigente de la Camera del lavoro? Francamente, en aquel entonces no me di cuenta. He vuelto a leer las dos ponencias que, a caballo de 1970 y 1971, Trentin y Garavini presentaron sobre la «historia de la FIAT» en la Unione culturale torinese, presidida por Franco Antonicelli y no he encontrado diferencia substancial alguna. Garavini, años después, en 1999, haciendo la reseña de *L'autunno caldo*, de Trentin, escribió en *La rivista del Manifesto* que Trentin identificó de manera muy rígida los consejos de fábrica con el sindicato, e insinúa que fue excesivo el acento que puso en la lucha por el poder en la fábrica. Una mayor autonomía de los consejos —escribe Garavini— les habría librado de la estrechez de las confederaciones sindicales evitando que la lucha por el poder «se agotara paso a paso sobre todo en el discurso de la moderación salarial». En eso ve Garavini la causa fundamental del «éxito parcial y transitorio de los consejos».

Seguramente Bruno Trentin fue tenaz, coherente y tal vez intransigente partidario del sindicato de los consejos. Forzando un poco la cosa decía que no hay un consejo de fábrica que haya nacido sin la iniciativa del sindicato. Sobre todo temía la deriva espontaneísta de los consejos, como testimonia el acuerdo en la FIAT, donde el «Consigliere» de la Mirafiori se trocó en tres comités (destajo, cualificaciones profesionales y medio ambiente), cada cual con poder de negociación. Temía que la deriva espontaneísta llevase a la ingobernabilidad de la fábrica y, finalmente, al corporativismo. Trentin era decididamente contrario a la cogestión, ya que la conflictividad, regulada de manera democrática, era portadora de libertad y desarrollo.

Los consejos de fábrica —dirá en Florencia en el seminario sobre los dos bienios rojos (20–22 de septiembre de 2004) no tenían como objetivo «la socialización de la empresa, sino el cambio de la relación entre gobernados y gobernantes». En aquella ocasión no niega el carácter libertario de 1968 y del otoño caliente. No obstante, sin rodeos, pone en guardia del autogobierno no del trabajo sino de la empresa por parte de los obreros, de la «ilusión que un consejo pueda gestionar una fábrica de millares de trabajadores dependientes». Sin embargo, decía: «No es una ilusión que se abra una negociación permanente con la dirección de la empresa sobre cómo debe gestionarse». Para poder funcionar, los consejos deben ser plurales en su interior y, sobre todo, deben formar parte de un sindicato renovado que responda no sólo a los afiliados sino a todos los trabajadores; de un sindicato que hace bandera de la autonomía programática y de la unidad; un sindicato que considera prioritaria la «reforma institucional de la sociedad civil»¹⁵.

A LA BÚSQUEDA DE LAS RAZONES DE LA DERROTA DE LOS AÑOS SETENTA

El golpe de gracia al sindicato de los consejos fue tras la derrota en la FIAT en 1980. Pero las señales de alarma sonaron antes. Trentin vuelve a menudo sobre las causas del progresivo desgaste de estos organismos y señala dos causas principales.



La primera es interna: no haber sido capaces de seguir y controlar las transformaciones del proceso productivo y no dar una respuesta positiva a la crisis del fordismo que las luchas obreras del otoño caliente había sacado a la luz. Según Bruno, en relación a esto, se desarrolló un igualitarismo abstracto que, con su nivelación, no sólo dio armas de división a la patronal sino que además negó la libertad *en el* trabajo y *del* trabajo, gestionado de manera abstracta y niveladora. Ya en el 62, en el seminario sobre el capitalismo, había situado como uno de los problemas de fondo la alianza con los técnicos. Con los años fue decayendo el control obrero y ello condujo a la burocratización de los delegados y del sindicato de los consejos sofocando la democracia consejista. Este análisis es substancialmente común en Trentin y el grupo dirigente turinés de la Camera del lavoro. El libro *Gli anni della FIAT*, de Emilio Pugno y Sergio Garavini (1974) fue escrito también para relanzar los consejos, de los que ya se veían los primeros gérmenes de cansancio y crisis.

Obviamente pesó mucho el estancamiento de la unidad sindical. En la raíz de las ideas compartidas no estaba tanto la experiencia común, sino algo más profundo, posiblemente difícil de captar: la pasión de todos ellos, si podemos decirlo así, por el trabajo asalariado, por el oficio, por el ejercicio de las capacidades profesionales y técnicas. No puedo olvidar el modo, orgulloso y fantástico, de

La segunda razón de la derrota concierne a la llamada «salida política de las luchas» que se había convertido en sofocante, pues en todas las reuniones se planteaba por los dirigentes sindicales. Recuerdo una reunión, pedida por los dirigentes de la Camera del lavoro al partido. Fue en el sótano de un hotel donde se hospedaba el secretario general. Si recuerdo bien, la reunión fue en 1972, antes del compromiso histórico. Berlinguer escuchó atentamente las peticiones y las intervenciones (como mucho éramos unos diez). Preguntó a Pugno y a los demás que si creían posible una alternativa de izquierda lo que había que plantearse en la situación actual era luchar por introducir elementos de socialismo, pero sólo en una perspectiva de alternativa democrática.

Trentin, en *La città del lavoro*, escribe que la izquierda tuvo una «reacción de baja intensidad», y en las discusiones sobre la perspectiva y la salida política entre los vértices siempre manifestó desconfianza y quizás una infravaloración. En la entrevista audiovisual de 1998, de donde salió el film de Franco Giraldi, dice que la falta de perspectiva política fue decisiva para determinar el desgaste y la derrota. Sustancialmente estoy de acuerdo. Fue evidente el desfase —o, mejor dicho, la desconexión— entre las luchas obreras y las fuerzas democráticas, a pesar de la excepcional duración de aquellas, mucho más prolongadas que el mayo francés y el de los otros países occidentales. Recuerdo la propuesta de Berlinguer del compromiso histórico (octubre de 1973), tras la represión chilena contra el gobierno de izquierda de Allende. Era una propuesta que Bruno consideraba, así formulada, como verticista. Por lo demás siempre fue muy neta la aversión crítica de Bruno hacia una concepción verticista del poder, de matriz leninista.



Siempre estuve convencido de que su horizonte era aquel esbozo de Constitución que su padre, Silvio, pocas semanas antes de morir (marzo de 1944) le dictó en una clínica de Treviso. Bruno tenía entonces diecisiete años. Era una Constitución muy avanzada que tenía como objetivo la construcción de una república de clara marca federalista, que mira a Europa; que se funda y articula en los consejos de empresa y territoriales. Es lo que prefigura un verdadero Estado de los consejos, intentando conjugar liberalismo y comunismo. De hecho se abre con la afirmación de grandes principios de la libertad de la persona, la autonomía y el federalismo institucional; de la propiedad colectiva y la justicia social. Así habla el texto original, autógrafo, depositado en el Centro Gobetti de Torino. Este proyecto institucional y socio-político ha sido para Bruno su permanente utopía, el modelo imaginario de sociedad en la que pensaba. Está presente en todos los momentos importantes de su vida sindical y política: en las ponencias de los seminarios del Istituto Gramsci (1962), «Scienza e organizzazione del lavoro» (1973, en Torino), *Da sfruttati a produttori* (1977), en *La ciudad del trabajo* [<http://metiendobulla.blogspot.com>, n.del t.] (1977) y en sus últimos escritos. Ello no quiere decir que Trentin no investigase lo que entonces se llamaban los objetivos intermedios. En los años setenta se discutía en el interior del PCI y de la izquierda sobre el proyecto a medio plazo de renovación de la sociedad y del Estado hacia el socialismo. La investigación tenía una meta concreta: la conquista de reformas estructurales en estrecha relación con las instituciones representativas y la creación de nuevas formas de democracia obrera y de base.



La política de austeridad —propuesta en 1977— fue parte integrante de dicho proyecto, tal como se dice en el discurso de Berlinguer a los intelectuales y en el «proyecto a medio plazo» en el que yo colaboré. En ello Bruno mostró interés e incluso manifestó su acuerdo porque veía un intento de proponer una política basada en el nexo entre saneamiento y elementos de socialismo, que iba más allá de la entrada en el «puente de mando». Pero estimaba que había una insuficiente valoración del papel de los sindicatos de trabajadores y, en general, de la sociedad civil. Vittorio Angiolini, en el seminario «Trentin e il futuro del sindacato dei diritti» sostuvo que Bruno tenía una visión herética de la democracia porque anteponía la conquista de la libertad, es decir, la posibilidad de autotutela y autoafirmación. En otros términos, liquida la idea de que «la afirmación de la democracia, del sufragio universal y la posibilidad del pueblo de decidir por mayoría sea lo primero y el único camino y no sólo la precondition de la garantía de cualquier libertad o derecho»¹⁶. Es, por ello, una democracia que viene de abajo, de la sociedad civil reformada, cuya soberanía popular es fruto y síntesis de las libertades y derechos individuales y colectivos. Por el mismo motivo, según



Bruno, los derechos sociales no deben venir después de los derechos civiles, porque tienen el mismo alcance, con el fin de garantizar una igualdad de oportunidades a todos los ciudadanos. También la libertad *en el* trabajo y *del* trabajo es un derecho de ciudadanía porque, a través de ello, la persona se realiza y afirma. Algunos han visto, en este modo de pensar, una concesión excesiva a las teorías liberales. Sin embargo, Bruno siempre estuvo muy atento a distinguir entre individuo y persona. Seguía así las enseñanzas de su padre y de las corrientes cristianas más modernas.

En el centro de su reflexión no está el individuo sino la persona que trabaja, que busca su propia identidad en el trabajo, que tiene un proyecto de vida y es fuente de relaciones humanas y sociales. La persona es el individuo que deviene valor. En cierto sentido, el trabajo socializa la libertad y es la primera condición para la libertad de los iguales. El sindicato de los derechos fue propuesto por Trentin a finales de los años ochenta tras ser elegido secretario general de la CGIL. Parte de esta reflexión porque debe conquistar los espacios —los derechos— para que todos los trabajadores ejerzan su propia libertad. Para Trentin el sindicato de los derechos es, como se decía entonces, una renovación en la continuidad ya que continúa tanto las enseñanzas de Di Vittorio, cuando había pocas fábricas y muchos jornaleros y parados, como la experiencia del sindicato de los consejos.

LA CIUDAD DEL TRABAJO

Es indudable que el movimiento obrero sale derrotado de los años setenta. Todavía no están claras las razones de esta derrota. Todavía no tenemos un balance puntual compartido de las cosas realizadas gracias a las luchas obreras (Estatuto de los derechos de los trabajadores, reforma de las pensiones y la sanidad, afirmación de relevantes derechos sociales) y las no realizadas. Particularmente la falta de reformas estructurales que dejaron el país como antes si no peor, el espesor antidemocrático sobre el que se instaló el anticomunismo berlusconiano. Sobre la derrota pesó seguramente el terrorismo, pero no basta para explicarlo. Pocas semanas después de la muerte de Vittorio Foa he releído *La Gerusalemme rimandata*; Foa me dijo que este era el libro que más quería. En efecto, es un gran libro. Lo escribió después de 1980 cuando ya tenía setenta años en una investigación que hizo en Londres durante más de cuatro años. Es el relato de las luchas de los obreros ingleses en las dos primeras décadas del siglo pasado para afirmar el derecho al control obrero mediante los consejos de los *shop stewards*. La clase obrera consiguió una victoria, pero después fue vencida. Para Foa, Jerusalem —es decir, la tierra prometida— es la libertad *del* trabajo y *en el* trabajo. Después de aquella derrota prevaleció en todo el mundo la teoría del socialismo de Estado, aunque fracturada en dos mitades: en la forma prevista por los partidos comunistas o en la laborista y socialdemócrata. No prevaleció, escribió Foa, «la clase obrera que trabaja per se»¹⁷.



La ciudad del trabajo de Bruno Trentin, en mi opinión, tiene la misma inspi-

ración: entender mejor las razones de la derrota del otoño caliente y de los consejos, buscar un nuevo papel central en el trabajo, dando una respuesta a la crisis del fordismo que ayude a los trabajadores a promover y favorecer su autonomía y unidad. Y evitar la segunda «revolución pasiva» tal como se dio en los años 1919–1920. Sin embargo, Bruno veía que ya estaba presente; y, según él, sería más grave y dura que la primera que Gramsci había estudiado y analizado.

La «ciudad del trabajo» es su utopía, su «ciudad del sol». La fascinación del pensamiento y la herencia de Bruno Trentin, en mi opinión, está sobre todo en esto: buscar, siempre investigar con tenacidad y sin dogmatismos; en construir la utopía, el proyecto, las propuestas concretas y las soluciones que transformen y mejoren diariamente, ante todo, la vida de los trabajadores. Ha trabajado hasta el final: un nuevo estatuto de los derechos de los trabajadores, que tiene en el centro la calidad y autonomía del trabajo, fijo y flexible, la formación permanente para todos y para toda la vida, una “comunidad del bienestar”, distinto de un “Estado del bienestar” cuyo objetivo principal no es solamente la seguridad, sino el derecho al empleo y al conocimiento; el control de la organización del trabajo por parte de los trabajadores; el envejecimiento activo. Verdaderamente, Bruno siempre buscaba dar un paso más adelante y, como se dijo, alzar el listón de los logros. Por eso, cuando se habla de abstracción o, incluso, de fuga hacia adelante me parece equivocado, si se entiende la política —una cosa cada vez más rara— como un diseño para el futuro, como proyecto que tiene como objetivo la promoción de la libertad y la igualdad.

NOTAS

13 Vittorio Foa, *Il cavallo e la torre*, cit., p. 194.

14 Giuseppe Berta, in *Il futuro del sindacato dei diritti*, cit., pp. 61-70.

15 Bruno Trentin, Intervención en el seminario de Florencia (22–22 de noviembre de 2004) en *I due bienni rossi, 1919–1920 y 1968–1969*, Ediesse, 2006.

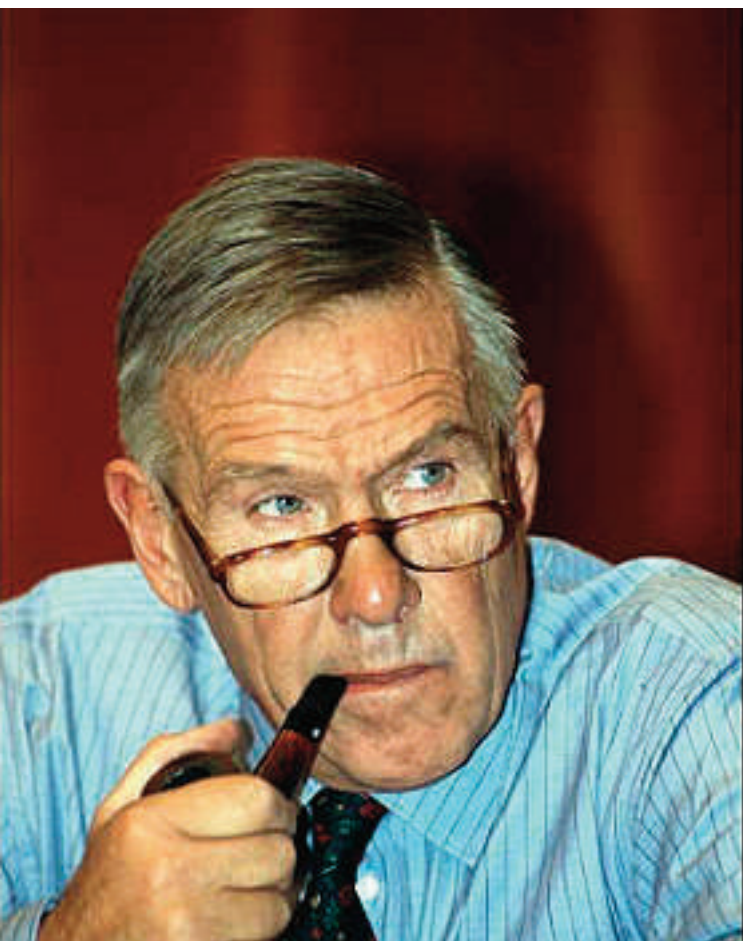
16 Vittorio Angiolini, in *Il futuro del sindacato dei diritti*, cit., pp. 35-59.

17 Vittorio Foa, *La Gerusalemme rimandata*, introduzione di Pino Ferraris, Einaudi, Torino 2009.



La unidad sindical es, con toda seguridad, uno de los temas centrales de la reflexión de Bruno Trentin, de su iniciativa y acción. Si para Trentin «trabajar para la CGIL no es un oficio como otro cualquiera y puede llegar a ser una razón de vida» --y, ciertamente, lo es para él--, «la unidad sindical no es solamente un instrumento sino un valor tan relevante como los objetivos que queremos alcanzar». Añade y concreta: «La unidad sindical, la democracia sindical y la democracia de representación son inseparables, no son instru-

mentos contingentes, sino valores y fines que definen la CGIL como sindicato de los derechos y de la solidaridad». Estas frases expresan una gran parte de su capacidad dirigente como sindicalista y político. Para Trentin, el sindicato, el sindicato unitario, es el instrumento principal que conjuga la libertad y el trabajo. Cuando se licenció en Derecho, en otoño de 1949, Bruno tenía dos opciones: o ir al Gabinete de estudios de la Banca Commerciale, que entonces presidía el gran Raffaele Mattioli o ser investigador social en la CGIL. Optó sin dudar por la segunda, convirtiéndose en la escuela de Di Vittorio en uno de los dirigentes sindicales más prestigiosos. [`]



Los años cincuenta, al lado de Di Vittorio, fueron un periodo de gran maduración. Participó directamente en las iniciativas más importantes de la CGIL: el Piano del lavoro y la creación de la Cassa per il Mezzogiorno; la discusión sobre la reforma agraria y el Plan Bagnone; la elaboración del Estatuto de los derechos de los trabajadores; la investigación en Turín tras la derrota de la FIOM, en 1955, sobre la condición obrera y la or-

ganización del trabajo en la FIAT, que tendrá una gran importancia en sus futuras investigaciones. Pero, antes de todo esto, estuvo en la guerra con los partisanos, en Monte Grappa y, después, en Treviso. Muerto su padre fue el líder de la Resistencia en el Veneto; después en Milán junto a Leo Valiani Riccardo Lombardi y Vittorio Foa al mando de la brigada GL «Roselli».

Hace tiempo leí el diario, todavía inédito, de Bruno cuando todavía no tenía diecisiete años y vino a Italia con su padre. El diario está escrito en francés que entonces era su lengua principal, ya que nació en Francia donde su padre estaba refugiado para no obedecer las leyes *fascistissime*. El diario dura cerca de dos meses, prácticamente desde el 8 de septiembre de 1943 hasta mediados de noviembre, un poco antes de su arresto en Padua y de



su actividad partisana tras la muerte de su padre. Son unas doscientas páginas escritas a mano donde hay de todo: el avance de los aliados, los frentes ruso y balcánico; el rey y el gobierno de Badoglio; las iniciativas de su padre y las suyas. Es un extraordinario testimonio de la formación cultural, política y humana de una generación con una gran ansia de libertad, democracia y sentido de la justicia; con aquel ligamen con el mundo del trabajo, es decir, la utopía que le acompañó durante toda su vida.

LA LIBERTAD Y EL TRABAJO

Ambas experiencias –la partisana y la sindical en la CGIL-- son determinantes para poner en el centro de su pensamiento la libertad y el trabajo. Para Trentin, la libertad es capacidad y posibilidad de autorrealización, y, porque el trabajo es «parte inseparable de la identidad de la persona» la libertad se realiza, ante todo, en la relación de trabajo. Su última obra se titula *La libertà viene prima* [una buena parte de este libro está traducido al castellano en <http://baticola.blogspot.com> n.del t] y es la última colección de sus escritos, publicada en noviembre de 2004.

La libertad es lo primero significa que no puede ser reenviada para más adelante. Ese reenvío significaría que lo primero es la conquista del poder y después la libertad; ni siquiera lo primero es la igualdad y después la libertad. Esta es la fuerte originalidad del pensamiento de Trentin respecto al del socialismo tradicional que pone en primer lugar la igualdad. No se puede concebir –escribe Bruno Trentin-- el desarrollo histórico y el de las fuerzas productivas como una sucesión de etapas obligadas siendo esclavos de una evolución social donde la democracia y el Estado de derecho se afirman solo en un determinado estadio de civilización y de progreso económico. La democracia y la libertad son necesarias también en los países menos desarrollados, allá donde todavía no se ha desarrollado la revolución liberal, incluso son factores de crecimiento y desarrollo. Es el mismo concepto que propugna Amartya Sen, el premio Nobel anglo-hindú. Más todavía la afirmación de la libertad es necesaria en los países que se auto declaran socialistas. Uno de los momentos más difíciles (aunque incluso más útiles para su formación política) fue el inolvidable 1956. Trentin era responsable de la organización comunista en la CGIL, y junto a Di Vittorio y el resto de la secretaría a diferencia de la dirección del PCI, condena la invasión soviética en Hungría [Véase la intervención de Bruno Trentin en el Seminario sobre los Hechos de Hungría en <http://pepevitto.blogspot.com.es/2007/02/di-vittorio-y-los-acontecimientos-de.html>, n. del t.].



Las reflexiones sobre estos aspectos se hace más madura en la ponencia del seminario sobre las tendencias del capitalismo italiano (1962) polemizando con Giorgio Amendola. Bruno tenía con Amendola antiguas relaciones de afecto a quien conoció de niño en Toulouse. El padre de Bruno, Silvio, firmó el Pacto de unidad de acción antifascista con Nenni y Amendola. La polémica entre Trentin y Amendola era sobre el capitalismo italiano, que no era

solamente atrasado y andrajoso. Según Trentin tenía también algunos puntos altos (el neocapitalismo) a los que se tenía que confrontar el sindicalismo a través de las condiciones de trabajo. Durante estos años Bruno lee con gran interés *La condición obrera* de Simone Weil y queda fascinado por su pensamiento que relaciona el taylorismo con el totalitarismo; la alienación *del trabajo en el trabajo* y en el trabajo; el atomismo y la anomia de la sociedad [la editorial española Trotta lo ha editado, n. del t.]. Estudia el pensamiento social cristiano y particularmente el personalismo de Maritain y Mounier, que inspiraba la parte más viva y avanzada de la CSIL. Obviamente poner en primer lugar la libertad y no la igualdad no significa para Trentin desconocer el alcance de la conquista de los derechos sociales y universales. Tales derechos son los espacios (las precondiciones habría dicho Piero Calamandrei) donde cada cual puede ejercer concretamente su propia libertad personal a partir de quien, entre nosotros, es más débil y sale de una posición con menor ventaja.

EL SINDICATO DE LOS CONSEJOS Y LA FEDERACIÓN DE TRABAJADORES METALÚRGICOS

Trentin fue secretario general de los metalúrgicos desde 1962 a 1977. En este periodo, uno de los más importantes de su vida sindical, experimenta de manera completa su visión de la unidad sindical. Bruno es el teórico del sindicato de los consejos. Es un sindicato muy enraizado en la organización del trabajo a través de los delegados --de grupo homogéneo, de equipo y departamento-- y los consejos de fábrica. Un sindicato abierto a todos, no sólo a los afiliados. Los delegados de fábrica expresan una nueva cultura de la negociación y de la tutela de los derechos de los trabajadores que no se limita a la cuestión salarial, ya que se extiende a las condiciones generales y concretas del trabajo (los ritmos, los tiempos, el horario, el ambiente, la salud) con el objetivo de humanizar rápidamente el modo de trabajador, el conjunto de la producción y las relaciones de producción poniendo en discusión el monopolio de las decisiones empresariales y manageriales. Es una experiencia muy distinta de la ordinovista de los consejos de 1919 – 1920 y también de la de los consejos de gestión tras la Liberación. Lo que está en el centro es la organización del trabajo; los delegados y los consejos son, a todos los efectos, instrumentos e instancias del sindicato unitario y de la federación de los trabajadores metalúrgicos. La FLM fue la punta de lanza del proceso de unidad sindical. Sin embargo, el sindicato de los consejos no tuvo una vida fácil porque encontró en la misma CGIL y en otras organizaciones sindicales –y especialmente en los partidos, sobre todo en el PCI— contrariedades, resistencias y actitudes de ninguneo. Lo recuerdo perfectamente porque entonces yo estaba al frente de la federación comunista de Turín; la FIAT era entonces uno de los laboratorios más vivaces y avanzados de la experiencia consejista.



¿Cómo fracasó el proceso de unidad sindical que se desarrolló bajo el impulso del otoño caliente? No duró poco, casi trece años, pero no consiguió

consolidarse y formar la unidad la tan deseada unidad orgánica. ¿Por qué? Hasta ahora no hay una reflexión profunda y definitiva. Hay explicaciones interesantes, pero parciales; sobre todo, no hay una reflexión compartida por parte de las organizaciones sindicales y sus dirigentes. Trentin ha escrito mucho defendiendo la experiencia consejista y de la FLM. Se centra en dos puntos: 1) la diversa concepción del sindicato presente en el grupo dirigente de las tres organizaciones, en particular, la diferencia sobre la democracia de representación sin la cual es difícil solucionar unitariamente las diferencias de fondo en las políticas sindicales; y 2), tal vez en mayor medida, la influencia negativa de los partidos, en primer lugar de los que se inspiran en la clase obrera. Con ellos la polémica de Trentin es a cara de perro, aunque siempre es interna y leal, en tanto que es miembro y dirigente del Partido comunista.

TRENTIN RECHAZA LA CRÍTICA DE SER UN PANSINDICALISTA

Trentin nunca cedió, ni siquiera un milímetro: cuando acusaban de pansindicalismo al sindicato de los consejos y, en particular, a él mismo. No niega que el pansindicalismo (aunque él prefiere definirlo como «autarquía sindical») sea una concepción errónea, en tanto que vicio elitista, mitificador de la autonomía social y especialmente de la huelga general, desconfianza y hostilidad en las relaciones no sólo con la política sino de toda forma de gobierno) pero al mismo tiempo reivindica el sindicato como «sujeto político» a todos los efectos y considera imprescindible «la superación progresiva» de toda visión arcaica de las esferas de competencia entre los partidos y los sindicatos» en el contexto de una concepción pluralista de la política ¹⁸. El riesgo de las mutuas zancadillas en el mismo terreno, entre el partido y el sindicato, es evidente. Pero puede evitarse, según Bruno, si el sindicato



mantiene firme su propia representación del mundo del trabajo y si no substituye la «democracia de la representación» por la «legitimación de las contrapartes o del Estado». Y añade para no dar pábulo a los equívocos: «El vacío que dejan los partidos en la mediación de los conflictos de la sociedad civil mediante un proyecto reformador nunca podrá superarse por la mediación política del sindicato, que siempre tiene irremediabilmente sus límites.



Las capacidades de mediación del sindicato pueden contribuir a la solución de los conflictos, a su maduración, y a la inmersión en las cuestiones políticas que están en el centro de dichos conflictos pueden hacerlos avanzar en el tiempo. Pero ellos solos, los conflictos, no podrán ser resueltos ni llevarlos a tener un proyecto. «La autarquía sindical o la llamada autonomía de lo so-

cial siempre han sido no sólo caprichos, sino la versión del radicalismo de una concepción del conflicto social subalterno a la razón de Estado y en muchos casos se ha tratado con una de las muchas formas de interclasismo ¹⁹.

EL SINDICATO DE LOS DERECHOS Y LA SOLIDARIDAD

Esta última reflexión sobre la necesidad de que la izquierda tenga un proyecto reformador adecuado nos lleva a la concepción del sindicato de los derechos, de la solidad y de programa cuando Trentin en 1988 es elegido secretario general de la CGIL. La *leadership* de estos años se constata en las dos conferencias programática de Chianciano: la primera en abril de 1989, la segunda en junio de 1994 con el anuncio de su retirada de secretario general. El objetivo de estos encuentros es muy claro: la unidad del sindicato se realiza no en base a la ideología, sino sobre el programa y los valores que lo sostienen. También está claro el punto de partida: la izquierda y el sindicato tienen «un viejo análisis de la situación social y política italiana y europea» ante las grandes transformaciones del mundo, particularmente de los mercados y las empresas. Estamos ante «una crisis histórica» que los estadounidenses llaman «civilización managerial», que tuvo su fundamento en el sistema taylorista-fordista. Esta crisis es irreversible que, además de larga y caótica, determina fuertes turbulencias en las relaciones de trabajo, en las relaciones sociales, al tiempo que provoca nuevas y extraordinarias oportunidades a las iniciativas de proyecto y una efectiva democracia en los centros de trabajo».

Por lo tanto, es necesario «repensar» no sólo la noción de desarrollo, sino la misma noción de solidaridad, señalando los nuevos vínculos de la política sindical: en primer lugar, la relación entre desarrollo y naturaleza para evitar la «destrucción del equilibrio ecológico del mundo; de la salud y el progreso biológico de poblaciones enteras. En segundo lugar, la dimensión internacional de los problemas actuales. En tercer lugar, la liberación y emancipación de las mujeres que revoluciona las anteriores relaciones y culturas. Y, finalmente, cuarto: «la necesidad de salvaguardar las exigencias vitales de la persona», garantizándole no solamente la supervivencia sino el «derecho al futuro, a su propia autorrealización a través del trabajo como persona inconfundible con una masa indistinta de individuos». En el informe de Chianciano de 1989 se dice: «No puede haber separación entre democracia económica y humanización del trabajo, de la misma manera que, en nuestro programa, no hay una separación ente empleo y calidad del trabajo». El sindicato se debe hacer cargo de las compatibilidades y problemas irresueltos como, por ejemplo, la política de rentas y la deuda pública con propuestas concretas; al mismo tiempo debe afrontar los nuevos asuntos de la democratización de la economía y de las empresas, del nuevo modelo de bienestar. Pero el eje principal es el de los derechos universales, pues aquí se desarrolla libertad de la persona. Así pues, en el centro de la acción del sindicato deben estar los derechos, no sólo los sociales, también los derechos civiles y la solidaridad. Esta es la nueva frontera para repen-



sar la CGIL y los parámetros para relanzar la nueva unidad sindical. Con ese objetivo propuso «una asamblea constituyente para definir las reglas de un gran sindicato unitario y pluralista».

LA CRISIS HISTÓRICA DEL FORDISMO Y EL CONOCIMIENTO COMO BASE DE LA CALIDAD DEL TRABAJO

Trentín afrontó a menudo en los últimos años la cuestión de la crisis del fordismo. Bruno estaba convencido de que nos encontramos frente a la tercera revolución industrial tras la del siglo XIX y la fordista. Es una revolución que tiene como base «la informática y las telecomunicaciones en un contexto de globalización de los mercados y los capitales». No le gustaba utilizar términos que fueran poco claros como, por ejemplo, sociedades terciarias, postfordismo, postindustrial. Se trata de una revolución en la que predomina la inversión inmediata, por razones financieras y especulativas, con relación a las de larga duración, que modifican completamente las relaciones entre accionistas y *management*, y en la que aumenta la diferencia entre la precariedad y la descualificación y la necesidad de una formación continua y permanente del trabajador y el crecimiento de la calidad del trabajo frente a los procesos tecnológicos cada vez más rápidos.

¿Exagera Trentin en su crítica del fordismo. No lo creo. Es, ante todo, esta enraizada convicción: si no existe una robusta voluntad subjetiva que rediseñe la identidad cultural de la izquierda sindical y política –hoy «impregnada en la cultura fordista, desarrollista y taylorista»– estará inevitablemente condenada a sufrir una segunda revolución pasiva más vasta y de mayor duración que la analizada lúcidamente por Gramsci a finales de los años veinte del siglo pasado». De manera que la crisis debe afrontarse de cara y, tal vez, con una miaja de utopía; hay que afrontarla con propuestas concretas, partiendo de las grandes contradicciones que atraviesan el trabajo y las relaciones sociales como, por ejemplo, la precariedad, la flexibilidad, la movilidad, la negociación colectiva (ha finalizado el tiempo del contrato de trabajo por tiempo indeterminado), el conocimiento y el control en los centros de trabajo`

Con ocasión del doctorado Honoris causa que la Universidad de Venecia confirió a Trentin, en 2002, en la *Lectio doctoralis* dice: «Los grandes cambios en curso que acompañan el agotamiento de la crisis fordista señalan el final del concepto mismo de trabajo abstracto, sin calidad – la idea de Marx y el parámetro del fordismo-- para hacer del trabajo concreto, pensado y el de la persona que trabaja, el punto de referencia de una nueva división del trabajo y de una nueva organización de la empresa» [ver <http://baticola.blogspot.com.es/2006/07/trentin-doctor-honoris-causa-en-la.html>, n. del t.] Por eso, aunque no prestándose a los cantos de sirena de la ideología de la flexibilidad, es necesario «gobernarla y la movilidad de los trabajadores asumiendo sus favorables potencialidades positivas en la dirección de la recomposición progresiva de una profesionalidad completa y



de una cultura de los trabajos». Trentin afirmó en la conferencia programática de Chianciano: «La perspectiva que el sindicato del siglo XXI ofrece a las nuevas generaciones no puede ser la de un trabajo cualquiera, sino un trabajo que ponga en el centro la autonomía y autorrealización de la persona». No hay ninguna devoción por el pasado en su modo de razonar. Trentin sabe perfectamente que siempre es más arduo buscar y encontrar la subjetividad del trabajador de nuestros días en la época del capitalismo total y personal: una época en la que el capital entra en la vida del trabajador y lo incorpora en su totalidad en el trabajo siempre acumulado, en el consumo, como capital circulante, financiero o productivo. No obstante, ¿dónde hay que buscar esta nueva subjetividad si no es en la calidad del trabajo, en la relación entre trabajo y conocimiento?

En el largo coloquio con Carla Ravaioli, que defiende la exigencia de poner límites y parar el crecimiento cuantitativo ²⁰, Trentin responde con firmeza que es una batalla errónea por varias razones: porque sería una lucha de minorías, de mero testimonialismo, «un camino sin salida en un mundo donde existen diferencias monstruosas y enormes deseos insatisfechos» y, por otra parte, tiene «riesgo de autoritarismo», porque «nadie puede decretar en el lugar de otros qué es lo necesario y qué lo supérfluo». Por ello, «contraponer el decrecimiento –dice Trentin-- al crecer más es una posición fundamentalista, igual y contraria, a la de quien plantea el progreso de la humanidad mediante el crecimiento ininterrumpido». Lo que debe hacerse es «cambiar la calidad del crecimiento, distinguir entre varios tipos de crecimiento. El objetivo prioritario –precisa– es la modificación de la calidad del desarrollo. Y ello se podrá conseguir a través de la modificación de la calidad del trabajo humano, reabriendo la posibilidad de una nueva relación que no esté dictada por el beneficio inmediato entre el hombre y la naturaleza». Como puede verse, Bruno vuelve siempre al punto de partida de su pensamiento: el trabajo y más precisamente a la libertad *del* trabajo y *en el* trabajo. Su *civitas*, su *polis*, su utopía, su ciudad del sol es la ciudad del trabajo, que es el título de su libro, tal vez, el más maduro. Creo que Bruno era plenamente consciente de que había un pellizco de utopía en esta concepción del trabajo y del desarrollo. Cuando fue entrevistado por Bruno Ugolini respondió con claridad y lucidez: «Creo que he llegado en los últimos años a la convicción de que la utopía de la transformación de la vida cotidiana debe convertirse en el modo de hacer política». Había comprendido que la utopía –particularmente la utopía cotidiana– exige coraje. Pero sin un pellizco de utopía la vida y la política misma no se encuentran con la ética y tienen muy poco sentido.

NOTAS

18 Bruno Trentin (con Guido Liguori), *Autunno caldo. Il secondo biennio rosso*, Editori Riuniti, Roma 1999, p. 39.

19 Ivi, p. 119

20 Bruno Trentin (con Carla Ravaioli, *Processo alla crescita. Ambiente, occupazione, giustizia sociale nel mondo neoliberista*, Editori Riuniti, Roma 2000.



EL SURGIMIENTO DEL SINDICATO DE LOS DERECHOS

Bruno Trentin fue elegido secretario general de la CGIL el 29 de noviembre de 1988 con 62 años recién cumplidos. El primer acto de su secretaría fue la conferencia programática que tuvo lugar en Chianciano en el mes de abril. Su lema resume el programa de Bruno: «Por una nueva solidaridad, redescubrir los derechos, repensar el sindicato». En el informe inicial afronta casi todos los nudos no resueltos de la política sindical: la ambigüedad de la historia, la relación entre desarrollo y naturaleza, política de rentas y la deuda pública, la necesidad de encarar en términos nuevos la negociación, la democratización de la economía y las empresas. Pero él insiste mayormente en dos puntos: el sindicato no debe presumir de ser para la clase sino de la persona que trabaja; y, en segundo lugar, el sindicato debe ser el portador de los derechos universales, ser uno de los protagonistas principales de la sociedad civil organizada y reformada con su proyecto propio de sociedad. A continuación, sobre todo en la preparación del XII de la CGIL introducirá un nuevo concepto: el sindicato general. Ahí sustituye el sindicato de clase de matriz ideológica –todavía en buena parte presente en la CGIL-- a pesar de la superación gradual de la llamada «correa de transmisión» con los partidos de izquierda y particularmente con el Partido comunista. Es necesario tomar nota, este es el pensamiento de Trentin, de que hay una crisis de representatividad del sindicato, que está acelerada y agravada por la caída -- inevitable y, sin embargo, positiva-- de la ideología clasista.

EL SINDICATO DE LOS DERECHOS

El movimiento sindical corría el peligro de ser abatido por la disgregación y las derivas corporativas, oscureciendo las mejores y más originales características del sindicalismo italiano: la territorialidad y la generalidad, que se expresan en la confederalidad, es decir, en la capacidad de representar solidariamente a todas las categorías de trabajadores desde los activos a los parados pasando por los pensionistas. El sindicato de los derechos es la respuesta a esta deriva. En él, «el programa es un vínculo», de manera que «exige coherencia en los comportamientos, verificación de los resultados, responsabilidad de los grupos dirigentes (y no justificación y legitimación de su conducta cotidiana, siempre capaz de combinar el finalismo ideológico con el pragmatismo sin principios)», dirá en Ariccia el 18 de la disolución de la corriente comunista en el interior de la CGIL. Lo que no significa la negación del pluralismo interno. Pero la CGIL debe dar representación al pluralismo social, político, cultural que existe en la clase trabajadora real, no al del exterior, al que está fuera de ella.



Es conocido el cuadro histórico en el que nace el sindicato de los derechos: la caída del comunismo y del socialismo real en la Unión Soviética y en los países del Este. Este hundimiento alcanzará su culminación simbólica algunos meses después de la conferencia de Chianciano, noviembre de 1989, con la caída del muro de Berlín. Bruno conservaba en su escritorio una piedrecita de aquel muro. Para él, el colapso de estas sociedades totalitarias no fue ciertamente una sorpresa. Ya en 1956, antes de la represión de la revolución húngara tomó, junto a Di Vittorio y la secretaría de la CGIL, una clara postura contra lo que definió «los regímenes opresivos de los Estados comunistas». Las revoluciones de terciopelo de 1989 le confirman en sus posiciones, ya maduras por el tiempo: «la historia no tiene un desarrollo ineluctable» y «no puede existir un modelo de sociedad que dé al individuo la felicidad más allá de nuestra personal y sufrida experiencia crítica»; la libertad y la democracia no pueden estar subordinadas al progreso material y al cambio de la estructura económica, pero son condiciones para el desarrollo civil, económico y social.



Cuando Achille Occhetto propone la disolución del PCI y la formación de un nuevo partido de la izquierda, Trentin no está a verlas venir. Después del anuncio de la Bolognina se esfuerza en una batalla política – como bien recuerdo – para que el cambio sea lo menos posible sólo variando el nombre nombre y lo menos simbólico (comunismo, sí o no; hoz y martillo, sí o no) sino de contenidos y un nuevo pro-

yecto de sociedad. Para dar salida a la constitución del nuevo partido, propone que el congreso esté precedido por un congreso de programa, algo parecido a lo que hizo en la CGIL en Chianciano. Sin embargo, se hizo lo contrario: primero el congreso sobre el nombre del partido con un debate muy apasionado y vivo que dura todo el invierno hasta marzo; después, la declaración de intenciones y la propuesta de cambio del nombre y los símbolos. Finalmente se hizo la conferencia programática, que fracasa.

Y al igual que en el partido hay una especie de camino paralela por parte de la CGIL. En noviembre de 1990 se disuelve la corriente comunista de la CGIL, después se desarrolla el XII congreso en Rimini en octubre de 1991. Sin embargo, mi impresión es que en aquel tiempo Trentin se movía de una forma muy autónoma, intentando en cierta medida compensar el vacío de



proyecto político. De ello hay un testimonio: no sólo las tesis congresuales, sino sobre todo el programa fundamental que está en la base de las tesis programáticas. El programa fundamental es una novedad absoluta para el sindicato, y plenamente coherente con la orientación de Trentin en Chianciano, pasa repensar los fundamentos de la política y la estrategia sindical hacia un sindicato no ideológico sino de proyecto y de los derechos.

LOS HILOS DE LA CONTINUIDAD

El sindicato general de los derechos y de programa representa, ciertamente, un desarrollo de la concepción sindical y política de Trentin. Sin embargo, son claros los hilos de continuidad con la experiencia y elaboración precedentes, maduradas junto a Di Vittorio, su gran maestro como siempre reconocerá (la última reflexión en su diario personal está dedicada a Di Vittorio y su magisterio); después —entre 1962 y 1977, como secretario de los metalúrgicos en la FIOM y en la FLM, es el artífice, además de su principal teórico, del sindicato de los consejos. A este respecto traigo a colación dos episodios tal vez poco conocidos.

El primero se refiere a los años cincuenta tras la derrota de la FIOM en la FIAT (1955) en las elecciones a las comisiones internas después del «inolvidable 1956». En el epistolario de Bruno encontré una carta que dirigió a Palmiro Togliatti el 2 de febrero de 1957. En ella Trentin responde a Togliatti sobre una intervención en el Comité Central del PCI. El secretario general comunista afirmó que «no correspondía a los trabajadores tomar iniciativas para promover y dirigir el progreso técnico» y que «la función de propulsión en torno al progreso técnico se ejerce únicamente a través de la lucha por el aumento de los salarios». Trentin no está de acuerdo y le escribe a Togliatti: «Francamente, nosotros pensamos que la lucha por el control y una justa orientación de las inversiones en la empresa presupone en muchos casos una capacidad de iniciativa por parte de la clase obrera sobre los problemas relacionados con el progreso técnico y la organización del trabajo, intentando quitar al patrón la posibilidad de decidir unilateralmente sobre la entidad, las orientaciones, los tiempos de realización de las transformaciones tecnológicas y organizativas. Una iniciativa similar aparece, al menos a nosotros, como la condición en muchos casos para poder dar a la negociación de todos los elementos de la relación de trabajo (e incluso de los tiempos de producción, de las plantillas y de las formas de retribución) un contenido efectivo dada nuestra imposibilidad de contraponer a la orientación de las inversiones de la empresa nuestra propia alternativa poniendo límites substanciales a las inversiones de la empresa y al desarrollo de la negociación colectiva en la empresa». En esta carta —estamos a principios de 1957— hay ya mucho del pensamiento de Trentin que seguirá experimentando en los años sucesivos, sobre todo en el otoño caliente al que permanecerá siempre fiel en los años del sindicato de los derechos. Ahí está también su, en cierta medida, infravaloración de la lucha por el salario con relación a los problemas de los derechos y la libertad *del* trabajo y *en el* tra-



bajo. Progresivamente dará espesor teórico a esta concepción del sindicato, particularmente con las dos ponencias en los seminarios del Istituto Gramsci sobre las tendencias del capitalismo italiano y europeo de 1962 y 1964.

El segundo episodio se refiere a la unidad sindical. Creo que nadie puede reprochar a Trentin haber sido anti unitario y, menos aún, sectario. La unidad era para Trentin –como para todos los dirigentes formados por Di Vittorio-- no solamente un medio, sino un valor en sí. Pero, ¿qué unidad? ¿Y especialmente como dirigirse hacia ella? Hubo un momento que, ante la lentitud y las incongruencias, las resistencias y las fracturas del proceso unitario confederal, el grupo dirigente de la FLM discutió a fondo hacer la unidad «a trozos». Trentin se opuso. ¿Por qué? A mí me parece que su explicación fue bastante lineal: Trentin temía que el papel de vanguardia que habían desarrollado los metalúrgicos se desdibujara o, incluso, «corporativizase» en el caso de que se produjera una ruptura con las confederaciones o se oscureciese la visión de sindicato general en la que ahora creía teniendo como base el sindicato de los derechos. Hay que recordar que, para Trentin, los consejos de delegados no son instrumentos políticos o parapolíticos, de contrapoder al sistema como proponía *Il Manifesto*, sino órganos a todos los efectos del sindicato, de un sindicato renovado y unitario que responde no sólo a los afiliados sino a todos los trabajadores, que promueve y organiza la democracia obrera sin perder el sentido general y solidario de la lucha y el papel de las instituciones democráticas. Para Trentin el sindicato –en tanto que sujeto político-- es siempre un reformador de la sociedad civil y su principal protagonista.

UNA VISIÓN INNOVADORA DE LA DEMOCRACIA Y LOS DERECHOS

Bruno Trentin tiene una visión de la democracia no exactamente herética, pero sí totalmente innovadora. Y ello por dos motivos sustanciales. Porque considera la democracia como condición indispensable y factor del desarrollo, incluso económico; y, en segundo lugar, porque entiende que la soberanía popular en sus presupuestos fundamentales –esto es, el sufragio universal, el principio de mayoría, la separación de poderes y la autonomía de las diversas instituciones-- es el resultado de las libertades y los derechos. O, mejor dicho, de la posibilidad de autodeterminación y auto tutela individual y colectiva. Así pues, es una concepción de la democracia que viene de abajo, de una sociedad civil organizada y reformada, en la que el movimiento sindical puede y debe desarrollar un papel de primer orden. En el centro de todo ello está la libertad, ya que el trabajo es un instrumento (quizá el principal) «de autorrealización de la persona humana, un factor de identidad y globalmente de cambio».



La libertad viene prima es el título de su último libro y es una selección de sus escritos de 2004. *La libertad es lo primero* significa que no puede ser re- enviada a “después”. No puede ser que lo primero sea la conquista del poder político y después la libertad; ni tampoco que lo primero sea el conflicto dis-

tributivo de las rentas y después la libertad. Incluso con respecto a los planteamientos igualitarios, lo primero es la libertad. Ser libres significa contar con espacios de autonomía y autorregulación, que no son regalos sino conquistas. De donde se infiere que la libertad contiene intrínsecamente la conflictividad. Esta es la originalidad de su visión que, en cierto modo, refleja su raíz *azzionista*.

Bruno siempre tuvo una clara aversión crítica a la concepción verticista del poder de matriz leninista. Cada vez estoy más convencido de que su horizonte fue el del esbozo de Constitución que su padre, Silvio, le dictó en la clínica Monastier pocas semanas antes de morir, cuando Bruno contaba con diecisiete años. Era una Constitución muy avanzada que tiene como objetivo la construcción de una república de clara marca federalista. Que mira a Europa y se funda y articula en los consejos de empresa y de territorio en las diversas Regiones. Lo que Silvio Trentin prefigura es un Estado que intenta compatibilizar liberalismo y comunismo a partir de los grandes principios de la libertad de la persona y la propiedad colectiva, de la autonomía de las diversas instituciones democráticas y la justicia social. Este texto que descubrimos no hace mucho tiempo, con la escritura y los galicismos de la mano de Bruno, es su utopía, el modelo imaginario al que siempre fue fiel.



LA NUEVA FRONTERA DE LOS DERECHOS CULTURALES

Bruno no tiene una visión abstracta o vaga ni mucho menos retórica de los derechos. Hoy estamos asistiendo, sin embargo, a una inflación reivindicativa, incluso sindical, de los derechos difusos con el riesgo evidente de frustrar y empañar los verdaderos derechos que deberían estar relacionados con la autotutela colectiva. Se reserva —es verdad— el derecho a la utopía tras la muerte histórica del comunismo. Pero de un modo medio en serio medio en broma. «El derecho a la utopía no se condena al infierno», dice en el informe al XII Congreso de la CGIL. Bruno sabía perfectamente que «los derechos son históricamente relativos», pero igual que Norberto Bobbio creía que el actual es *El tiempo de los derechos* (es el título del libro de Norberto Bobbio, publicado por Einaudi en el mismo periodo, a finales de 1990) del que la izquierda social y política se hizo portador. El artículo primero de la Declaración universal de los derechos del hombre de 1948 se afirma: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». Atención: «libres e iguales en dignidad y derechos», no iguales como realidad de hecho, natural o empírica y objetiva, lo que no sería verdad. «La declaración —escribe justamente Jeanne Hersch, que ha dedicado buena parte de su vida al estudio de los derechos humanos— llama a una tarea social, política e histórica: «mejorar las, en el curso de la historia, las ocasiones de la libertad responsable»²¹.



En el programa fundamental del XII Congreso de la CGIL, los derechos que

se proclaman no son obviamente los civiles y políticos, sino los sociales: tanto los derechos individuales (en el trabajo, la formación, la salud, un salario justo, en la maternidad y paternidad, en el conocimiento y la información en los centros de trabajo) como los colectivos (a organizarse sindicalmente de manera voluntaria, la negociación colectiva, la participación en las decisiones de la empresa). Para Trentin los derechos económico-sociales, empezando por el derecho al trabajo y a la libertad *del y en el* trabajo tienen el mismo alcance que los derechos civiles y políticos con el fin de garantizar la igualdad de oportunidades a todos los ciudadanos. Son las precondiciones, habría dicho Piero Calamandrei, mediante los cuales cada uno de nosotros afirma y ejerce su propia libertad.

Bruno Trentin, en los últimos años, busca traspasar la tercera frontera de los derechos: la de los culturales. El derecho al conocimiento y a la formación permanente a lo largo de toda la vida es su objetivo. Bruno estaba convencido de que nos encontramos en la tercera revolución industrial tras la del



siglo XIX y la fordista del pasado siglo. No le gustaba utilizar palabras poco claras como sociedad terciaria, posfordismo, postindustrial. Es una revolución que tiene muchos aspectos: su expansión y la rapidez del progreso técnico, la informática y el mundo de las telecomunicaciones, la primacía de la inversión inmediata, a menudo especulativa con relación al de larga duración, el cambio de poder entre los accionistas y el management, la afirmación del «capitalismo total y personal» que no ahorra ni siquiera la vida del trabajador en el trabajo y en el consumo por usar una expresión de Marco Revelli.



¿Cómo y dónde buscar una nueva subjetividad social y política que pueda construir una alternativa y conjurar «la segunda revolución pasiva», como la define siguiendo los ecos del pensamiento de Gramsci? En el centro de su

investigación continúa presente el nexo entre libertad y trabajo. Pero entre los dos adquiere particular importancia un tercer concepto: el saber. Las perspectivas que el sindicato del siglo XXI ofrece a las nuevas generaciones no puede ser el de un trabajo cualquiera –dijo en Chianciano-- sino el de transformar la calidad del trabajo y construir una nueva relación entre trabajo y conocimiento. El conocimiento es fundamental no sólo para tener más libertad y auto determinación sino para conjugar libertad y responsabilidad. Y, por consiguiente, para formar nuevas clases dirigentes a todos los niveles. El punto más alto de esta elaboración está en la *lectio doctoralis* cuando la Universidad de Venecia en 2002 le confirió la dignidad de Doctor Honoris causa [<http://baticola.blogspot.com.es/2006/07/trentin-doctor-honoris-causa-en-la.html>, nota del traductor].

Polemizando con quienes predicán el fin del trabajo, Trentin dice que no estamos ante el final del trabajo sino ante una mutación de la calidad del trabajo, de su papel y de sus relaciones. «Los grandes cambios en curso –escribe Trentin– que acompañan el agotamiento de la era fordista señalan la caída del concepto de trabajo abstracto, sin cualidad –la idea de Marx y el parámetro del fordismo– para hacer del trabajo concreto y pensado y de la persona que trabaja el punto de referencia de una nueva división del trabajo y de una nueva organización de la empresa». La introducción de las nuevas tecnologías, la rapidez y frecuencia de los procesos de innovación y reestructuración «tienden a convertirse no ya en una patología sino en una fisiología de las empresas» y cambian el trabajo haciéndolo más flexible en varios aspectos. Pero, dice, ojo con convertir la flexibilidad del trabajo en una ideología. Eso sería no comprender que debe ir acompañada de una recualificación permanente del trabajador, de un nuevo contrato social que, ante todo, garantice una formación permanente durante todo el ciclo de la vida, además de la seguridad en el salario presente y futuro. De aquí la importancia del saber y, en especial, de la relación entre trabajo y conocimiento para evitar tanto la emergencia de nuevas desigualdades y nuevas jerarquías entre quienes poseen el saber y quienes no lo tienen como para extender las posibilidades de liberación de la persona humana. Sobre la base de estos principios, en los últimos años Trentin trabaja por un nuevo estatuto de los trabajadores que ponga al día e innove lo que se aprobó a principios de 1970.

EL ALIENTO EUROPEO

Estamos convencidos, al igual que Bruno, de que el futuro del sindicato de los derechos se juega en Europa, porque el punto de partida no puede ser el nacional. Pero las cosas no van bien. Asistimos a una proliferación de reivindicaciones nacionalistas en materia de trabajo, a planteamientos contractuales diversos según los Estados e incluso de territorio, a luchas fratricidas y sin esperanza en la defensa del puesto de trabajo, a prácticas de *dumping* social apoyadas por sentencias del Tribunal de Justicia. Todo ello sin ningún intento serio de construir no ya de plataformas sino por lo menos



contactos, embriones de programa a nivel europeo. Después de la ampliación de Europa a los países ex comunistas del Este y el fracaso de la Constitución europea la señal que prevalece es la deconstrucción política. Se mantiene la unificación del mercado, la moneda única. Pero falta un gobierno unitario de los procesos económicos y sociales. El tratado de Lisboa (2000), que tenía una robusta estrategia de construcción de la sociedad del conocimiento —sobre el que tanto había trabajado Trentin— se convirtió en agua de borrajas.

Aumenta el escepticismo entre la población, tanto que un ilustre y atento conocedor de nuestro continente como Jürgen Habermas, con la idea de parar la deriva, ha propuesto un referéndum para que los ciudadanos digan si están a favor o en contra de la unión política europea.

NOTAS

21 *I diritti umani da un punto di vista filosofico*, Mondadori, Milano 2008, p. 76



En 1999, cuando los Democratici di Sinistra le propusieron como candidato al Parlamento europeo, Trentin escribió en su diario: «Estoy muy inquieto y angustiado por la opción que he tomado aceptando la propuesta, después de muchas reservas. Ha prevalecido el sentimiento de dar testimonio». Y prosigue: «Desconozco qué me depara este futuro nebuloso en una situación política (y humana) cada vez más viscosa y desmoralizante, tan orientada a los miserables juegos de poder y al seguidismo de las lepras modernista y neoliberal. Vivir con serenidad se convierte en un esfuerzo duro de cada día igual que vencer la angustia y el desencanto. Quizás por ello he aceptado la apuesta del Parlamento europeo y de una campaña electoral que me aterroriza».

Sin embargo, el Parlamento europeo le apasionó y ganó la apuesta consigo mismo. Tenía 73 años. Desde 1999 hasta 2004 estuve con él durante esos cinco años de gran intensidad de elaboración y combativa vitalidad. Sin em-

bargo, no tenemos todos los diarios de estos años. Se los robaron en París durante un seminario, y junto a su enorme bolsa que



siempre llevaba estaban los diarios de dos años: los de la campaña electoral y el del inicio de la legislatura hasta mayo de 2001. Le debían servir como apuntes para su intervención. Nunca los encontré.

Cuatro son los temas que prevalecen en sus reflexiones en los últimos años: el trabajo y el conocimiento; el reformismo que abandona todo intento de cambio (su reformismo revolucionario) y se orienta hacia el transformismo político; la contradictoria aparición no de la socialdemocracia ahora ya al final, sino del socialismo liberal; el riesgo del reflujo del movimiento cooperativista y del sindicato mismo en la lógica capitalista.

Durante ese periodo he estado con Bruno, trabajando diariamente a su lado en la Comisión de Proyecto de los Democratici di Sinistra del que Trentin era presidente, elegido en el congreso de Pesaro en 2001 y yo su coordinador. Ahí pude conocer de manera más directa sus ideas y comportamientos aunque nos frecuentábamos desde hacía muchísimos años, al menos desde el otoño caliente turinés. Bajo la dirección de Trentin la Comisión elaboró el *Manifiesto por Europa*, editado a principios de 2004. Pero, con gran amargura de Bruno Trentin, tuvieron poco eco en el partido, y sobre todo no crearon cohesión unitaria entre las corrientes y diversas orientaciones.



Vittorio Foa, que conocía bien a Bruno desde los años de la guerra partisana, me invitó en uno de sus últimos coloquios a estudiar y profundizar en el europeísmo de Trentin, que según él, era original, a partir del modo con que concebía la unificación europea. Tiene razón Foa. El europeísmo de Trentin es, por así decirlo, natural si bien robustecido por su intensa experiencia de vida. Creo que cuando entró en el Parlamento europeo no se sentía un extraño. Tengamos en cuenta que frecuentaba Bruselas como miembro de la Confederación Europea de Sindicatos. Por otra parte llevaba en la sangre la cultura europeísta y federalista como confesaba cuando salía, raramente, de su antigua reserva. Su padre, Silvio-- y en general el ambiente de Giustizia e Libertà y el Partito d'Azione-- es seguramente uno de los federalistas europeos más grandes. Tanto es así que la Lega Nord se lo reconoce intentando suplantarlo. Es un federalismo original, que se diferencia del *Manifesto de Ventotene*, de Altiero Spinelli, porque va de abajo hacia arriba, es decir: de las autonomías del trabajo y territoriales y, de ahí, a los Estados nacionales y después a la Federación europea. Y porque es un federalismo no solamente institucional sino estructural, integral: un diseño de un orden nuevo económico y social que concilia la libertad individual con la socialización y planificación de la economía. [...] En su esbozo de la Constitución de Francia, escrito cuando era en Toulouse el jefe del movimiento *Libérer e Féderer*, que él fundó, están ya esas ideas. Igualmente en un ensayo titulado *Le dialettiche determinante e gli sbocchi politici e istituzionali della rivoluzione antifascista europea*, escrito en la clínica poco antes de morir. Debemos tener presente que, según Usula Hirschmann, la mujer de Spinelli, Silvio Trentin conocía desde 1942 del *Manifesto di Ventotene*.

Uno de los primeros artículos de Bruno, publicado en el semanario del Partito d'Azione, Giustizia e Libertà, el 21 de octubre de 1945, cuando tenía menos de 19 años, titulado *Esperienze federaliste*, es crítico con el movimiento federalista europeo, aunque compartiendo sus objetivos, porque tiene una mentalidad aristocrática y minoritaria y no engloba en la batalla europeísta a los partidos de masas particularmente el Partido comunista. Ya de de viejo Trentin volverá a Spinelli participando activamente, como parlamentario, en el grupo que se reunía periódicamente en torno a la figura y las ideas del gran federalista. Más allá de su nacimiento en Gascuña, a su doble nacionalidad, a su formación en una familia cosmopolita, en el centro del internacionalismo europeo (recordaba bromeando que había conocido a gran parte de la futura clase dirigente italiana --desde Giorgio Amendola, a Nenni, Lussu, Salvemini, Nitti y gran parte de la dirección de GL-- «en la mesa camilla»), lo que contribuyó a «despertarle» la dimensión europea, como obligada y prioritaria, fue la experiencia sindical que emprendió desde 1949 en el Gabinete de estudios de la CGIL y al lado de Giuseppe Di Vittorio.

El proceso no fue lineal. El periodo más difícil fue el de la guerra fría. Y fue determinante la posición de condena de la represión soviética de la revolución húngara en 1956 por su parte y de la secretaría de la CGIL en abierto desacuerdo con el PCI donde militaba (era responsable de la célula comu-





nista del sindicato). Una condena que siempre mantuvo, aunque no se diera de baja del PCI que le hizo consciente de ser un hereje, a pesar de que el partido italiano estaba abierto a la innovación y al debate democrático.

ARTÍFICE DEL SINDICALISMO EUROPEO

Trentin en aquel periodo tampoco dudó en nadar a contracorriente. Estudia la realidad tal como es: la CECA, elabora un estudio en 1952 sobre el Plan Schuman que permite a Di Vittorio pedir un aplazamiento que permita el reforzamiento de la industria siderúrgica nacional, el Mercado Común, la Comunidad Económica Europea. Se interroga sobre la Comunidad Europea de Defensa y sobre su oportunidad. Viaja mucho: a los países europeos, también a los Estados Unidos en 1947 que había conocido cuando estuvo en la Universidad de Harvard gracias a una beca. En la URSS y los países de la Europa del Este, en la China poco después de la victoria de Mao; en los primeros países de Africa que se liberaron del colonialismo. Particularmente estudia el capitalismo internacional, las culturas y teorías de referencia. Capta el jugo innovador y positivo, y pone en discusión las antiguas ortodoxias de la Vulgata marxista: el empobrecimiento absoluto y creciente de las masas trabajadoras y la visión catastrofista y determinista de la crisis capitalista. Subraya la realidad innovadora del neocapitalismo y el positivismo teórico y práctica del progreso técnico y científico.

Lo anota todo en pequeños cuadernos que recientemente hemos encontrado en su casa. Esta investigación se concreta en las ponencias que presentó en los seminarios del Istituto Gramsci: el primero en 1962 sobre el capitalismo italiano; el segundo en 1965 sobre el capitalismo europeo. Las dos ponencias tienen un amplio eco, no sólo en la cultura subyacente, el conocimiento muy extendido de los procesos de la literatura mundial sobre el tema sino también para la crítica no reticente de la infravaloración de las mutaciones del capitalismo italiano y mundial y de los procesos de integración europea por parte de la izquierda, el movimiento sindical y muy significativamente del PCI. Se esforzó tenazmente por la construcción del sindicato europeo y por una plataforma común mediante los comités unitarios entre la CGIL y la CGT francesa que, en verdad, no consiguieron gran cosa; en la lucha interna por la democratización de la FSM y, sobre todo, a través del diálogo y el debate con las organizaciones sindicales de orientación socialdemócrata y cristiana, que llevará a la adhesión de la FLM a la FEM y de la CGIL a la Confederación Europea de Sindicatos en 1973.



En estos años inicia su diálogo con el personalismo cristiano de matriz francesa y muy particularmente con Jacques Délors. Es un diálogo que será más intenso cuando Délors presida la Comisión ejecutiva de la Comunidad Europea. Es el periodo del llamado «Diálogo social» y del «Libro Blanco» sobre el desarrollo y el empleo. Bruno participa en primera persona. Mucho más todavía cuando es elegido secretario general de la CGIL en 1988.

Se convierte en promotor del programa europeo de la CGIL y del sindicato de los derechos y de la solidaridad con dimensión continental; se bate por una «estrategia europeísta de las izquierdas» poniendo en el centro los derechos individuales y colectivos de los trabajadores; y exige a la CES que se haga protagonista de la batalla de la unificación de la Unión. Son los años del tratado de Maastricht, de 1990 a 1993, cuando se ponen las bases de la moneda única y se da un nuevo paso adelante en la integración europea. Bruno Trentin, junto a Carlo Azeglio Ciampi, que siempre lo ha reconocido, fue determinante sosteniendo este proceso y muy particularmente la entrada de Italia en el euro. Ciertamente, Bruno Trentin ha sido uno de los mayores artífices del sindicalismo europeo. Para él el futuro del sindicato era europeo. Incluso llegó a plantear en algunas reuniones que la CGIL debía renunciar a la i (de italiana) por dos motivos: para iluminar que no sólo era una cuestión de futuro sino de hoy que el papel de las confederaciones estaba en Europa; y, en segundo lugar, para darse una manera más fácil y adecuada la representación sindical ante esa oleada de inmigrantes que trabajan o vienen a trabajar a Italia.

EN EL PARLAMENTO EUROPEO

La legislatura del Parlamento europeo (1999 – 2004), en la que participó Bruno Trentin, fue una de las más importantes de la vida de la Unión Europea. Europa estaba en una encrucijada decisiva para su futuro. Después del hundimiento de la Unión Soviética y del comunismo se ponía el problema de la ampliación a los países del Este y simultáneamente estaba la exigencia de dar más solidez a la Unión mediante una mayor integración política. Las personalidades más conscientes tenían la convicción de que había que proceder a una refundación ideal e institucional de la Europa unida en dirección a los Estados Unidos de Europa, el antiguo sueño de los federalistas, creando una legislatura constituyente. Dos temas se entrecruzaban. De una parte, el proyecto de Constitución que debía elaborarse con un papel casi constituyente por la Convención de Bruselas formada por eurodiputados y nacionales y miembros de la Conferencia intergubernamental. Este proyecto estaba precedido por la Carta de los derechos fundamentales de Niza y es la base de la ciudadanía europea. Por otra parte, la ampliación de la Unión de 15 a 25 y, después 27. Con todos los problemas conexos, especialmente sobre el plano económico y financiero, dados los diversos niveles de desarrollo.

En mayo de 1998 se aprobó la unificación monetaria. Al inicio de la legislatura, junto a la unificación monetaria que entrará en vigor en enero de 2002,



estaba en discusión el llamado programa de Lisboa que prefiguraba un nuevo modelo de desarrollo basado en la economía del conocimiento. Bruno Trentin que percibió sus límites e insuficiencias, exigió Lisboa continuamente a lo largo de todo el quinquenio, a menudo en polémica con la excesiva rigidez del Pacto de estabilidad que se derivaba de los parámetros del Tratado de Maastricht. Hacía tiempo que Bruno estaba convencido que los procesos de mundialización –y lo que definía como tercera revolución industrial con la irrupción de la informática y las nuevas tecnologías– comportaba una transformación profunda de la economía y del trabajo. Europa podía tener un papel de primer plano no solamente en los países más atrasados sino también en el diálogo con los Estados Unidos, donde se estaba refundando el modelo de desarrollo con inversiones masivas en la investigación, en la enseñanza, en el conocimiento y se relegitimaba el trabajo. Sobre estos temas, en los que su elevada competencia intelectual era apreciada por los representantes de la izquierda europea y también por los del resto de las fuerzas políticas, trataron mayormente sus intervenciones en el Parlamento europeo.

Hay que destacar que su visión iba más allá de la reivindicación de la Europa social que plantea la mayoría de la izquierda, sobre todo la sindical. «No me convence la definición de Europa social», dijo Trentin en una entrevista en septiembre de 1998 cuando todavía estaba en el sindicato, antes de ser diputado europeo. Trentin añadió que «la encontraba reduccionista». Porque veía esta definición como defensiva y, en última instancia, corporativa; además, no se planteaba los nuevos problemas de la hegemonía del fordismo, primero, y de la crisis de fordismo, después. Sin embargo, el desafío era el de la Europa política, es decir, el trabajo hacia un proyecto político europeo que soldase el hilo entre las instituciones y la sociedad. Tras la ampliación y la reforma institucional, dijo: «el *primum* es la reforma»²². Coherentemente, en los años sucesivos, luchará a favor de la propuesta de Jacques Déléors, la «cooperación reforzada» entre las naciones fundadoras de la Unión. Una cooperación reforzada que no fuese un bazar (ésta es también una expresión de Déléors) que Bruno valoraba mucho y una auténtica vanguardia para dar, ante todo a los países de la zona del euro, un gobierno político de la economía, una política exterior y de la defensa común. «El ritmo, subrayó, se puede ver; lo importante es comenzar, abrir un camino».

El periodo crucial va del 11 de septiembre de 2001 a marzo de 2003. Se ha desarrollado desde entonces lo que Giorgio Napolitano definió «el incierto futuro de Europa»²³). La guerra de Irak, en respuesta al atentado de las Torres Gemelas de Nueva York, significó una enorme presión en el debate europeo dividiendo drásticamente los gobiernos, las fuerzas políticas y sociales o, por lo menos, confundiendo el objetivo de la Europa política. Baste recordar la llamada «coalición de la voluntad», que dividió el frente occidental. Trentin estaba decididamente en contra de la guerra preventiva y especialmente contra la exportación de la democracia mediante la guerra preventiva. De ello eran partidarios Bush y el gobierno inglés de Tony Blair. «Yo no estoy contra el uso de la fuerza –dijo Trentin– cuando se trata de defender la democracia, sobre todo ante el ataque de una potencia extranjera. Como lo fue en España en 1936. O para impedir la masacre de una pobla-



ción o defender la supervivencia de una minoría. Cuando el recurso a la fuerza venga bajo la decisión de la ONU y con las reglas del derecho internacional. Nunca he olvidado que, cuando era niño, nos manifestábamos en Francia durante la guerra de España. Yo gritaba con todas las fuerzas de la izquierda: «¡Cañones, aviones para la España republicana!. España que era bombardeada por los aviones italianos y alemanes. Pero la guerra de Iraq es otra cosa». Bruno tenía los pies bien puestos en la Constitución italiana y en su artículo 11. Él fue plenamente consciente desde el inicio de que el nexo entre ampliación y proyecto constituyente se complicaba mucho más con la guerra y la ofensiva neoliberal. Como es sabido, la salida no fue satisfactoria, a pesar del esfuerzo de Romano Prodi, siendo presidente de la Comisión ejecutiva de la Unión: se dio la ampliación a los países del Este, pero con la prevalencia de una política económica neoliberal; y la Constitución europea se enterró prácticamente después del no de Francia y Holanda en junio de 2005. El posterior Tratado de Lisboa, actualmente en vigor, recupera sólo una parte de los contenidos del proyecto constitucional, pero la Unión está bloqueada ante la diáspora nacionalista.

CONTRA EL EUROESCEPTICISMO Y EL POPULISMO ANTIEUROPEO

Trentin polemizó duramente, en los últimos años, contra el euro escepticismo y contra el «populismo antieuropeo», así lo definió, quenestaba presente no solo en la derecha sino también en la izquierda. Quien en la izquierda ha estado contra el proyecto de la nueva Constitución europea y ha votado contra ella (como ha sucedido en Francia y en Italia ha sostenido Rifondazione Comunista) ha favorecido la «lógica imperial» del actual gobierno de los Estados Unidos y ha escondido «detrás de la retórica izquierdista la opción de explicar el problema fundamental entre la democracia y la cultura del derecho» entre la nueva Europa y la América de Bush. «La Constitución europea —escribió Trentin— está llena de límites y vacíos, lo sabemos` Pero, a pesar de ello, constituye, sobre todo en el plano de los derechos, un paso adelante». Sobre este tema volvió muchas veces en torno a las divisiones y retrasos, pasados y presentes, de la izquierda. Insistió sobre dos ocasiones fallidas: la obstrucción de los comunistas y de los gaulistas en 1954 de la Comunidad Europea de Defensa, propuesta por Pierre Mendés France, que hubiera hecho una Europa más autónoma respecto a los Estados Unidos en el campo militar; y el inicio del tratado de Maastricht, uno de los puntos más bajos en el que —a pesar de los esfuerzos innovadores pero sin resultados de Délors— la izquierda estuvo completamente ausente. A partir de ahí se dio vía libre a la política neoliberal y monetarista.



Una vez más, como a principios de los cincuenta, el proceso de integración europea fue obra de las fuerzas moderadas y conservadoras, no de las progresistas que estuvieron en los orígenes del pensamiento federalista europeo. Repito: la cuestión no afectaba solo a los comunistas; éstos miraban a la URSS y durante muchos años —al menos entre los sesenta y setenta, después de Praga-- consideraban la unidad europea como un apéndice de los

Estados Unidos. Pero la izquierda en general, incluso la socialdemócrata y laborista lo veía de esa forma, hecha la excepción de algunas personalidades de gran estatura como Altiero Spinelli, Mendés France, Mitterrand, Dé-lors. Quizá el periodo más fecundo para la izquierda europea fue el de finales de los setenta cuando se desarrollaron el diálogo y significativas convergencias entre el neonato eurocomunismo y las tendencias más avanzadas de la socialdemocracia que tuvo como protagonistas a Enrico Berlinguer, Brandt, Kreisky y Palme. La cuestión concernía no solamente a la Europa política y las relaciones entre el Este y el Oeste, sino también a la gran cuestión medioambiental, los problemas de la paz y el desarme, y sobre todo las relaciones Norte y Sur. Fue significativo que Altiero Spinelli aceptase ser elegido, en aquel periodo de 1979, al Parlamento europeo como independiente en las listas del PCI. Sin embargo, esta fase feliz acabó a mitad de los años ochenta.

El bloqueo de la Europa política no dependía solamente de los obstáculos



y frenos que ponía el eje anglo estadounidense, que Bruno llamaba el partido americano. Este eje tenía una visión de Europa puramente librecambista y derivaba de la ausencia de una línea política unitaria, tanto más grave en cuanto que gobernaba en 13 estados sobre 15. El socialismo era una auténtica babel: junto al modelo del *new labour* inglés y del *neue mitte* alemán estaba la francesa de Jospin y la más reciente de Zapatero. Y después la anomalía italiana con el Olivo y el recién creado Partido Democrático. Cada una tenía su propia particularidad, como es obvio, dados los diversos puntos nacionales de partida. Entonces, ¿cuál era la vía de los socialistas europeos? El Partido socialista europeo, surgido en 1992 con el apoyo del PDS, aprobó en marzo de ese mismo año, en el congreso de Milán, un manifiesto electoral, pero sólo llegó a unos pocos. Sin embargo, tuvo un eco notable el manifiesto de Blair y Schroeder pocas semanas después de las elecciones. ¿Había una efectiva voluntad en la izquierda de construir la federación europea? ¿Tiene futuro el socialismo ante estas incertidumbres y ambigüedades?

Trentin nunca renunció a la perspectiva socialista. No le interesaba el nombre y tampoco, en ciertos casos, el instrumento. Le importaba la inspiración, el proceso y, sobre todo, el proyecto que debía tener como finalidad no el socialismo de Estado que inevitablemente deviene autoritario, antidemocrático, sino un socialismo desde abajo, de tipo libertario que pone en el centro el trabajo como primer factor la igual libertad, el desarrollo social y personal, la convivencia civil y democrática. Bruno estaba convencido que las razones de la equidad no pueden tutelarse solamente en tiempos de normalidad, corrigiendo las distorsiones del mercado, sino también en relación con el proceso productivo de construcción de la riqueza y la acumulación en la economía de la empresa. Por ello, su «pensamiento político» está centrado en los derechos de ciudadanía *del* trabajo y *en el* trabajo, en la necesidad de una nueva garantía efectiva de una nueva relación entre la sociedad civil y las instituciones democráticas, no sólo nacionales, también europeas e internacionales para controlar los procesos de mundialización. Para Bruno esta búsqueda era la verdadera alma de ser socialista. Escribe en el ensayo introductorio de *La libertà viene prima*, en noviembre de 2004, su testamento como decía a sus amigos: «¿Qué queda del socialismo? También sobre esto debe dar una respuesta ´una izquierda de proyecto´. Ciertamente, el socialismo ya no es un modelo de sociedad cerrado y conocido, a través de la acción política cotidiana. Sino que debe ser concebido solamente con una *búsqueda* ininterrumpida sobre la *liberación de la persona* y sobre su capacidad de autorrealización, introduciendo en la sociedad concreta elementos de socialismo –la igualdad de oportunidades, la comunidad de bienestar, la difusión del conocimiento como instrumento de libertad-- superando cada vez más las contradicciones y fallos del capitalismo y de la economía de mercado, haciendo de la persona y no sólo de las clases el perno de una convivencia civil» ²⁴

Los últimos años de Bruno Trentin le fueron amargos y desilusionantes. No le presentaron a las listas del Parlamento europeo ni seguir en la presidencia de la Comisión de proyecto de los DS. El antiguo proyecto quedó en letra muerta. Pero no tiró la toalla. Su lema, el lema azionista --«Haz lo que debas, pase lo que pase»-- lo mantuvo en pie, aunque más resignado. El partido se encontraba en un momento de transformismo del que había que salir, así lo dejó escrito. Era un transformismo que privilegiaba las alianzas, la táctica y la ocupación del poder en vez de los proyectos.

Giorgio Napolitano, siendo presidente de la Comisión de Asuntos institucionales del Parlamento europeo, escribió: «En la reflexión y en el debate sobre el futuro de Europa encuentro el sentido de hacer política, las motivaciones ideales de un esfuerzo de transmitirlo a las nuevas generaciones, el hilo de los acontecimientos históricos de los que he sido partícipe, la clave de una comprensión más profunda de las lecciones del pasado y de los imperativos del presente». Y añade: «Tiene sentido, hoy, hacer política para sostener proyectos fuertes de cambio y de gobierno que puedan concebirse en términos europeos» ²⁵. Yo creo que Bruno Trentin compartiría plenamente estos



conceptos y estas expresiones, incluso la palabra (sorprende el uso de la voz “proyecto”, que es tan trentiniana) indicando una profunda sintonía, incluso generacional, de que la unidad europea necesita volver a encontrar su camino a partir de la experiencia de los mejores hombres.

NOTAS

- 22 Bruno Trentin, Europa: riforma senza progetto, in Quale Stato.
- 23 Giorgio Napolitano, Europa politica, il difficile approdo di un lungo percorso, Donzelli, Roma 2003.
- 24 Bruno Trentin, L'Europa, la posta gioco, in Argomenti umani, settembre 2005.
- 25 Bruno Trentin, La libertà viene prima, cit., p. 36
- 26 G. Napolitano, Europa politica, cit.,



Vittorio Foa y Trentin se conocieron en Milán el primer día de la Liberación. Lo cuenta Vittorio en su autobiografía. Juntos redactaron el llamamiento a las brigadas de Giustizia e Libertà para la insurrección de Milán. Se inicia con la frase que tanto agradaba a Bruno: «La bandera roja ondea en Berlín». Foa dice que Bruno estaba bajo la influencia de Leo Valiani. Casi seguramente es verdad: de hecho, Silvio Trentin, antes de morir en la clínica de Monastier, fue visitado por Valiani que entonces era el responsable del Partito d'Azione en la Alta Italia. Silvio confió a Leo Valiani el cuidado de sus hijos y, particularmente, de Bruno que todavía no tenía dieciocho años. El padre murió el 12 de marzo de 1944. El nombre de partisano de Bruno era Leone, que intervino en la zona Prealpi del Véneto; después del ataque de las tropas nazifascistas del verano y otoño fue a Milán y se convierte en uno de los más estrechos colaboradores de Valiani y del Comité nacional de Liberación.

Entre Foa y Trentin hay más de sesenta años de relaciones. Que, como es natural, han tenido altos y bajos, pero que siempre se caracterizaron por un grandísimo afecto y una recíproca estima. Hablar de amistad es, quizá, muy poco. Entre ellos había una diferencia de edad de dieciséis años. Bruno consideraba a Vittorio como si fuera su hermano mayor o, tal vez, algo más. Le tenía una especie de devoción y una relación de protección. De Vittorio apreciaba su gran curiosidad intelectual, el espíritu de búsqueda y la capacidad de ir al núcleo de los problemas, sin conformismos y, sobre todo, interpe-lándose a sí mismo. Al mismo tiempo, Vittorio valoraba la inteligencia de Bruno y su autonomía intelectual. Foa, todavía en el verano de 2006, antes de la caída de la bicicleta y de la parálisis de Bruno, lo entrevistó para ayudarle a escribir su autobiografía. Foa quería comprender. Sobre dos temas era curioso: su relación con el PCI y el europeísmo; dos temas que señalaban especialmente la identidad de Bruno. Obviamente no puedo hacer un cuadro completo de las relaciones entre los dos, incluso porque ambos tuvieron «muchas vidas». Ello exige una investigación amplia que deseo pueda desarrollarse en los próximos años. Me limito, pues, a indicar algunas líneas que espero puedan ser útiles a un trabajo futuro.

DE LA RESISTENCIA A LOS AÑOS CINCUENTA



Foa y Trentin se frecuentaron con mucha asiduidad durante los dos años de vida del Partito d'Azione tras la liberación. Vittorio era uno de los secretarios del partido y diputado en la Constituyente; Bruno era dirigente del movimiento juvenil. Tras la disolución del partido en otoño de 1947 se presentaron dos opciones diversas: el primero se afilió al Partido socialista; el segundo estuvo en *lista de espera*, participando en la campaña electoral de

1948 apoyando el Frente democrático popular en contacto con la organización comunista de Treviso. Bruno se licenció en la Universidad de Padua en octubre de 1949, bajo la tutoría de dos *azionisti*: Norberto Bobbio y Enrico Opocher. A finales de 1949 Foa es elegido vicesecretario general de la CGIL con el encargo de dirigir el Departamento de estudios. Así se inicia su colaboración con Giuseppe Di Vittorio, que tanta influencia tuvo con los dos. Ambos consideraban que Di Vittorio era el principal maestro que les enseñó que el sindicato es un sujeto no solamente social sino político, libre, autónomo, democrático, que no debe ser único sino unitario, ya que la unidad sindical es un valor en sí e incluso «un modo de analizar la realidad». Gran maestro de sindicalistas; Foa dijo que Di Vittorio fue «su único maestro de política». Los movimientos del caballo vencedor que permiten superar el muro contra muro, en *Il cavallo e la torre*, son substancialmente los de Di Vittorio a partir del Piano del Lavoro, discutido y aprobado a finales de 1949: una experiencia que deja una impronta evidente en Foa y Trentin. Probablemente Bruno superó sus dudas y se afilió al PCI, tal vez en 1950, gracias a las enseñanzas y el ejemplo del gran sindicalista de la Puglia. No fue una adhesión fácil, ya que cortaba una larga tradición familiar como se desprende de su correspondencia en 1952 con Gaetano Salvemini sobre el caso Angelo Tasca²⁸.

Trentin y Foa, en los años cincuenta, recorrieron juntos mucho trecho. Empezando por la batalla interna sobre el llamado «retorno a la fábrica» tras la derrota de la FIOM en la FIAT en 1955. Trentin siempre consideró que Foa fue uno de los principales artífices del giro que llevó a la CGIL a repensar la estrategia sindical, que ponía en el centro los problemas relativos a la condición y organización del trabajo. Y pour cause Di Vittorio hizo que Foa y Novella (otro protagonista de la batalla) fuesen elegidos nuevos secretarios de la FIOM. También Trentin, pero sin desarrollar ninguna función importante; de hecho, durante un par de meses —junto a los compañeros de la Camera del lavoro de Turín— hiciera una investigación sobre la condición de los trabajadores de la FIAT, que fue decisiva para convencer a Di Vittorio del cambio de estrategia. Fue muy intenso el debate en aquellos años, en el interior de la izquierda, sobre el progreso tecnológico y la modernización y sus efectos sobre la clase obrera. Foa y Trentin investigaron sobre estos problemas. Ante todo rechazaron las tesis catastrofistas o simplemente inmovilistas del desarrollo capitalista con todas sus consecuencias: empobrecimiento creciente de los trabajadores, expansión del ejército de reserva, etc. En segundo lugar, contradiciendo la tesis de que el capitalismo italiano estaba atrasado —harapiento, se decía— e incapaz de producir la innovación y modernización del país. Efectivamente, el artículo de Foa, *Il neocapitalismo é una realtà*, de 1957, provocó polémicas. Pero todavía más lo fue la ponencia de Trentin sobre las doctrinas neocapitalistas en el seminario del Istituto Gramsci en 1962. La idea común de ambos, pero no solo de ellos, incluso de Antonio Giolitti y Silvio Leonardo, era que había que mirar dentro del progreso técnico, ver las contradicciones y los efectos en la condición de trabajo y, sobre todo, buscar un nuevo modelo de desarrollo y transformación de la sociedad. Lo más relevante fue la ponencia escrita a dos manos en 1960 titulada «La CGIL frente a las transformaciones tecnológicas de la industria italiana» para el seminario internacional de estudio



del progreso y la sociedad italiana, que organizó Franco Momigliano, otro *azionista*, con la participación de los investigadores italianos más importantes y de Georges Friedmann, que impresionó a Bruno con sus razonamientos sobre la humanización del trabajo [Nota del Traductor. Esta ponencia fue publicada en el libro *Los fraudes de la productividad*, que editó Nova terra en 1968, que algunos sindicalistas de mi quinta la leímos a fondo. La guardo como oro en paño]. Trentin, en otra ponencia, insiste en la autonomía contractual del sindicato en la empresa frente a las transformaciones tecnológicas [También en el mencionado libro, editado por Nova terra, figura esta ponencia. N. del T.]. Paralelamente a la expansión del fordismo, otro tema de debate interno en la izquierda de aquellos años fue el de la democracia obrera y del control obrero.

Es en aquellos años cuando se refuerza el anti determinismo, ya muy acentuado, de Foa y Trentin. En la primera fase de esta discusión, a decir ver-



dad, los protagonistas son otros, no ellos: no sólo Raniero Panzieri y Lucio Libertini, que presentaron las famosas siete tesis sobre el control obrero (1958), sino también *L'Unità* turinesa que antes abrió sus páginas a un debate sobre los institutos de la democracia obrera, los delegados, la reducción del horario y las condiciones de trabajo, sobre todo en la FIAT. Cuando se habla de los años cincuenta no se puede, sin embargo, ignorar el acontecimiento de la revolución húngara (1956) y la represión soviética. La condena de la represión, común en Trentin, Foa y Di Vittorio (de toda la dirección de la CGIL) tuvo una gran importancia en la búsqueda de la relación entre democracia y socialismo. Particularmente entre democracia obrera y desde abajo y la que será definida como la vía estatista al socialismo.



«Fue durante el milagro económico —escribe Foa—, la gran expansión económico-productiva de 1959 a 1963 cuando alcanzó cierto relieve la tendencia que fue llamada ´obrerista´ a la que estuve muy ligado. Sus partidarios en el sindicato eran los de la ´izquierda sindical´, una corriente de opinión, que nunca estuvo organizada, transversal dentro de la CGIL, entre socialistas y comunistas, y entre los socialcomunistas de la CGIL y los católicos democráticos de la CSIL». Añade Foa: «La izquierda sindical` veía en la organización de la fábrica capitalista el modelo autoritario de la organización estatal de la sociedad. Una organización de la fábrica fundada en la iniciativa y el modelo de los obreros y empleados debía convertirse en el modelo de un socialismo renovado. No sólo el Parlamento, también la fábrica tenía que ser la referencia de una construcción socialista»²⁹. El líder reconocido de ésta área era Foa. En cierto modo manifestaba lo que era «la inspiración más fuerte de su vida política: la construcción desde abajo de un orden nuevo, el control y el autogobierno»³⁰ Es evidente la deuda de este planteamiento con los debates del mundo turinés: de un lado, la experiencia ordinovista y gramsciana de 1919–1920; de otro lado, el jacobinismo de matriz gobettiano y de las teorías de las élites de Gaetano Mosca, decididamente crítica de la democracia representativa. La nueva élite es la clase obrera. Foa, ya en los años treinta, antes de ser detenido, había madurado y tenía una posición más elaborada. Justamente Trentin en *La ciudad del trabajo* anota que «el intento del colectivo turinés de Giustizia e Libertà, y de su portavoz *Le voci di officina*, cuyos máximos exponentes eran Leone Ginsburg, Carlo Levi y Vittorio Foa se coloca aproximadamente más allá de la versión gramsciana de los consejos y de las teorías de Gobetti», ya que proyectaba un «sistema de de autonomías articulado también en la sociedad civil»³¹. De hecho le sitúa entre sus antecesores, en aquella izquierda diversa de la que se siente parte. Bruno percibe en el proyecto de autogobierno de GL turinés la misma inspiración que llevó a su padre, Silvio, a formular un esbozo de Constitución italiana, de clara impronta federalista —tanto hacia arriba como hacia abajo— que tiene como pilares el sistema de consejos de empresa y el sistema de las autonomías territoriales. Foa repensará el jacobinismo gobettiano a favor de un socialismo no estatista. En sus obras Foa llama socialismo libertario a esta inspiración. Es una fórmula feliz en tanto que el término socialismo responsabiliza socialmente a la libertad, enriquece y completa la libertad con la responsabilidad. Esta experiencia tuvo su momento álgido en el otoño caliente con sus originales connotaciones. El acento sobre la libertad del trabajo está muy marcado. De hecho, los puntos más visibles son: la centralidad de la fábrica y la contestación a la organización del trabajo taylorista y fordista; la consecuente centralidad de la clase obrera industrial; la construcción de una democracia obrera (los delegados, la asamblea, los consejos) que el sindicato —aunque con mucha fatiga— reforma en una estructura unitaria propia. Trentin no sólo es parte importante de esta experiencia (como universalmente se le ha reconocido) sino que se convierte en el teórico más escuchado y en el líder más autorizado.



Años después, reflexionando sobre aquel periodo, dirá Foa: «La experiencia consejista italiana fue importante` Hubo un equívoco sobre los consejos. Están en mi memoria, vividos plenamente como democracia directa sólo hasta finales de los años sesenta cuando la unidad sindical de los trabajadores metalúrgicos, en los tiempos de Bruno Trentin». Y continúa: «Sin embargo, los consejos de los años veinte no fueron una experiencia de democracia directa, y fueron interpretados bajo el conflicto en el interior del Partido socialista entre las corrientes comunista y socialdemócrata». No sé si se refiere también a los británicos, sobre los que escribió la *Gerusalemme rimandata*, aunque sí ciertamente a los italianos, alemanes y rusos. En mi opinión, Foa tiene razón.

Sobre los consejos, en aquellos tiempos hubo una diferencia entre Foa y Trentin. Bruno era decididamente por el sindicato de los consejos, esto es, que los delegados y los consejos de fábrica fuesen elegidos, a todos los efectos, a instancias de la base del nuevo sindicato unitario; Foa era más propenso a dar mayor autonomía a los delegados para substraerlos de las tortuosas situaciones y tácticas sindicales, dándoles un mayor título como sujetos de un nuevo movimiento de masas, entre lo sindical y lo político³². No eran las tesis de *Il Manifesto* que veía en los consejos un sujeto revolucionario sino una vía intermedia. Por otra parte, Foa veía estos instrumentos mucho más proyectados al exterior de la fábrica que Trentin. En Vittorio estaba muy presente, en los años del otoño caliente, la exigencia de confrontarse y de encontrar una relación con las luchas sociales de los estudiantes y los grupos extremistas que surgieron de aquellas luchas. Aquellas confrontaciones tenían para Foa un punto irrenunciable: contrastar la línea pero no contraponerse al sindicato. De hecho, como recordaba en su autobiografía, en una asamblea llena de jóvenes contrarios a la línea sindical defendió a la CGIL de tal manera (se quedó en minoría) que hubo una ruptura entre él y el PSIUP turinés. Hasta tal punto que Pino Ferraris le consideró un «normalizador» y sepulturero de la tercera vía: con razón, admitirá después.³³

El ligamen entre Foa y la CGIL era muy fuerte. Su relación con los partidos en los que estuvo fue diferente: era unos instrumentos caducos. Con la excepción del Partito d'Azione. De ella dijo que fue una «inmersión» plena y total. Este ligamen con el sindicato la mantendrá siempre desde que se despidió de la CGIL (1970), a excepción del breve paréntesis, a mediados de los setenta, y sobre todo después del EUR: llegó a escribir que «rechazaba en línea de principio la autoridad de las centrales sindicales», casi invitando a disparar contra el cuartel general. Pero, como él mismo escribirá después, fueron años de una gran confusión personal. Con respecto a Trentin, que era muy crítico sobre la «ilusión dirigista» del centro izquierda, Foa era más radical, particularmente en los debates con el Partido socialista, su anterior partido, antes de la escisión. Por ejemplo, votó contra el Plan Pieraccini, mientras la secretaria de la CGIL se abstuvo, y fue contundente contra el ministro Brodolini y el Estatuto de los trabajadores. En la batalla sobre el sindicato de los consejos Trentin ganó porque su propuesta era más realista y clarificadora: tenía más en cuenta las relaciones de fuerza, las orientaciones y comportamientos internos en los sindicatos y en los partidos.



Al final de su vida Foa volvió con frecuencia a reflexionar sobre la experiencia sindical y, en especial, sobre el socialismo libertario. *La Gerusalemme rimandata*, este libro espléndido que tanto quería quizá el que más de los suyos, es una investigación historiográfica que tiene como temas de fondo los pilares de su concepción del socialismo: la subjetividad obrera, su estratificación y sus contradicciones, los institutos democráticos en los centros de trabajo, el autogobierno, la política como resistencia y no sólo como mando. Y, sobre todo, la libertad del trabajo, no como ideología sino como razón. Mejor dicho: como opción de vida. Especialmente este libro que, en su mayor parte, está escrito —al menos en la versión definitiva— en los cuatro años de su silencio sobre los acontecimientos políticos y sindicales, le lleva otra vez a la idea de la centralidad obrera, a romper el tabú de las contradicciones principales entre capital y trabajo, a tener del trabajo una concepción más general sobre su estratificación, las diversidades de género y otras. Años después, sobre la base de las «rupturas endógenas» de entonces, asumirá como fundamentos de la unificación del trabajo y de la búsqueda del nuevo sujeto social, conceptos como la atención a la diferencia, la valoración de las infinitas autonomías de la sociedad, la horizontalidad y circularidad de los procesos y de la organización con respecto a la verticalidad y la jerarquía, el gradualismo como «atenta consideración a los otros como necesidad de su concurso a la acción». Le dará valor a la democracia representativa. La democracia directa sigue siendo importante, pero como función de respuesta y estimuladora para superar la fractura entre representante y representado y no de integración. Así habló en *Passaggi*: «No hay, no puede haber un modelo sistemático de democracia directa` El socialismo libertario no ha podido erigirse en sistema».

A partir de ahí algunos han inscrito al Foa más reciente en el casillero del liberalsocialismo. Me parece un poco reduccionista e incluso un tanto singular, porque el socialismo liberal fue una de las matrices de su formación y de su itinerario político. Creo, no obstante, que Andrea Ginzburg tiene razón cuando dice que, de ese modo, «se banaliza su búsqueda», que tiene elementos de originalidad y de individualidad que no pueden reducirse en ese esquema. Me refiero a su investigación tanto en su espléndida vejez como anteriormente. Por lo demás, basta comparar las opiniones de Vittorio con su gran amigo Bindi, como le llamaban los amigos a Norberto Bobbio. ¿El socialismo libertario es una fórmula mustia? Foa no lo dice, simplemente se refugia en un pasaje muy rápido, pero —a pesar de su optimismo programático— no consigue ver en el siglo XXI el socialismo como perspectiva cercana, como horizonte de nuestra generación y, menos todavía, una inminente transformación de la sociedad fundada en una democracia de base. Queden, pues, la libertad y el trabajo. «Busco la autonomía del trabajo, porque en la vida busco la libertad». Así acaba su obra *Il silenzio dei comunisti*³⁴.



¿Piensa lo mismo Bruno Trentin? Bruno también pone a discusión algunos conceptos como la centralidad de la clase obrera. El sindicato de los derechos y la solidaridad, en puertas de los años noventa cuando fue elegido secretario general de la CGIL, es la superación del sindicato ideológico y de clase. En el centro coloca la persona-trabajador con su autonomía, individualidad y derechos, que son los caminos para ejercer universalmente la libertad de cada cual, empezando por el trabajo. En este sentido la misma concepción de la democracia tiene una torsión innovadora y, en cierta manera, herética. La democracia es condición y factor del progreso económico y civil; sin embargo, para ser tal debe tener como fundamento la autodeterminación, la autotutela individual y colectiva, organizada. La sociedad civil, organizada y reformada, es la base del buen funcionamiento y de la autonomía de las instituciones, de la soberanía popular. El sindicato es sujeto político, pero es parte integrante de la sociedad civil. En mi opinión, estas diferencias entre Foa y Trentin no se refieren solamente a su diverso papel y colocación. Tomemos las dos últimas obras de Bruno, *La ciudad del trabajo* (1997) y *Lo primero es la libertad* (2004) —de éste decía que era su testamento político. La primera, a pesar de estar escrita doce años después, en muchos aspectos puede compararse a la *Gerusalemme rimandata*, porque es un intento de buscar una respuesta al fracaso de las grandes luchas de los años sesenta y setenta.

La respuesta es substancialmente idéntica a la de Foa: tanto la derrota de los años veinte como la de los setenta han estado determinadas por la concepción prevalente en el movimiento obrero —comunista y socialdemócrata— del asalto al Estado, la conquista del poder político, pero no por la transformación de la sociedad, mediante un proceso desde abajo, cultural y subjetivo, que ayudara a los trabajadores a gobernarse ellos mismos. Bruno confiesa que ha llegado gradualmente a esa forma de pensar. Todavía, en los primeros años de la década de los sesenta, creía que para cambiar de modo duradero y radical la organización del trabajo y las condiciones de trabajo en la fábrica no se podía prescindir de la conquista del poder. De hecho, una parte consistente del libro está dedicada a la crítica de algunas tesis de Marx y Gramsci; es como si quisiera liberarse del pasado. El cambio le viene con la experiencia consejista y de la participación de masas, coral, que tuvo lugar por objetivos de gran novedad y calidad. En los dos libros hay una sintonía muy marcada tanto en la consideración de que la revolución es un proceso que transforma y mejora no solo la vida diaria,



sino la conciencia de cada cual y de la comunidad de trabajadores como a la hora de concebir la política como la comadrona del autogobierno. Sin embargo, la conclusión es diferente: amarga e incluso más crítica en Vittorio; más abierta a la esperanza en Bruno. La historia del movimiento de los trabajadores —es su mensaje— ha estado siempre atravesada por la izquierda libertaria; una historia minoritaria, por eso el socialismo ha sido derrotado. Si esta izquierda diferente no prevalece hoy, el riesgo —que ya es inminente— es el de caer «en la segunda revolución pasiva», mucho más grave que la descrita por Gramsci en *Americanismo y fordismo*, que ha caracterizado los años de entreguerras. Sin embargo, existen las condiciones para pasar del trabajo abstracto al trabajo concreto que valore y libere a la persona-trabajador; y, de ahí, a la superación no sólo del fordismo en crisis, sino del taylorismo. Todo ello exige una profunda renovación de la izquierda sindical y política.

«¿Qué queda del socialismo?», se pregunta Bruno en *La libertad es lo primero*. Y responde: «Cierto, el socialismo ya no es un modelo de sociedad cerrado y conocido, al que tender con la acción política diaria. Hay que concebirlo como una búsqueda ininterrumpida de la liberación de la persona y su capacidad de auto realización, introduciendo en la sociedad concreta elementos de socialismo —la igualdad de oportunidades, la comunidad de bienestar, el control de la organización del trabajo, la difusión del conocimiento como instrumento de libertad— superando cotidianamente los las contradicciones y los fracasos del capitalismo y la economía de mercado, haciendo que el perno de la convivencia civil sea la persona y no sólo de las clases³⁵.

¿Por qué Trentin era comunista? ¿En qué medida era un comunista diferente? Estas preguntas se las he oído a Vittorio pocos meses antes de que nos dejase. En *Il cavallo e la torre* el tema —iba a decir el problema— de los comunistas está muy presente³⁶. Les dedica un párrafo muy bello. Los comunistas son objeto de una permanente discusión. Como un espejo. Entran en escena muchos protagonistas: los comunistas de la cárcel, los comunistas del sindicato, menos «auténticos» que los del partido. Y Togliatti, cuya complejidad, con su inteligencia superior, es la complejidad del PCI. Su continuo alter ego es Giancarlo Pajetta, su compañero de pupitre en el instituto turinés Massimo D'Azeglio, que fue expulsado de todos los colegios del reino porque había prestado a dos compañeros de clase *El talón de hierro* de Jack London (¿lo habéis oído?). Pajetta es un sectario, aunque a su manera; es el comunista cuya idea siempre está mediada por el partido, pero es también el «ejemplo moral» que le pone en una crisis existencial cuando dice que los comunistas no lo influenciaban políticamente, sino que le transmitían «un ánimo moral». Carlo Ginzburg, en un espléndido diálogo, intenta sugerir una respuesta: es el realismo político de los comunistas. Y le achacará incluso una cierta «dobleza», análoga a la de los comunistas o a causa de la influencia de éstos. Pero no es eso. Responde Foa: «Lo que he admirado de los comunistas y que me ha animado moralmente era lo que me faltaba, lo que yo advertía que me faltaba, esto es, la fe en una solución global, en un diseño general de la sociedad del futuro, ligado al sufrimiento y a la esperanza de la vida cotidiana»



¿Bruno Trentin era de esa manera? ¿Tenía esa fe? Hay dos momentos en *Il cavallo e la torre*, cuando habla de Bruno, que me siguen haciendo reflexionar. El primero explica la diferencia entre él y Bruno: «Yo prefiero no programar demasiado el futuro –escribe Foa–; prefiero proponer lo que me parece esencial y, después, chaque jour a sa peine, y si algo se estropea ya lo arreglaremos al momento. Bruno, sin embargo, se esforzaba en prever los obstáculos y poner las medidas para superarlos; él veía los obstáculos no como puros impedimentos sino como comportamientos de las personas, cuya participación era necesario pensar con anterioridad»³⁷. Esto me impresionó por una razón que comparto: subraya el deseo de proyectualidad como carácter típico de Bruno, que no es abstracta y caprichosa, sino orientada al detalle, a lo concreto de los objetivos y el trayecto, hasta el momento que finaliza con la más amplia participación democrática. Bruno rechaza toda tentación al aventurerismo, incluso intelectual, y al pragmatismo elitista que viene de las teorías sobre la élite de Moscú; Bruno lo veía como cortinas de humo. En el segundo momento que recuerdo, Foa hace un gran elogio de Bruno y lo compara con Di Vittorio. «Di Vittorio militaba sinceramente en el Partido comunista, pero lo deseaba a su imagen y semejanza. En esto Trentin era muy parecido». Téngase en cuenta que poco antes había escrito que Di Vittorio tenía una doble militancia, que se traducía en una doble fidelidad: a la clase obrera, los trabajadores y al partido. Este retrato de Trentin es perspicaz y auténtico. De una parte, la lealtad al Partido comunista que nunca le llevó a romper con la estructura, la forma y las reglas organi-

zativas (desde los *Quaderni rossi* e *Il Manifesto a Statu operaio*, a diferencia de Foa), ni a irse del partido como hicieron otros, Antonio Giolitti, por ejemplo, con el que estaba en contacto y sintonía durante el año 1956. Pero, al mismo tiempo, siempre rechazó trabajos ejecutivos, incluso de gran relieve, en el grupo dirigente del partido. Por otra parte, quien ha trabajado con él ha conocido su espíritu de búsqueda absolutamente libre, su coherencia y tenacidad para sostener y defender sus ideas, incluso las más heterodoxas, pero tam-

bién su disponibilidad a escuchar, al diálogo, a la mediación unitaria para favorecer la iniciativa.



No creo que se pueda decir de Bruno lo que Italo Calvino, que abandonó el partido después de 1956: «Los comunistas éramos esquizofrénicos», refiriéndose a la política substancialmente reformista y a la fidelidad a la URSS. Seguramente Bruno no tenía esa fidelidad y tampoco era estalinista. Pero no hay duda que hay una contradicción entre ser comunista, incluso en el PCI

con aquella complejidad y riqueza, y luchar por un socialismo no estatista y libertario donde la libertad y la democracia de la sociedad civil son más importantes que el poder político. Una contradicción o –por usar una expresión de Foa– «una coexistencia de posiciones diferentes en la misma persona» de difícil y atormentada convivencia. Pero esta es la diversidad del comunismo de Bruno, su historia que es parte de la historia minoritaria de la izquierda libertaria como la reivindicó orgullosamente en *La ciudad del trabajo*. Y también es su fascinación, como lo comprendió Foa. Sobre esto Foa encontraba la originalidad de Bruno, casi un signo de identidad que seguramente le venía de su doble patria: italiano de pura cepa, aunque nacido y formado hasta la madurez en Francia.

Di Vittorio se pregunta: «¿Qué significa ser a la vez muy italiano y muy francés, como era Bruno?». No dan una respuesta, quería entender. No le basta una respuesta que se refiera al europeísmo *naturaliter* de Trentin. Foa estaba muy interesado en la experiencia de Bruno en Europa como europarlamentario y, antes, como sindicalista, que frecuentaba con mucha asiduidad las reuniones y encuentros de la Confederación Europea de Sindicatos; que tenía contactos y relaciones muy sólidos en todos los países, comprendido Estados Unidos. Su europeísmo era diferente, dice en uno de sus últimos coloquios. Particularmente se refiere a la sintonía y amistad entre Trentin y Jacques Delors, a las ideas –frecuentemente maduras entre ambos– para hacer un diseño económico y político, pero sobre todo civil de la nueva Europa. La base fundamental de ello era el nexo entre trabajo y conocimiento como en parte sucedió en la conferencia de Lisboa, a la que Bruno colaboró con mucha pasión. Un diseño que Foa y Trentin consideraban el camino de una nueva izquierda europea. De ella sentían, y se siente, la necesidad.

NOTAS

28 Lettera a Salvemini, in Bruno Trentin, *Tra il Partito d'Azione e il Partito Comunista*, cit.

29 Vittorio Foa, *Il cavallo e la torre*, cit., p. 272.

30 Ibid. p. 56.

31 Bruno Trentin, *La città del lavoro. Sinistra e crisi del fordismo*, Feltrinelli, Milano, 1997, pp. 213-214.

32 Vittorio Foa e Federica Montevicchi, *Le parole della politica*, Einaudi, Torino, 2008, pp. 17-18. [Hay una traducción española on line <http://ferinohizla.blogspot.com.es/>. N. del T.]

33 Vittorio Foa. *Il cavallo e la torre*. Cit. Pp. 211 - 212

34 V. Foa, M. Mafai, A. Reichlin, *Il silenzio dei comunisti*, Einaudi, Torino 2002.

35 Bruno Trentin, *Lo primero es la libertad*. [Hay traducción española en <http://baticola.blogspot.com.es/2006/06/la-libertad-la-apuesta-del-conflicto.html> de José Luis López Bulla]

36 Vittorio Foa, *Il cavallo e la torre*, cit., p. 226.

37 Ibidem.



Bruno Trentin, entrevistado por Bruno Ugolini (*L'Unità*, 6 de junio de 2006), dos meses antes del trauma que le llevó a la muerte un año después, dijo: «Intento participar en este proceso unitario y, al mismo tiempo, morir siendo socialista». La referencia es al Partido democrático cuando se debatía su constitución, que se consideraba necesaria y urgente tras el resultado positivo de las elecciones que llevaron al segundo gobierno Prodi. Bruno se pronuncia en esta entrevista por la forma federal del nuevo partido para garantizar el pluralismo y la más amplia participación. Y sabiamente afirma: «Es un itinerario que necesita años de experiencias comunes tanto en el vértice como en la base para ser un factor de influencia entre culturas diversas». Sin embargo, el nacimiento del PD fue, ante todo, el resultado de un acuerdo entre los dos partidos fundadores. Mejor dicho, entre sus dos grupos dirigentes: un acuerdo rápido que no consiguió darle al partido una identidad clara ni reglas verdaderamente compartidas. Tampoco le dio cohesión y solidez al gobierno Prodi.

Pero, ¿qué intentaba decir Trentin al afirmar que «quería morir siendo socialista»? ¿Qué entendía por socialismo? ¿Qué socialismo tenía en la cabeza? En su última obra, *Lo primero es la libertad*, publicada en 2005, se encuentra la respuesta. Allí se pregunta «qué queda del socialismo». No se pregunta qué es el socialismo sino qué queda de él, casi remarcando las ruinas y vestigios que ha dejado la experiencia comunista y el socialismo real, que ha atravesado el siglo XX. Y responde: «Cierto, el socialismo no es un modelo cerrado y reconocido al que ir mediante la acción política diaria. Sólo puede concebirse como una búsqueda ininterrumpida de la liberación de la persona y su capacidad de auto realización, introduciendo en la sociedad concreta elementos de socialismo: la igualdad de oportunidades, el bienestar de la comunidad, el control de la organización del trabajo, la difusión del conocimiento como instrumento de libertad, superando las contradicciones y los fallos del capitalismo y de la economía de mercado, haciendo de la persona –y no sólo de las clases– el perno de una convivencia civil»³⁸. Es, con toda seguridad, una concepción original del socialismo.

Sorprende, ante todo, la visión gradual, de proceso, reformista (si se quiere) de la vía al socialismo. No habla de superación del capitalismo *tout court*, sino de superación de los «fracasos» y de las «contradicciones» del capitalismo y de la economía de mercado; se diría que remarca, de un lado, su contrariedad a las teorías del hundimiento y la crisis catastrófica del capitalismo y, de otro lado, el proceso reformador que caracteriza la construcción de una nueva sociedad. El socialismo no es un sistema predeterminado, codificado. Es un proceso, un devenir, incluso una «búsqueda». Pero, al mismo tiempo, no es el sol del porvenir; es cosa de ahora, actual, y se edifica inmediatamente –desde la base, desde los fundamentos– a través de los elementos de socialismo, entendidos sobre todo como elementos de conciencia civil y social de masas. Emerge también su antideterminismo económico y



social que va a contracorriente de una gran parte de la cultura comunista. El socialismo es elección de libertad y democracia antes que una necesidad.

Por lo demás, hasta finales de los años cincuenta –especialmente tras la invasión soviética de Hungría de 1956, que condenó junto a Di Vittorio y la secretaría de la CGIL– todavía se consideraba (curioso oxímoron) un reformista-revolucionario. Igual que sus amigos Riccardo Lombardi y Antonio Giolitti, de los que estaba políticamente cercano. Su investigación tenía un objetivo central: no enviar a después de la conquista del poder la edificación del nuevo modelo de sociedad, sino encararla ahora. De ahí que Trentin critique continuamente de manera áspera toda estrategia de transición en la cúpula del poder, que acaba siendo una coartada para el transfor-



mismo; de aquí también la búsqueda de reformas –las famosas reformas de estructura– en el cuadro de una programación democrática que esté en condiciones de erradicar las bases del fascismo, siempre peligroso, incidiendo en el poder capitalista e introducir nuevas formas de democracia directa, especialmente la democracia representativa y parlamentaria. En este sentido es esclarecedor el opúsculo de Antonio Giolitti, significativamente titulado Riforme e rivoluzione, publicado en abril de 1957 [Riforme e rivoluzione - Fondazione Italianeuropei, n. del t.] Giolitti, antes de abandonar el PCI informó a Trentin de su decisión en una carta que no hemos encontrado. Bruno le respondió casi desesperadamente –esta carta encuentra en el archivo giolittiano– pidiéndole que se lo repensara, porque faltaría el principal punto de referencia en el interior del PCI de los intentaban reformar el partido. Creo que la Hungría de 1956 es un parteaguas de la concepción giolittiana del socialismo. Y no solamente desde el plano de la libertad y la democracia sino sobre el poder político. Que lo primero fuera la conquista del Estado era para él, de todos modos, un «catalizador» para la liberación de las clases populares.

LOS ELEMENTOS DE SOCIALISMO



La igualdad de oportunidades es para Bruno el sistema de derechos humanos fundamentales y el modo concreto en que se manifiesta la solidaridad. Los derechos humanos son los vehículos para el ejercicio concreto y efec-

tivo de la libertad. De hecho los llama libertades, en plural. Recuerdo perfectamente su furiosa irritación cuando en el interior del PDS se contrapusieron los derechos y la modernización, porque aquellos eran obstáculos a la modernidad y al cambio. Para Bruno los derechos humanos son el «patrimonio duradero del progreso» ['] «las grandes y duraderas conquistas del movimiento obrero en su lucha por la igualdad». Y consideraba los derechos sociales –el trabajo, la seguridad, la salud, la enseñanza– no inferiores sino derechos de ciudadanía a la misma altura que los derechos civiles y políticos, porque (repito) son la base de la igualdad de oportunidades y de la igualdad. El segundo lugar, la comunidad de bienestar, que es diferente al estado de bienestar tradicional ya que lo determinante de aquella es la participación democrática y solidaria. En tercer lugar, el control de la organización del trabajo, que es uno de sus permanentes caballos de batalla, porque sin libertad en el trabajo no puede haber auto realización de la persona. Y, finalmente, el conocimiento como instrumento de libertad y presupuesto tanto de un trabajo libre como de la participación democrática. Bruno apostaba por el derecho al saber y a la formación permanente a lo largo de toda la vida como la nueva frontera de los derechos y la democracia. El constitucionalista Vittorio Angiolini, hablando de Trentin, dijo agudamente: «El socialismo de Trentin es el ejercicio diario de los derechos y de las libertades para vencer la resistencia de todo poder –incluso el democrático, tanto público como privado-- para perpetuarse y también frente a las propias contradicciones y la vocación de ponerle frenos a la libertad» ['] «El poder heterónomo, en tanto que democrático es un dato imprescindible del vivir socialmente, aunque siempre es visto como imperfecto, incompleto y sujeto a una tensión con la autoafirmación»³⁹.

En esta reconstrucción del pensamiento de Bruno parece que leemos a Primo Levi cuando en su gran libro *Los hundidos y los salvados* escribe: «El poder es como la droga ` de él surge la dependencia y la necesidad de dosis cada vez más fuertes; nace el rechazo de la realidad y el retorno a los sueños infantiles de omnipotencia». Estoy de acuerdo con Vittorio Angiolini, que ha definido la visión «herética» de la democracia de Trentin porque son prevalentes –mejor dicho, dominantes-- la auto tutela individual y colectiva de la libertad y los derechos. Una democracia de base que se manifiesta en primer lugar en la sociedad civil, aunque Bruno nunca puso en discusión las reglas y procedimientos democráticos (el sufragio universal, la separación de poderes, el principio de mayoría, etc.) y el sistema político parlamentario. Pero este sistema es sólido para edificar una sociedad socialista libre si es fuerte y está enraizado en un sistema de auto tutelas en la base, en la sociedad civil, no limitada a los partidos políticos. El antídoto a la toxicidad del poder es su democratización y socialización, y comprende un principio que los comunistas, hasta el colapso de 1989, evitaron afrontar: la aceptación de la alternancia democrática entre derecha e izquierda (y viceversa), incluso tras la conquista del poder político.



El perno de la concepción trentiniana de socialismo es su primera parte de la definición, esto es: la búsqueda ininterrumpida de la liberación de la persona y su capacidad de auto realización. En mi opinión esta es la más innovadora. Ante todo, la concepción de la persona. Para Bruno la persona

humana está antes que la clase y toda forma de colectividad, y así debe ser considerada. La persona es el individuo elevado a valor, porque tiene un proyecto de vida y auto afirmación. Es única e indivisible. Incluso por esta razón los derechos fundamentales son indivisibles. En este sentido es evidentes la deuda de Trentin con el personalismo cristiano de Emmanuel Mounier y Jacques Maritain. Y su proximidad a Simone Weil. Pero no se puede ignorar que su padre, Silvio, sitúa la libertad de la persona en primer plano entre los cuatro principios fundamentales del esbozo de Constitución, dictados durante la guerra de Liberación, tanto la francesa como la italiana, junto a la autonomía local y el federalismo con el fin de corregir los peligros del estado autocrático y la economía colectivista. Podía ser útil una investigación sobre el itinerario que recorrió Bruno Trentin para dar una prioridad a la persona en vez de a la clase.

Trentin, obviamente, no niega el concepto de «clase», pero nunca la vio como mera ideología, sino como objeto muy concreto de investigación en su composición y en sus diferencias. En un escrito muy elaborado de 1956 (que hemos encontrado entre sus apuntes juveniles) critica esta visión ideológica en respuesta a un ensayo de Franco Rodano, publicado en *Nuovi argomenti*. Es significativo lo que Trentin escribe (1977) en la introducción de su libro *Da sfruttati a produttori* que representa un poco el balance de sus años al frente de la FIOM y de la



FML. «Es difícil substraerse a la sensación que, de manera recurrente, esta concepción de la clase obrera dirigente, como clase de productores, ha sido devaluada y superpuesta a los problemas específicos de la clase obrera italiana. Lo que ha llevado a que, junto a momentos de fecunda coincidencia, se hayan registrado también graves fisuras ante los impulsos reales de la lucha de clase y del movimiento de masas. Y la concepción del papel dirigente y hegemónico de la clase obrera y el proceso de transformación consciente del explotado en productor se presentan referidos únicamente en la acción que los trabajadores pueden desarrollar fuera del centro de trabajo y, por tanto, al margen de su condición específica de explotados⁴⁰.

No creo necesario añadir ninguna apostilla: en su referencia crítica al pensamiento de Gramsci volverá con mayor amplitud en *La ciudad del trabajo*. La primacía de la persona ya está plenamente madura cuando se convierta en secretario general de la CGIL, y repiense el sindicato como sindicato del trabajador-persona, de los derechos, de la solidaridad y del programa-proyecto.



El otro aspecto innovador de Bruno Trentin es el modo como concibe la libertad. No es casual que su última obra la titule *Lo primero es la libertad*. Incluso en esto es un cambio respecto al pensamiento común de la izquierda y del movimiento obrero, socialista y comunista, que siempre consideró que la igualdad tenía prioridad frente a la libertad, como tantas veces nos ha recordado Norberto Bobbio. La libertad para Trentin es autonomía, autodeterminación, posibilidades de auto realización. Cuando se habla de libertad lo que está en el corazón de Bruno es la libertad en el trabajo. Porque el hombre se realiza con y a través del trabajo. Para Bruno el trabajo es el derecho de los derechos, el garante fundamental de la libertad de la persona. Es evidente la diferencia con la doctrina liberal que concibe la propiedad como la matriz de la libertad. Pero también con respecto a la concepción que hace depender la liberación humana de la propiedad colectiva y de la primacía —diría Bruno— del estalinismo y del clasismo. La suya es una concepción antropológica del trabajo, es decir, un elemento típico de la condición humana. Ve incluso la centralidad económica como fundamento del desarrollo de la sociedad y de su democracia. Nunca hizo ninguna concesión al laxismo y a la ausencia del deber; es, por ello, una centralidad ética del trabajo, que no es ideológica. Trentin, por ejemplo, siempre fue contrario a la renta mínima garantizada y a otras formas de salario social.

Esta manera de concebir la persona y el trabajo tiene obviamente consecuencias también sobre la visión del socialismo. El problema que se pone siempre es cómo eliminar del trabajo su condición de mercancía (*mercantilización*) tan aplastante en el taylorismo; cómo transformarlo de fatiga, sacrificio e imposición en trabajo libre mediante la auto afirmación de la persona e incluso con gratificación por la obra bien hecha. Su pensamiento dominante es que no puede haber socialismo sin la humanización del trabajo. Es muy conocida su lucha contra la llamada organización científica del trabajo, cosa que hace continuamente. *La ciudad del trabajo* es una crítica del taylorismo sacando a la luz los retrasos y la pasividad de la izquierda comunista y socialdemócrata. La alienación del trabajo y la deshumanización misma no pueden combatirse solamente con la reducción del tiempo de trabajo y los aumentos salariales. Estos son resarcimientos o compensaciones, pero no es la libertad y la humanización en el trabajo. Con la organización científica del trabajo todo viene «vaciado», se convierte en un apéndice de la máquina y de la técnica.

Bruno descubre la brutalidad del taylorismo tras la derrota de la FIOM en la FIAT en 1955, es cuando Di Vittorio lo envía a investigar los motivos de aquella derrota y verificar sobre el terreno la condición obrera y la relación con el sindicato. Al decir de muchos —a partir de Aris Accornero, que entonces era obrero de la RIV de Turín— Trentin fue el primero que estableció la hipótesis de intervenir y luchar sindicalmente no sólo por el salario sino en todos los aspectos de la relación de trabajo y por el control general de la organización productiva. Por eso escribe con Renzo Ciardini, entonces secretario de la Camera del Lavoro de Génova, a Palmiro Togliatti que en una inter-



vención en el Comité central del partido había manifestado la prioridad de la batalla salarial en la lucha contra el capitalismo. La carta es del 2 de marzo de 1957.

En aquellos años, como se desprende de sus apuntes, el neocapitalismo es el objeto más frecuente de sus investigaciones. Incluso le pide —en vano— a la secretaría de la CGIL trabajar a tiempo parcial para escribir sobre este tema un estudio más orgánico destinado a la publicación. De aquí se desprende su reflexión teórica y práctica que le llevará a ser uno de los más competentes científicos sociales del capitalismo italiano y europeo —véanse las ponencias en el Istituto Gramsci de 1962 y 1965— y el protagonista teórico y práctico de los años setenta de los consejos de fábrica. Trentin toma nota del hundimiento histórico de la ideología consejista y, en su lugar, busca una nueva vía que considere los consejos no como poder autónomo —y mucho menos como órganos del nuevo Estado de los consejos y del auto gobierno de los productores— sino como instrumentos y órganos de base del sindicato unitario, cuya tarea no es la gestión de la empresa, que Bruno considera utópica, sino el control de la organización del trabajo. Tanto por razones de libertad del trabajador como también de justicia social para que el sindicato no opere sólo al final del proceso productivo sino desde el principio cuando se forma la acumulación de la riqueza. Sin embargo, el consejo de fábrica debe, además, tener en cuenta las lógicas de gestión, de la empresa, y el interés general, equilibrando responsablemente la participación y el conflicto. También en esto consiste su «ser socialista» que piensa no sólo en el capitalismo de hoy sino en el socialismo de mañana. Una sociedad donde el sindicato es totalmente libre y autónomo de cualquier poder, ya sea económico o, especialmente, político. Este es uno de los objetivos principales de la reforma de la sociedad civil. Trentin era más avanzado que el PCI en la crítica, frecuentemente áspera, al modelo soviético y al socialismo real de los países del Este, tanto apoyando el disenso abiertamente y a menudo de manera activa como sucedió cuando la revolución de terciopelo como, después, con *Solidarnosc* en Polonia.

EL SOCIALISMO HERÉTICO

¿Cómo definir la visión que tenía Trentin del socialismo? ¿Socialismo liberal? ¿Socialismo libertario? Hablando en Montecitorio de su relación con Foa yo también he utilizado este término porque en La ciudad del trabajo confiesa sentirse parte de la historia de la izquierda minoritaria y libertaria, que perdió la batalla frente al socialismo estatista. Sin duda hay algo en Bruno de la herencia de Carlo Roselli y de Giustizia e *Libertà* y del *azionismo*, como en cierta medida hay en él reminiscencias de su adolescencia libertaria con sus primeras experiencias políticas anarquistas donde la libertad es la brújula de toda su vida. Por otra parte, me sorprendió su frase que he vuelto a leer en su diario de los últimos años donde escribe sobre la babel de los reformismos, sobre la marea del nuevo reformismo: «Es mejor la socialdemocracia». Es verdad, no le gustaba el reformismo, tampoco la



socialdemocracia por razones, si se quiere, históricas, basadas en su propia experiencia (la cesión ante el nazismo y el fascismo, la incertidumbre en la guerra civil de España), pero también porque tenía un oportunismo teórico que –como el comunismo histórico– perpetuaba el primado del estalinismo y del clasismo. Giannantonio Paladín ha definido la política de Silvio Trentin como «socialismo federalista». Seguramente Bruno heredó también este modo de concebir el socialismo y en modo no secundario, dado el fortísimo afecto que le ligaba a su padre. Pero, en mi opinión, Bruno es menos jacobino que su padre, menos propenso a reconocer un papel decisivo de las éli-



tes en el proceso revolucionario y en la edificación del Estado federal. Por lo demás, ambos intervienen en contextos históricos muy diferentes.

Sin embargo todas estas definiciones no agotan el sentido de su pensamiento. Creo que no se deja reducir a ninguna de ellas. Para mí, Bruno es un sindicalista intelectual y un científico social, que estudia permanentemente las transformaciones de la sociedad, la economía y la política. Es un científico empírico y no dogmático que no se limita a estudiar, sino que verifica, en la actividad práctica del sindicalismo, los resultados de su investigación. Para ello tenía los instrumentos y la experiencia. A saber: conocimiento de los idiomas y del mundo, que había dado vueltas, muchos contactos y relaciones difusas en todos los países importantes, una gran experiencia no sólo sindical, también política e institucional, fue concejal en Roma, diputado nacional e europeo.

LA ADHESIÓN AL PCI

Por último. ¿Cómo se explica su pertenencia al PCI, que nunca abandonó, con su concepción del socialismo que es ciertamente original e incluso anómala? El suyo es, sin duda, un socialismo herético. Bruno se afilia al PCI en 1950. No era comunista cuando, en otoño de 1949, entró en el Departamento de estudios de la CGIL como investigador de la mano de Vittorio Foa. Pronto tuvo la suerte de participar en la extraordinaria batalla del *Piano del Lavoro*. Su primer artículo lo publica en *Quarto Stato*, la revista de Lelio Basso: es una reseña de *Americanismo y fordismo*, de Antonio Gramsci, recientemente publicado⁴¹. Su maestro es Di Vittorio; los máximos dirigentes del PCI lo siguen con atención. En el archivo del PCI se ha encontrado una petición de Trentin de pasar a la sección económica del partido a causa



de unos desacuerdos con Ruggero Amaduzzi, que dirigía el Departamento de estudios de la CGIL. Longo y Scoccimarro están de acuerdo, pero Di Vittorio la bloquea. Pero la relación con el partido se ralentiza mucho tras lo de Hungría. Bruno era, entonces, el responsable de la célula del PCI en la sede central de Corso d'Italia, aunque no es elegido para el comité federal de Roma, cosa un tanto inexplicable. Trentin continúa colaborando con el Istituto Gramsci y con *Politica ed economia*, la revista que substituyó a *Critica Economica* de Antonio Pesenti, del que fue estrecho colaborador. Un sector del partido le tiene una cierta desconfianza, pero eso no impide que le propongan como ponente en el importante seminario sobre las tendencias de capitalismo italiano y, antes (1960), ser elegido miembro del Comité central; en 1963 es elegido diputado al Parlamento, aunque dimitirá antes de final de la legislatura en función de las incompatibilidades sindicales.

También durante los años de su secretaría en la Fiom y la FML su relación con el partido tuvo sus altibajos. La tensión se manifiesta en muchas ocasiones: en el XI congreso, 1966, cuando se discute el primer centroizquierda se posiciona con Pietro Ingrao en la discusión muy vivaz sobre los consejos de fábrica y en la cuestión de *Il Manifesto*: Bruno está en contra de la expulsión, aunque no comparte sus posiciones. Y, más en general, Trentin es crítico con la política del partido, incapaz de dar una adecuada salida política a la lucha obrera. Trentin comparte la substancia política del compromiso histórico de Berlinguer, aunque lo considera excesivamente verticista y, por tanto, ineficaz y arriesgado. Tras el final del periodo de la solidaridad nacional se le propone –aunque no oficialmente-- dirigir el Departamento de economía del partido, pero no acepta. Aunque el partido fuera un extraño animal –jirafa o unicornio– para Trentin la CGIL estaba antes que el partido.

Incluso antes, en los ochenta y noventa en la secretaría del sindicato, disiente a menudo de las posiciones del partido. Pero nunca piensa en abandonarlo. Su relación fue siempre leal y de riguroso respeto de las reglas internas y sigue participando en sus debates y reuniones. Su pensamiento es rigurosamente heterodoxo; él mismo se autodefine herético cuando recuerda los años 56 y 57 y su condena de la intervención soviética en Hungría. O, mejor dicho: uno de los heréticos de la CGIL⁴². Pero sigue en el partido como el resto de los herejes.

No hay en Trentin ningún tipo de aristocratismo ni tampoco narcisismo moral o intelectual. Sabe perfectamente por experiencia –especialmente la azionista– que la actividad política no puede agotarse en el testimonio sino que se concreta con las masas. No sólo para las masas, sino con las masas. Sigue en el partido también durante el giro de 1989 con la disolución del PCI. Afirma que el objetivo de la creación de ese nuevo partido de la izquierda es justo, pero que su procedimiento es equivocado, porque se debía partir de los contenidos y del proyecto de nueva sociedad, no a través de un cambio de nombre. Del giro (*svolta*) capta la ocasión para la superación de las corrientes en el interior del sindicato. Cuando deja la secretaría de la CGIL y, como deseaba, se dedica a científico social y en 1999 será elegido parlamentario europeo en las listas del PDS.



Cuando un joven estudiante que estaba haciendo la tesis de licenciatura le pregunta si su padre, Silvio, tras la disolución del Partito d'Azione «se hubiera adherido al Partido comunista, si no hubiera muerto prematuramente», Bruno le responde: «Es muy difícil dar una respuesta. Ciertamente hubiera preferido entrar en el Partido socialista que en el Partido republicano. Pero si lo hubiera hecho en el PCI sería con la idea de cambiarlo». Tal vez, con esta respuesta, Bruno pensaba en sí mismo⁴³.

Trentin buscó tenazmente un horizonte: la política de la izquierda no puede agotarse en el arte de la conquista y de la gestión del poder so pena de caer en el narcisismo político y, de ahí, en el cinismo y el transformismo. La buena política es creación de libertades individuales y colectivas; es la utopía de la transformación de la vida diaria. Y sobre todo es el cimiento para reducir la distancia entre gobernados y gobernantes. Como es sabido es lo que pensaba también Antonio Gramsci. Cuando Bruno se acerca a los ochenta años intenta, en su diario personal, hacer un balance de sus ideas y de su propia vida. Es un balance amargo. Dice: «Siento que mi mensaje sobre la libertad en el trabajo, la posible auto realización de la persona no se ha abierto camino, y que la política ha tomado otro camino. Esto quiere decir "out"». Yo no creo que sea así. Al menos, lo espero. Pero depende de nosotros y, ante todo, de las jóvenes generaciones que su mensaje no sea agua pasada.

NOTAS

38 <http://baticola.blogspot.com.es/2006/06/la-libertad-la-apuesta-del-conflicto.html>

39 B. Trentin, *Il futuro del sindacato dei diritti*, cit. p. 48.

40 B. Trentin. *Da esfruttati a produttori*. De Donato, 1977

41 Bruno Trentin *La società degli alti salari*, in Quarto Stato, junio de 1950

42 Bruno Trentin (con Adriano Guerra), *Di Vittorio e l'ombra di Stalin. L'Ungheria, il PCI e l'autonomia del sindacato*, Ediesse, Roma 1997.

43 Michele Traverso, tesi di laurea, Università di Genova, Scienze politiche, 2001- 2002



EL SILENCIO DE LA IZQUIERDA

Bruno Trentin escribió *La ciudad del trabajo. Izquierda y crisis del fordismo* tras haber dejado el cargo de secretario general de la CGIL. Había vuelto a ser un científico social como decía con una cierta vanidad. Ya lo había sido a finales de 1949 cuando entró en el Departamento de estudios del sindicato. En el verano de 1994 apareció *Il coraggio dell'utopia*, un libro entrevista preparado por Bruno Ugolini donde anticipaba en cierta medida el ensayo posterior. «La brújula debe ser un proyecto de sociedad [] que debe construirse no en interés de sus beneficiarios sino con el consenso previo y con su protagonismo». «Hay que encontrar el coraje de la utopía», subrayaba, una utopía de la vida cotidiana⁴⁴. Una utopía experimental y sujeta a continua comprobación, como si fuese un experimento científico.

Trentin no esperó el colapso del comunismo de 1989 para decretar el hundimiento y su muerte histórica. Ya en 1956, condenando sin paliativos la represión soviética de las libertades húngaras, tomó sus distancias de la «utopía al revés» del comunismo real, tal como la definió Norberto Bobbio. Pero el hundimiento del comunismo no significó el fin de la utopía. «No se condena al infierno el derecho a la utopía», dijo en su informe al XII Congreso de la CGIL⁴⁵. Trentin considera que *La ciudad del trabajo* es el libro de su vida, tanto más importante que la elaboró cuando tenía alrededor de setenta años. La escribe durante tres años, hasta el verano de 1997, recogiendo materiales y releendo sobre todo a Marx, Gramsci, los textos de la Segunda Internacional, los de la izquierda herética, los libros y estudios más recientes sobre el marxismo, las nuevas investigaciones sobre las transformaciones del mundo del trabajo. Escribe, corrige, reescribe. Escribe con gran cautela, utilizando repetidamente paréntesis e incisos como si temiera interpretaciones erróneas o banales de su pensamiento. Por ejemplo, cuando habla de Gramsci dice a menudo: «Me parece que` » «Una fatiga de Sísifo», confiesa en los cuadernos del diario donde va apuntando pensamientos, lecturas, la subida a la montaña, sensaciones emociones y estados de ánimo. Especialmente en los dos últimos capítulos (*Trabajo y ciudadanía* y *Los otros caminos*. Véase en <http://metiendobulla.blogspot.com.es/> nota del traductor) que le cuestan más trabajo que el resto, porque son los más explícitamente programáticos; «sin red», anota. «El esfuerzo ha acabado —escribe en el diario el 20 de mayo de 1997—no me podía morir sin haber dejado este trabajo a la mitad. Ahora empieza, en todo caso, un nuevo periodo de mi vida». Pero, en realidad, sigue corrigiendo y limándolo hasta agosto en la quietud de su refugio de San Cándido en el Alto Adagio⁴⁶.



El libro salió el 1 de octubre de 1997, editado por Feltrinelli. Hace, pues, diecisiete años. Hubo una segunda edición en febrero del 98, pero no tuvo

el éxito esperado. Los diarios hablaron poco, y nada los grandes periódicos⁴⁷. En los primeros meses se hicieron presentaciones en algunas ciudades. La izquierda, particularmente la política, se quitó de en medio, casi silente, a pesar de que Trentin la retó de manera abierta y casi provocativamente. En el libro hay estocadas punzantes sobre el trasformismo de la izquierda, sobre la gobernabilidad como un fin en sí mismo, sobre el desempleo. Ahora está volviendo a la actualidad. El año pasado fue traducido al francés gracias a Alain Supiot, presidente del Instituto de estudios avanzados de Nantes con un eco positivo en los periódicos. Después salió en lengua española por iniciativa de la Fundación Primero de Mayo de Comisiones Obreras, que lo considera «un libro de culto». Ha sido traducido por José Luis López Bulla, que ya en 2004 presentó al mismo Trentin la versión *on line*. Ya en 1999 se publicó en Hamburgo la traducción en lengua alemana. Sin embargo, en Italia hace tiempo que está descatalogado⁴⁸.

LA CRISIS DE LA POLÍTICA

La ciudad del trabajo es un libro-programa como ya lo indica su título. Especialmente en el último capítulo, *Trabajo y ciudadanía*, es evidente el mensaje:



el trabajo es un derecho constitucional y así debe considerarse, a la misma altura que los derechos civiles y políticos. Como es sabido, esto fue muy discutido en la Asamblea constituyente y, sin duda, el trabajo está muy presente en la Constitución empezando por su primer artículo: «Italia es una república democrática fundada en el trabajo», pero, tal como está redactado, es un derecho potencial –programático, si se quiere– no real. La prueba negativa está en las fábricas y, en general, en los centros de trabajo donde la democracia está prácticamente excluida; donde, sólo gracias al Estatuto de los trabajadores, han entrado algunos derechos cons-

titucionales, pero otros continúan fuera de las cancelas.

Sin embargo, según Trentin, un derecho de libertad, sin el cual la persona humana no se pueda realizar completa y autónomamente, no puede concretar un proyecto de vida, no entra en relación social con los demás, ni siquiera consigo mismo. Así pues, es un derecho que debe estar garantizado constitucionalmente. Es evidente la reminiscencia clásica: de Platón a Agustín de Hipona, de Tomás Moro a Campanella y los grandes reformadores de los siglos XVI y XVII. La ciudad es la *polis*, es la política. En momentos de crisis y de transición de un mundo a otro, la política tiene que repensarse en sus paradigmas de fondo. Trentin entendió que estamos en uno de esos pasajes. El tiempo de la técnica y de la globalización lleva a la caída del fordismo y ya se está conformando no un genérico postfordismo –o, peor



todavía, una genérica sociedad terciaria-- sino la tercera revolución industrial. Un reciente ensayo de Marco Revelli nos puede servir de ayuda. Revelli es quizás el sociólogo político que sitúa con más fuerza el problema de la crisis y el declive de los paradigmas de la política tradicional y de sus sujetos a partir de los partidos.

En el ensayo *I demoni del potere*, escribe Revelli, la ciudad, es decir, la política ha conseguido alejar fuera de sus muros las fuerzas del caos y contener el mal, «*bellum omnium contra omnes*», domar los demonios del poder que mitológicamente estaban representados por la «mirada fija de la cabeza de la Gorgona del Poder» que petrifica y por las Sirenas, que con su canto embriagador nos hacen perder la razón (la cita es de Hans Kelsen y está referida al derecho natural en contraposición con el derecho positivo). Hoy nos preguntamos: ¿Dónde está la ciudad? ¿Quién es el soberano? La polis vacila, pierde trozos continuamente, se desgarrar. La política no está en condiciones de gobernar y domesticar los demonios del poder, su toxicidad que corrompe, petrifica, enloquece. La ciudad o el Estado nacional. O el inexistente gobierno mundial. Revelli busca señalar las causas: el capitalismo financiero, la globalización irracional, los flujos incontrolados de dinero, los fracasos del mercado, la ausencia de futuro. Unos procesos y unos hechos que los tenemos delante de nuestros ojos a diario⁴⁹.

Trentin toma nota de ello en *La ciudad del trabajo*. Confiesa que su ansia son el trabajo y la política, es decir, la ciudad. La ciudad que no tiene la calidad y la capacidad necesarias para garantizar y favorecer la auto realización de la persona humana, cuyo fundamento es la liberación *del y en el* trabajo. Lo que teme realmente, usando la terminología gramsciana, es una «segunda revolución pasiva» en la que el progreso técnico esté acompañado de un autoritarismo más duro y difuso tanto en el trabajo como en la sociedad y la gestión del Estado: así ocurrió tras la primera guerra mundial con el fascismo y nazismo en Europa, y más en general incluso en la izquierda con el totalitarismo.

«La izquierda y el sindicato –dijo en la conferencia programática de Chianciano en 1989, pocos meses antes de su elección como secretario general de la CGIL– hacen un análisis viejo de la situación social ante las transformaciones del mundo ` es una `crisis histórica´». Y añade: «Esta crisis es irreversible, larga y ferruginosa, y provoca fuertes turbulencias en las relaciones de trabajo y sociales, a la vez que abre nuevas y extraordinarias oportunidades para la iniciativa y una democracia efectiva en los centros de trabajo». Por lo tanto, es necesario repensar no sólo la noción de desarrollo, de la que hay que eliminar el «beneficio inmediato»; una noción que esté vinculada a una nueva calidad del trabajo; y también el sindicato, junto a la noción misma de solidaridad, señalando los nuevos vínculos –así lo dice-- de la política sindical: una relación diferente entre el hombre y la naturaleza, la dimensión internacional de los problemas, la emancipación y liberación de la mujer, la necesidad de salvaguardar las exigencias vitales de la persona humana, que no se «puede confundir con una masa indistinta de individuos»⁵⁰. Seis meses después caerá el Muro de Berlín y el comunismo; la crisis histórica será sometida a una brusca y rápida aceleración.



La ciudad del trabajo está dividida en dos partes diferentes, cada una con su propia diferenciación de capítulos, sin continuidad entre ambas parte. La primera parte del ensayo es, sobre todo, un *pamphlet* muy duro con la izquierda, que es incapaz de dar una respuesta política adecuada y creíble a la crisis del fordismo y al neoliberalismo. La segunda parte es un *excursus* histórico de la subalternidad del marxismo y el leninismo y, particularmente, de Antonio Gramsci –seguramente el más angustiado y contradictorio– a la hegemonía del taylorismo que ha dominado culturalmente el mundo productivo y el trabajo del siglo XX. El punto de partida, como decía, es la caída del fordismo, es decir, el sistema económico y social, aunque especialmente productivo, basado en la economía de escala, grandes fábricas, producción estandarizada de masas, cuyo núcleo duro es el taylorismo, la llamada organización científica del trabajo fragmentado, mecanizado y planificado desde arriba: es el que, con tanta maestría, representó Charlie Chaplin en el inolvidable *Tiempos modernos*. La crisis de este sistema se refleja también en lo que se ha definido el «compromiso fordista», donde el obrero asegura su subordinación en el proceso productivo a cambio de un salario más alto, la seguridad económica, un contrato a tiempo indeterminado, algunos beneficios sociales. El trabajo se asimila cada vez más a una cosa y a una mercancía cuantificable y fungible (la reificación y mercantilización del trabajo) y «la persona humana», dice Trentin, es una variable independiente de la tecnología». Aquí está el origen de la alienación del trabajador, cuyos efectos sobre la persona humana (tanto psicológicos como físicos) estudió Trentin atentamente.

Comoquiera que he nacido y crecido entre Lingotto y Mirafiori conozco a fondo el envejecimiento precoz de los obreros y la corona de flores con la esquila «veterano de la FIAT» en los funerales. O, peor todavía: los efectos del alcohol hasta la reclusión en el manicomio de Collegno de quienes –jeran tantos!– no podían soportar los ritmos productivos y el paso de jornaleros a la fábrica. Un libro importante, publicado en 1962, es *Memoriale*, de Paolo Volponi. Cuenta, de forma extraordinaria y verídica, la vida obrera –estresante no obstante el fordismo ilustrado y comunitario de Adriano Olivetti– en la fábrica de Ivrea.

El taylorismo fue asumido exactamente igual en la Unión Soviética y en los países de régimen comunista. Se le consideró una «fuerza objetiva». Más todavía, «la idea en la que se encarna el progreso». La FIAT de Togliattigrado (en la URSS) era igual que la de Mirafiori o, tal vez, peor, según cuentan los técnicos turineses que fueron enviados para enseñar a los rusos. En la raíz de esta asunción está lo que Simone Weil definió, en su espléndido testimonio sobre la condición obrera «la religión de las fuerzas productivas». Esto es, el «dogma», escribe Trentin, que se encuentra en la frase de la introducción la *Crítica de la economía política*, de Marx: «Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas rela-



ciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua». Como es sabido, Gramsci trabajó mucho sobre esta frase hasta el punto de extraer «dos principios de ciencia política» necesarios para el análisis de la situación y, sobre todo, de las relaciones de fuerza en el proceso revolucionario, también para entender adecuadamente el concepto de «revolución pasiva»⁵¹. Este axioma, que se interpreta plenamente si se le sitúa en el ámbito de la cultura positivista impregnado de determinismo en el que se encontraba inmerso Marx, —especialmente cuando está en duermevela— ha contribuido a considerar que la conquista del poder político tiene que ser anterior al cambio del trabajo y a la vida de los trabajadores. Así pues, la vía estatista al socialismo es la condición necesaria para cambiar la condición obrera. Trentin dice que eso no es absolutamente cierto, aunque tiene dificultades a la hora de explicarlo. De hecho, el 27 de junio de 1996, a mitad de la redacción del libro, escribe: «Lo que no consigo explicar con suficiente claridad es la vía estatista al socialismo y la revolución por arriba cuando se agudiza la crisis en la versión pauperista y del hundimiento del marxismo». Es como si dijera que el «socialismo de Estado» podía tener una justificación en los inicios del siglo XX, no después. La concepción del socialismo de Estado, subraya, conduce al partido-Estado y al clasismo más típico, esto es, una visión de la clase obrera como ideología y menos como realidad. La clase obrera, según esa manera de pensar, es una fuerza productiva, que está a la par del capital, de la ciencia y de la técnica, aunque es la principal.

Con decía antes, esta contradicción con el pensamiento marxista también se encuentra en Gramsci. Su concepción del «productor colectivo» durante el periodo ordinovista, 1919–1920, con la constitución de los consejos de fábrica como «embriones del nuevo Estado, es sin duda una intuición original y fecunda, aunque asume (Gramsci) la organización científica del trabajo — y más en general el fordismo— como etapa obligada del desarrollo y del progreso. La fábrica, y en particular la gran fábrica, expresa la racionalización productiva frente a la anarquía de la sociedad, y el taylorismo es la racionalización del trabajo. «Para Gramsci —escribe Trentin— parece, incluso, que la aplicación integral del taylorismo exija, de cualquier manera, un cambio de régimen político, el socialismo»⁵². También porque en Italia no existen fuerzas de la burguesía que tengan una concepción del «liberalismo económico integral», lo que prevalece es el absentismo y la especulación sobre la renta.

Gramsci se da cuenta de que eso reclama un gran sacrificio de la clase obrera en la condición de trabajo y de vida, por lo menos durante una generación, «un sacrificio de su humanismo». Pero «esta auto coerción» — esto es, la renuncia al auto gobierno del trabajo— tiene como contrapartida una especie de «ascesis», que se configura en la conquista y ejercicio del poder político del Estado. Es análogo a la «ascesis intramundana», que decía Max Weber, de la burguesía para que naciera el capitalismo, cuya matriz es la reforma protestante⁵³.



44 Bruno Trentin, *Il coraggio dell'utopia. La sinistra e il sindacato dopo il taylorismo*, entrevista dei Bruno Ugolini, Rizzoli, Milano 1994, p. 250.

45 Rimini, 23-27 octubre 1991, *Relazione generale al Congresso nazionale della CGIL*. En este congreso se aprobó por primera vez el programa fundamental.

46 Los cuadernos son 20 y van desde octubre de 1997 a junio de 2006. Falta un cuaderno (de junio de 1999 al 2000, su primer año de parlamentario europeo). Se lo robaron con la bolsa que siempre llevaba. Todos ellos están escritos con una letra diminuta, sin una precisa minuciosidad. Todos ellos están en fase de transcripción por parte de la Fondazione Di Vittorio.

47 Aparecieron recensiones en L'Unità, Il Manifesto, Il Sole 24 ore, , Il secolo XIX, Brescia oggi, Il Piccolo di Trieste, Alto Adige, La gazzetta di Modena y La gazzetta di Ferrara.

48 *La cité du travail*, prefacio de Jacques Delors e introducción de Alain Supiot, ed. Fayard, Parigi 2012. *La ciudad del trabajo*, prólogo de Nicolas Sartorius e introducción de Antonio Baylos, Fundación 1º de Mayo, Madrid 2012 [<http://metiendobulla.blogspot.com.es/2012/05/prologo-de-antonio-baylos.html>] *Befreiung der Arbeit. Die Gewerkschaften, die Linke und die Krise des Fordismus*, VSA, Verlag, Hamburg 1999. El texto italiano acaba de reeditarse en Italia por Firenze University Press.

49 Marco Revelli, *I demoni del potere*, Laterza, Roma-Bari 2013.

50 Su predilección por los contenidos programáticos se manifiestan en las dos conferencias programáticas durante su liderazgo en la CGIL.

51 Los apuntes sobre la política de Maquiavelo en el volumen preparado por Valentino Gerratana.

52 La ciudad del trabajo

53 Max Weber. La ética protestante y el espíritu del capitalismo.



GRAMSCI Y LA IDEOLOGÍA CONSEJISTA

Americanismo y fordismo, de Gramsci, ha sido el ensayo que más ha comprometido, apasionado e incluso fatigado a Trentin. Lo leyó muy pronto, recién publicado y escribe una reseña en *Quarto Stato*, la revista de Lelio Basso, *La società degli alti salari*⁵⁴. Es junio de 1950, probablemente antes de su afiliación al PCI. Capta el análisis general del ensayo, pero hace una lectura crítica en un punto que no es secundario: el salario alto no es «una forma transitoria; es verdad que es «un instrumento de coerción» y de paternalismo, pero es un vínculo entre el fordismo y la política general del gobierno americano. Los dos se orientan a generar una «productividad creciente» a través de los altos salarios y la estabilidad de la mano de obra «con la consiguiente posibilidad de mantener un ritmo productivo creciente» y un «aumento del consumo nacional». Este es el incipit de su estudio sobre el neocapitalismo que lo llevará a ser uno de los expertos más reconocidos en la materia. Escribe esta reseña cuando todavía hace poco que ha estado en Harvard y tiene frescas sus investigaciones y debates de la política norteamericana, muy en particular sobre el *New Deal* y la organización productiva y el pensamiento de Henry Ford. Es ahí, en esa política, donde capta el origen del neocapitalismo, la innovación que representa, incluso sus nuevas relaciones sociales y de trabajo como, por ejemplo, las *human relations*.

Reemprende seguramente la lectura de *Americanismo y fordismo* cuando Giuseppe Di Vittorio lo envía a Turín a estudiar la condición obrera de la FIAT tras la derrota de la FIOM (1955) en las elecciones sindicales (*Comissioni interni*). Fue un momento decisivo en su vida ya que, en esa experiencia, comprende la importancia decisiva del control de la organización del trabajo, todos los aspectos de la relación de trabajo (ritmos, ambiente, cualificaciones profesionales, etc) mucho más decisivos que la lucha por los salarios⁵⁵. Allí madura la convicción de que la lucha secular por la redistribución de la renta, aunque sacrosanta, no conduce a resultados significativos en el plano de la igualdad, y que son los derechos —es decir, el poder de ejercitar efectivamente la libertad— las conquistas duraderas del progreso social y la vía del socialismo⁵⁶. En el conflicto social y distributivo la libertad es lo primero, dejará como testamento espiritual⁵⁷.



En los años cincuenta (entonces Trentin tenía treinta) investiga mucho sobre los temas del progreso técnico, la productividad y el neocapitalismo. Recuerdo el ensayo *Produttività, human relations e politica salariale*, aparecido en agosto de 1956 en *Critica economica*, la revista que dirigía Antonio Pesenti. Este ensayo es la reelaboración de su ponencia en el seminario del Istituto Gramsci, *I lavoratori e il progresso tecnico*. En la correspondencia de Trentin hemos encontrado un manuscrito de unas 140 páginas en respuesta

a la intervención de Franco Rodano, *Neocapitalismo e classe operaia*, publicado precisamente en el número de mayo-junio de 1957 en *Nuovi argomenti*. Simultáneamente aparece en *Mondo operaio* el artículo de Vittorio Foa *Il neocapitalismo è una realtà*, que provocó una amplia discusión en las filas de la izquierda. Aunque el ensayo de Trentin es de agosto de 1957 nunca ha sido publicado y no sabemos por qué. De hecho tiene un gran interés porque anticipa sus investigaciones, los temas y las soluciones que desarrollará más adelante. Trentin critica a Franco Rodano en algunos aspectos significativos: el neocapitalismo como «utopía pequeño burguesa», la visión determinista del progreso tecnológico y de la automatización y la concepción abstracta, apriorística e ideológica de la clase obrera. No obstante, la reflexión más densa es sobre la terciarización y las alianzas con las capas medias; en este sentido, Trentin ve en los técnicos, investigadores y científicos «los nuevos sujetos del proceso revolucionario», los aliados naturales de la clase obrera.

Estos temas tendrán una sistematización más profunda en la ponencia del seminario sobre el capitalismo italiano (1962), promovido por el Instituto Gramsci. En *Le dottrine neocapitalistiche e l'ideologia delle forze dominanti nella politica economica* nos encontramos con estas novedades:

- 1) El americanismo es también en Italia una modernización tecnocrática y en la gestión del capitalismo;
- 2) estas transformaciones (el *management*, las *human relations*, los altos salarios, los procesos de automatización, etc.) no son una mistificación sino el intento de construir una nueva hegemonía por parte de las clases dominantes;
- 3) la base de masas, en Italia, de esta hegemonía no es la socialdemocracia, que no tiene raíces históricas, sino el movimiento católico, aunque a la búsqueda de su propia dimensión autónoma en el plano social y económico;
- 4) esta hegemonía puede ser derrotada, no con la ilusión verticista de reformas estructurales impulsadas por arriba, sino mediante un amplio movimiento de base de la clase obrera que provoque nuevos instrumentos de democracia en la fábrica y construya nuevas alianzas, especialmente con los técnicos.

El liderazgo de Trentin entre los metalúrgicos –desde 1962 en adelante y, sobre todo, la experiencia de los años del otoño caliente, 1968 y 1969, siendo uno de sus principales protagonistas– tiene como referencia a Gramsci. La brújula de su orientación es, particularmente, la ideología consejista de *L'Ordine Nuovo*. Pero su padre, Silvio, también le influyó⁵⁸. Ahora bien, Trentin innova el modo de concebir los consejos, ya que estaba convencido de que la ideología consejista había fracasado tras la experiencia de los años 1919–1920. Para él, los consejos no son –y no pueden ser– instituciones públicas que se orientan al autogobierno de los productores, ni tampoco instrumentos de contrapoder obrero en el proceso revolucionario tal como sostenían los más radicales y extremistas. Trentin concibe los conse-



jos de fábrica como órganos del sindicato, de un sindicato más democrático, unitario –de todos los trabajadores, afiliados y no afiliados– para el control de la producción y de las condiciones de trabajo⁵⁹. En aquella época le conocí y nos hicimos amigos. Entonces yo era secretario provincial del PCI turinés.

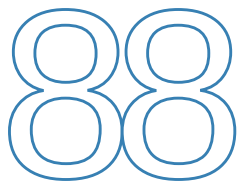
Por aquel entonces Trentin ya había madurado una posición original sobre el tema del gobierno de la empresa: la autogestión por parte de los trabajadores es errónea y está destinada a la derrota tanto en el plano económico como en el político; la vía es la cooperación conflictiva, que Trentin denomina «codeterminación», según la cual los consejos de delegados y los sindicatos tienen el poder del control de la organización del trabajo y el derecho de ser informados y participar en los planes de la empresa, pero sin confusión de papeles con la gestión de la empresa (el *management*) –a quien le corresponde la propuesta y la decisión final– ni tampoco mediante la participación accionarial ni otras formas de capital. Trentin, siendo secretario general, pidió y consiguió que el sindicato no estuviera presente en los consejos de administración de los entes públicos; tampoco era partidario del sistema dual de gestión, como en Alemania, porque a la larga daña el papel y la autonomía del sindicato⁶⁰. En la raíz de su concepción, al igual que Marx, está la



noción de que entre capital y trabajo la contradicción y el conflicto social son irreductibles. Quizá esta contradicción –me apresuro a añadir– no tiene la misma centralidad de hace tiempo, pero continúa siendo así. De todos modos Trentin es consciente que la conflictividad puede ser un factor positivo del desarrollo económico y social, y el necesario ingrediente de una sociedad pluralista y democrática siempre que se gestione con responsabilidad. Tanto sobre esta cuestión, como en otras, Trentin presenta un desafío positivo al liberalismo a partir de su núcleo central: la propiedad privada como matriz de la libertad. Sin embargo, para Trentin el trabajo es el derecho de los derechos, la garantía fundamental de la libertad de la persona. No hay libertad –es decir, posibilidad de auto realización– sin trabajo. El trabajo responsabiliza y socializa la libertad y es el fundamento de la igual libertad. Por lo demás, incluso John Locke, el padre del liberalismo, definió la propiedad privada como «trabajo acumulado», pero, según Trentin, la liberación humana no puede depender ni de la propiedad privada, ni coherentemente de la propiedad pública, de la estatal.

En la introducción a *Da sfruttati a produttori*, el libro que recoge su experiencia de quince años como secretario de los metalúrgicos, en el que desde el título es evidente el respeto que le tiene a Gramsci, hay una observación crítica que merece señalarse: «Es difícil substraerse de la sensación –es-





cribe en 1977— que, de manera recurrente, esta concepción de la clase obrera como clase dirigente, como clase de los productores [^] ha sido rebajada y superpuesta a los problemas específicos de la clase obrera italiana»; esta visión y «el proceso de transformación consciente del productor explotado se presentan referidos únicamente a la acción que los trabajadores pueden desarrollar fuera del centro de trabajo y, por lo tanto, en el exterior de su condición específica de explotados». Así, se cae inevitablemente en una exageración voluntarista, si no paternalista. En todo caso, la experiencia colectiva es substituida por la ideología. La construcción de un proceso se transforma en ‘llamamiento’ [^], es la fractura con la realidad en transformación»⁶¹. Aunque Trentin acepta la concepción gramsciana del «productor colectivo» cree que la clase obrera puede tener éxito si cambia su propia condición de trabajo y de vida a partir de la organización productiva, no si se queda en el limbo ideológico.

La ciudad del trabajo es, en cierto sentido, la conclusión de su recorrido en torno a Gramsci. Y es, como reconoce, incluso con menos generosidad con el fundador del PCI, que sin embargo le había inspirado —como a todos nosotros— que el proceso revolucionario de transformación socialista en Occidente es complejo y exige una mayor gradualidad y un trabajo en profundidad de hegemonía en la sociedad civil y en la cultura. «En Gramsci —dice Trentin en una conferencia en Torino el 21 de noviembre de 1997, pocas semanas antes de la publicación del libro⁶² —hay una contradicción de fondo entre un «historicismo finalista, bañado de determinismo» y «un voluntarismo prometeico» propio de un «misionero». Esta primacía de la voluntad permite la aceleración del proceso de la historia, «violentar los tiempos», pero no cambiar la dirección. Así pues, Gramsci es prisionero de dos principios de la ciencia política, inspirados impropriamente o no por Marx, de los que hemos hablado antes.

LAS LUCHAS OBRERAS DE 1968–1969 Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA PERSONA

Las grandes luchas obreras de finales de los años sesenta —escribe con orgullo en *La ciudad del trabajo*— pusieron en crisis el fordismo y el taylorismo, situando los problemas de la liberación del trabajo y del control efectivo del proceso productivo más allá de la lucha por los salarios. En esa dirección fue importante la contribución de la cultura de tradición cristiana, sobre todo, en la «defensa de la integridad física y moral de la persona humana, incluso con relación a la falsa cientificidad de la máquina taylorista». El personalismo cristiano de Jacques Maritain, Emmanuel Mounier y los escritos de Simone Weil sometieron a crítica con un «potencial subversivo» los imperativos de la historia y consecuentemente «el historicismo [^] ya oxidado con sus ‘etapas obligadas’ con sus insuperables ‘fases de transición’ y sus categorías conceptuales». Trentin descubre la persona humana y la coloca antes que la clase. La persona es el individuo elevado a valor porque tiene un proyecto de vida, de autoafirmación. Y añade: «En aquellos



años tomó cuerpo en lo más vivo del conflicto social y en un área muy articulada de la investigación teórica y empírica una nueva idea de la izquierda: el bosquejo de un proyecto de sociedad que ponía en movimiento el trabajo y sus transformaciones posibles⁶³. Un momento importante de esta investigación fue el seminario del Istituto Gramsci (Turín 8–10 de junio de 1973) sobre «Ciencia y organización del trabajo». Este seminario, hoy definitivamente olvidado, conoció la amplísima participación de obreros, técnicos y científicos de varias disciplinas que, durante meses, discutieron animadamente, con una profunda preparación en las más importantes realidades productivas, la relación entre trabajo y ciencia, la superación de la dicotomía entre fábrica y sociedad, una diferente organización del trabajo y el control de los trabajadores. Trentin participó con una ponencia junto a las de Giovanni Berlinguer y Adalberto Minucci, Raffaello Misiti y Gianni Cervetti⁶⁴. Sin embargo, este impulso y esta investigación se agotan a finales de los setenta.

Son múltiples las causas –incluida la debilidad del sindicato– de que no se pusiera al día la estrategia reivindicativa ante los cambios de las políticas de las empresas: lo testimonia la derrota en la FIAT en 1980. Sin embargo, lo que pesó más fue la debilísima reacción de la izquierda que, ya en el otoño caliente según Trentin, fue «de baja intensidad» ante los nuevos procesos a nivel mundial y nacional y no solamente la más marcada agresión del neoliberalismo con la política reaganiana sino con la caída del fordismo. Esta falta de reacción afecta tanto a los partidos como a la cultura de la izquierda. Y se concreta en el «definitivo divorcio de la producción como centro de interés, como terreno de conflicto». La dura polémica afecta a todos: en primer lugar a los partidos, que privilegia la gobernabilidad y el juego político en la cúpula; después a los intelectuales, incluso a los más radicales que en el pasado habían hecho de la fábrica y de la clase obrera el perno de su elaboración teórica y cultural, incluso reprendiendo al sindicato. No solamente los de *Lotta continua* que vociferaban aquello de «delegados farfolla»; y también los obreristas, es decir, los que teorizaron el *contropiano* y el salario político como arma revolucionaria de superación del capitalismo y ahora sostenían «la autonomía de lo político» ante los procesos sociales y políticos, además de los seguidores de Franco Rodano de la Revista Trimestrale, que pasaron del productor colectivo al consumidor colectivo, poniendo en el centro la distribución en vez de la producción.

LA NUEVA GEOGRAFÍA DEL TRABAJO Y LA SOCIEDAD DE LA GESTIÓN

A dieciséis años de la publicación del libro, el taylorismo no ha sido derrotado, continúa sobreviviendo, aunque con nuevas formas. En Italia está en marcha la crisis del fordismo: desaparecen cada año fábricas de 500 trabajadores e incluso de más de 250; los precarios alcanzan ya casi la mitad de los trabajadores dependientes. Pero el taylorismo se resiste a desaparecer. Incluso en países emergentes (China, India, Brasil y en los países del Este) fordismo y taylorismo se reproducen. En nuestro país «la cantera de la innovación organizativa postfordista –escriben los investigadores universita-



rios Giancarlo Cerruti y Marcello Pedaci— está funcionando desde hace poco tiempo, aunque los resultados son modestos y queda mucho por hacer»⁶⁵. Lo demuestran los estudios y las investigaciones más recientes sobre la condición de trabajo. La gran encuesta de la FIOM de 2007 (400.000 trabajadores consultados y 96.607 respuestas) demuestra que la lógica productiva se mantiene inalterada: ritmos sofocantes, tiempos saturados` Una menor capacidad de ejecución y una mayor responsabilidad en el trabajo que no infrecuentemente se hacen a medias, escribe Aris Accornero⁶⁶. Por otra parte, el «toyotismo» es una solución más aparente que real, como afirma Trentin. La investigación de la Fundación de Dublín, por encargo de la Unión Europea, en 31 países, algunos no europeos, confirma substancialmente los datos de la FIOM.

El último acuerdo sindical en la FIAT, impuesto por el administrador-delegado con un insensato referéndum entre los trabajadores, no se orienta, con toda seguridad, hacia la superación del taylorismo, va en dirección opuesta. La mayoría de los trabajadores, aunque por una escasa diferencia, lo ha aprobado porque tenía miedo de perder el puesto de trabajo. Todavía recuerdo las caras fatigadas y de rabia de las obreras, todas ellas de cierta edad, cuando salían de la puerta 2 de las carrocerías de Mirafiori⁶⁷.

Incluso allá donde es difusa la pequeña y pequeñísima industria —en Italia, el 95 % de las empresas están a la mitad de sus plantillas— no hay un cambio relevante en la autonomía del trabajo. La diseminación de los centros de producción y la dispersión de los trabajadores se afrontan de una forma nueva, formando largas cadenas en el espacio, pero siempre decididas y planificadas desde arriba, con controles informáticos, frecuentemente penetrantes, y practicando una dura individualización del trabajo con objetivos más incisivos y personalizados.

Obviamente, también existen centros de excelencia tanto en la industria como en los servicios y en la producción de bienes inmateriales, donde la relación entre la ciencia y la técnica y el trabajo es más orgánica; aquí la mayoría de la mano de obra, con estudios universitarios, tiene mayor autonomía. Pero no es la mayoría. También aquí el estrés del trabajo es alto, dada la organización del trabajo centralizada y dirigida desde fuera. Pino Ferraris —amigo de Trentin y mío— pocos meses antes de morir me envió dos ensayos de gran interés: el primero trataba del declive de la solidaridad en los centros de trabajo; el segundo sobre la larga lista de suicidios de trabajadores altamente cualificados en la France Telecom y en la Tecnocentro de la Renault, etc. En este último texto relata la explicación de Christophe Dejourns, importante psicólogo del trabajo: «Son suicidios de personas exitosas, normales, implicadas intensamente en su trabajo. Su gesto desesperado no puede imputarse a la vulnerabilidad psicológica individual. Es la organización del trabajo la que debe estar bajo acusación. El manager asigna individualmente unos objetivos imposibles. Así es que tienes que aguantarte porque hay que conseguir los resultados. Esto es lo que llaman «autonomía del trabajo»⁶⁸ (25).



Richard Sennet ya puso en evidencia que las características del trabajo ac-

tual –la flexibilidad, la movilidad y el riesgo– pueden debilitar la identidad laboral, hacer que se pierda el sentido del trabajo y minar el de la comunidad y la solidaridad entre los trabajadores, no solo los manuales y de ejecución, además de cambiar substancialmente el hombre⁶⁹. Es un cambio que afecta a todos los trabajadores, incluidos los altamente cualificados. Hoy, el peligro es mayor que antes porque es más estrecho el ligamen (y yo diría la dependencia) del poder de quien manda y dirige y la ciencia y la técnica, y entre estas últimas y el trabajo. No sé si Supiot tiene razón cuando escribe en la introducción de *La cité du travail* que la prevalencia de la técnica junto al mando unilateral y heterónomo del taylorismo podría conducir a una nueva tipología: el hombre «programable» donde lo que cuenta ya no es la cabeza del trabajador sino el computer⁷⁰. Es un hecho que crece pavorosamente el desnivel entre el predominio de la técnica y la capacidad humana de guiarla y controlarla.

En mi opinión, Trentin ha señalado bien el problema. Desde las primeras páginas de *La ciudad del trabajo* define nuestro mundo como «la sociedad



de la gestión». Hay ciertamente ejecutivos ilustrados; algunos de ellos tenían una relación de estima y tal vez de afecto con Trentin, que buscan con convicción y éxito extender la participación democrática y mejorar la calidad del trabajo, pero el sistema general no va en esa dirección. La sociedad de la gestión se orienta al beneficio inmediato y a privilegiar las inversiones en bienes y en la organización del trabajo a corto, no a medio y largo plazo. Esta es la naturaleza del capitalismo financiero dominante hoy que, por otra parte, tiene dimensiones

mundiales en el plano del mercado y del intercambio tanto de los productos como de la producción y del trabajo. De hecho, en los países emergentes, el taylorismo (como decía antes) todavía se sigue caracterizando por el trabajo en cadena de Charlot. En estas décadas, los managers han visto un aumento de diez –y tal vez de veinte veces– en sus emolumentos con respecto a lo que ganaban en los años setenta. En el periodo actual, de recesión económica en nuestro país, los cien super ejecutivos han ganado más de 400 millones de euros, cincuenta más que en el 2012 y cien más que en 2011. Esta ganancia es, en gran medida, el producto de las primas sobre las acciones gratuitas que han recibido y por las *stock options*⁷¹. La diferencia entre estas retribuciones y la de un trabajador normal es ahora abismal, incommensurable. La desigualdad, a nivel mundial y en cada país, representa ya la existencia de una oligarquía financiera con un excepcional poder económico y político, también sobre la técnica condicionando el curso no solamente de las empresas sino de los acontecimientos generales.



54 *La società degli alti salari*, in *Quarto Stato*, n. 6, junio 1950.

55 Relazione sulla FIAT, dactiloscrito, 1955.

56 La ciudad del trabajo. Capítulo 4. CAPÍTULO 4 (1) LA DISTRIBUCIÓN DE LAS RENTAS COMO VÍA AL SOCIALISMO y CAPÍTULO 4 (2) LA DISTRIBUCIÓN DE LAS RENTAS COMO VÍA AL SOCIALISMO

57 Bruno Trentin. *La libertà viene prima. La posta in gioco nel conflitto sociale*, Editori Riuniti, Roma 2004. *La libertad es lo primero*. Vid. *La libertad como apuesta del conflicto social*: <http://baticola.blogspot.com.es/2006/06/la-libertad-la-apuesta-del-conflicto.html>.

58 Los apuntes de la Constitución francesa e italiana se encuentran en Silvio Trentin: *Gli abbozzi della Costituzione francese e di quella italiana* in Silvio Trentin, *Scritti inediti. Testimonianze e studi*, Guanda, Parma 1972

59 Trentin reconoce que esta visión consejista, ligada al sindicato, es más cercana a las posiciones de Angelo Tasca que a la de Gramsci de 1919, aunque tenía una opinión muy negativa de Tasca a causa de su doble juego en los años de la guerra cuando fue funcionario del gobierno de Vichy.

60 Relazione Bruno Trentin en *Democrazia industriale: idee e materiali*, IRES-CGIL, abril – junio de 1980.

61 Bruno Trentin, *Da sfruttati a produttori. Lotte operaie e sviluppo capitalistico dal miracolo economico alla crisi*, De Donato, Bari 1977, p. LXXXIII del la introducción.

62 La conferencia de Turín, promovida por el Istituto Gramsci piemontese, se celebró en 21 de noviembre de 1997. Se publicó en *Quale Stato*, n. 3/4, 1997.

63 *La città del lavoro*, cit., pp. 228-230

64 Este seminario fue publicado en dos volúmenes a cargo de Editori Riuniti, 1973

65 El ensayo de G. Cerruti y M. Pedaci está publicado en *Quaderni di Rassegna sindacale*, n. 2, giugno, 2012.

66 Aris Accornero, *Lavoro e classe: la grande inchiesta della FIOM del 2007*, en *Lavoro e diritto*, n. 3, 2009.

67 Sobre este asunto puede consultarse el libro *Forza Lavoro*, de Maurizio Landini, cuya traducción española está previsto que sea editada por la Fundación 1 de Mayo en este otoño (NdT)

68 Pino Ferraris, *Inchiesta*, febbraio 2010. Véase http://theparapanda.blogspot.com.es/2010/07/los-suicidios-en-el-centro-de-trabajo_12.html (NdT).

69 Richard Sennet, *L'uomo flessibile*, Feltrinelli, Milano 2000. Traducción española: *La corrosión del carácter*, Anagrama.

70 Alain Supiot, introducción a *La cité du travail*, cit., p. 24. Versión on line en <http://encampoa-bierto.wordpress.com/2012/12/30/bruno-trentin-la-ciudad-del-trabajo-izquierda-y-crisis-del-fordismo-1/> (N. del t).

71 Gianni Dragoni, *Crescono i compensi dei super-manager di Piazza Affari*, en *Il Sole 24 Ore*, 21 luglio 2013.



DEL TRABAJO ABSTRACTO AL TRABAJO CONCRETO Y
EL PROYECTO DE NUEVA CIVILIZACIÓN

A pesar del intento de «salvaguardar el mito del trabajo como un apéndice ciego de una clase ejecutiva pensante», Trentin sostiene con convicción que el trabajo cambia. Por eso escribe en 2002 cuando le fue concedida la distinción de Doctor Honoris causa por la Universidad de Venecia: «Estamos ante el declive del trabajo abstracto sin calidad, la idea de Marx y el parámetro del fordismo.; hay que hacer del trabajo concreto, del trabajo pensado –y de la persona concreta que trabaja– la referencia de una nueva división del trabajo y una nueva organización de la empresa. La revolución tecnológica e industrial en curso contiene «la exigencia de redefinir los espacios de libertad, creatividad y auto realización de la persona» y liquida «las ba-

reras que lo separan del trabajo asalariado y del trabajo autónomo, el trabajo mercantilizado del trabajo voluntario, el trabajo abstracto del trabajo concreto». Y precisa: «El dato nuevo es que la calidad y creatividad del trabajo se está convirtiendo en un factor insustituible de la competitividad de las empresas y también de las naciones»⁷².

Ahora bien, es necesario distinguir la flexibilidad como ideología y la flexibilidad como realidad, es decir, como «fisiología de la empresa moderna». La primera tiene que ser combatida y derrotada, porque con-

duce a la precariedad, y el precario no es un hombre libre. Conduce a un «segundo mercado laboral, al poor work [trabajo pobre], al despilfarro de recursos humanos y profesionales, los cuales no han tenido la posibilidad de ponerse al día». El riesgo que prevalece hoy en el mundo del trabajo es la «amenaza de una profunda fractura social entre quien es dueño de un saber y quien está excluido del mismo». En el capítulo final de *La ciudad del trabajo* hay un buen plantel de propuestas. Hablamos de propuestas, no de la ferruginosa retórica de la centralidad del trabajo que hoy repiten todos, a diestro y siniestro.



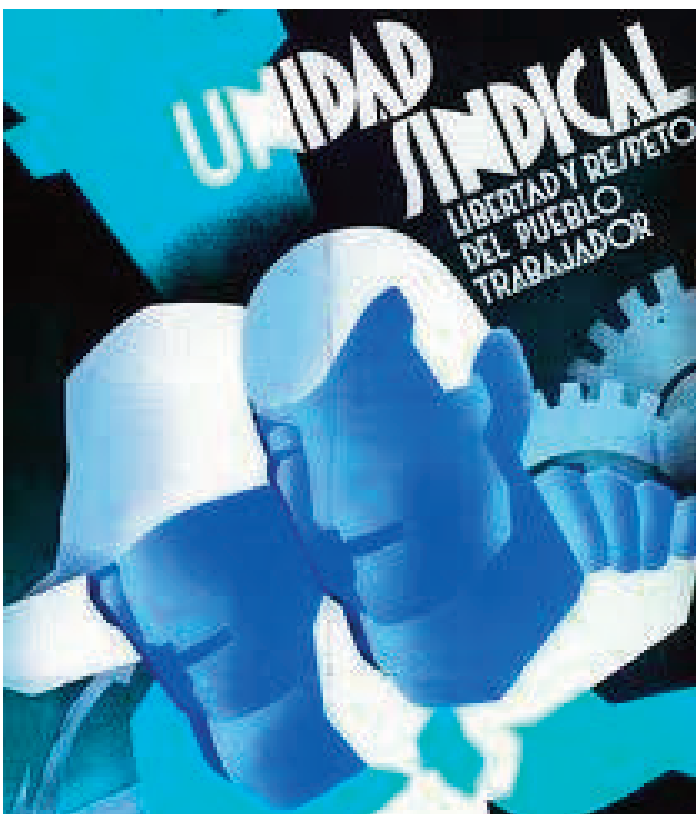
En primer lugar, un nuevo contrato social donde lo que prime sea la calidad y no la cantidad; la autonomía real del trabajo, esto es, la posibilidad y capacidad de seleccionar, de decidir y la responsabilidad del resultado. Lo que exige una mayor democracia en los centros de trabajo en el sentido más amplio, que puede realizarse si el trabajo es un derecho de ciudadanía garantizado constitucionalmente. La participación democrática de los trabajadores debe orientarse al control de la organización productiva y a favorecer planes de empresa que incentiven el conocimiento y la formación, también con el objetivo de aumentar la productividad.

La segunda gran propuesta que Trentin avanza es la formación permanente a lo largo de toda la vida. La flexibilidad no se traduce en precariedad si está acompañada por la formación, si no hay solución de continuidad entre un tra-

bajo y otro. Es la formación, la recualificación continúa, la garantía para el trabajador de nuevas tutelas a partir de la empleabilidad, es decir, el poder ser empleado y con seguridad económica. Por lo demás, el conocimiento del trabajador o, como se dice ahora, el capital humano, es el factor decisivo para aumentar la innovación y la productividad. Trentin es consciente que estos derechos de tan largo alcance exigen modificaciones radicales de los actuales convenios y relaciones industriales e incluso del Estatuto de los trabajadores, pero no se arredra. Plantea, además de una modificación substancial del sistema de asistencia social —que debe plantearse continuamente sus objetivos, incluso lo del gasto— la necesidad de invertir en la investigación y en la enseñanza. La financiación de esta auténtica revolución en el campo del trabajo y la industria debe ser, en gran medida, pública, pero puede tener el concurso de las empresas e incluso de los trabajadores.

El tercer bloque de propuestas se refiere al horario de trabajo. Trentin fue contrario a la reducción rígida del

tiempo de trabajo tal como se hizo en Francia con la ley de las 35 horas y como propuso *Rifondazione comunista* en los años 1997–1998 durante el primer gobierno Prodi. Estaba en contra; decía sarcásticamente que *Rifondazione* «se equivoca de capitalismo», no comprendiendo que el fordismo está en declive. Las 35 horas no permiten, de hecho, el control y la reducción del capitalismo. Sin embargo, hay que pensar a lo grande, con medidas que favorezcan el aumento de la población activa y el envejecimiento activo, de tipo voluntario, en respuesta al crecimiento de la esperanza de vida y a los cambios demográficos. Por ejemplo, la flexibilidad de salida del trabajo; la gradualidad del tiempo y del horario de trabajo, sobre todo semanal, según la edad y más disponible a permisos familiares, tanto del padre como de la madre; mayor oportunidad para permisos sabáticos por motivos de estudios. Tal flexibilidad debe valer —también y quizá en mayor medida— para los jóvenes con la idea de permitir una mayor integración entre estudio y trabajo⁷³.



Al final de su vida Trentin centra su interés en la relación entre trabajo y conocimiento. Giovanni Mari, cuando diez años después recordó la distinción de Doctor Honoris causa de Trentin, reveló que plantear «los centros de trabajo como organización que crean conocimiento» es una intuición extraordinaria porque contiene «la idea del gran cambio que no se refiere sólo a la organización de la producción y el trabajo, sino a toda la sociedad e indica el camino de una nueva civilización»⁷⁴. Me parece que también Jacques Delors, en el prólogo a la edición francesa, señala una evidencia análoga cuando escribe que Trentin busca «construir la sociedad del trabajo sin ingenuidad alguna, sin falsas ilusiones, con el concurso de todos: desde el investigador al ingeniero, desde el obrero al encargado, desde el programador al responsable provocando que emerja la inteligencia colectiva de los trabajadores»⁷⁵(32). Uno de los momentos más felices de Bruno Trentin con relación a Delors fue cuando el Parlamento europeo discutió y aprobó en la Conferencia de Lisboa el programa de desarrollo sobre la economía del conocimiento al que Trentin aportó una notable contribución. Un programa que, sobre todo, merece ser actualizado⁷⁶. Aunque con cierto esfuerzo la inno-

vación tecnológica basada en el conocimiento toma cuerpo y se está conformando una nueva geografía del trabajo como testimonia el libro de Enrico Moretti, economista italiano que enseña en Berkeley. El mapa de las innovaciones en los productos y en los procesos productivos está cambiando también la geografía y las ciuda-



des: en las más innovadoras el empleo es mayor y también el bienestar. Esto sucede en los Estados Unidos, pero también –aunque en menor medida– en Europa⁷⁷.

En el pensamiento de Trentin hay, sin duda, una vena o, mejor dicho, una tensión utópica. Bruno no lo esconde. Pero ¡jojo con endosarle la máscara de un Aristófanes de turno diciendo que tiene la cabeza en las nubes. Su proyecto es serio y realista. Ahora se está convirtiendo en más actual. En una sociedad como la de hoy donde todo –desde la economía a la vida afectiva y sexual, del espectáculo al arte– está orientado al breve plazo y al consumo inmediato, una sociedad llena de intolerables desigualdades, de injusticias y egoísmos exhibidos y arrogantes, una sociedad cada vez más frágil y vulnerable, en gran medida a causa de la falta de trabajo y de pre-



cariedad, es más que razonable sostener que el derecho al trabajo es la prioridad y la base de una nueva civilización. Atención: no se trata de un salario o renta mínima garantizada de la que Trentin fue siempre coherentemente crítico (apoyaba solamente una renta mínima de inserción en el trabajo acompañada de un programa de formación), sino de un derecho al trabajo que ofrezca seguridad a la persona humana y, sobre todo, aumente su libertad y su conocimiento y la posibilidad de realizarse. Por ahí pasa su deseado nuevo humanismo.

UNA IZQUIERDA NUEVA

Cuando acaba la redacción de *La ciudad del trabajo* Trentin declara que se siente parte de la izquierda libertaria que ha sido minoritaria en el movimiento obrero y en la izquierda. Es la izquierda que tuvo en el centro de su interés y de su acción el trabajo y el proceso productivo, la que ha situado la primacía en la sociedad civil, no en los juegos políticos de las cúpulas. Este capítulo, «Las otras vías», es una miscelánea de la izquierda herética de matriz comunista, socialista, liberal-democrática y de aquel liberalismo revolucionario a lo Carlo Levi del que se nutrió siendo joven. De ese modo responde a la pregunta que se pone al principio: «¿Había otra izquierda?». Había, hay y debe haber, responde, siempre que la izquierda tenga la voluntad política de proponer una vía alternativa al neoliberalismo, agresivo y frecuentemente salvaje, si quiere construir una vía que no sea una panacea o un paliativo; que sea capaz de cambiar el trabajo y la vida para dar vida a una nueva civilización.

Comparto lo que escribe Supiot: «La invitación de Trentin a situar el trabajo y la libertad humana en el centro de la política de izquierda no debe entenderse solamente como un llamamiento a la justicia sino incluso –o quizás sobre todo– como una llamamiento a la razón y el buen sentido»⁷⁸. Es una invitación, añadido, que intenta dar una respuesta positiva a la cuestión de la democracia *tout court*, hoy claramente en dificultad. El constitucionalista Vittorio Angiolini ha definido que la visión democrática de Trentin es herética ya que su núcleo es la auto tutela individual y colectiva de la libertad y los derechos conquistados. Es, pues, una democracia que, reconociendo el valor de la democracia representativa de matriz liberal, se ejercita –quizás ante todo– por la base, en la sociedad civil en un enraizado sistema de autonomías. En *La ciudad del trabajo* es explícita esta visión: la auto organización social legitima el Estado y no al revés. Realmente escribe en las últimas páginas que es necesario promover «la formación de un Estado que sea expresión de la sociedad civil y se muestre capaz de promover, cada vez más, unos derechos para favorecer la búsqueda de la auto realización de la persona humana, en primer lugar en el trabajo»⁷⁹. Según Norberto Bobbio, la democracia es «subversiva» porque arranca desde abajo, pero para ser tal –parece decir Trentin– el voto y la aceptación de la alternancia y del recambio entre orientaciones contrapuestas deben caminar al lado de una robusta sociedad civil, compuesta de partidos, sindicatos, asociaciones y redes in-



formativas que adiestren a los ciudadanos a la cultura democrática, la convivencia civil, la salvaguarda de los bienes comunes y la creciente participación en la vida pública.

La autonomía es la nueva forma del Estado federal y, en general, el lugar político e institucional para la auto educación civil y democrática del ciudadano y de las masas. Es evidente la herencia del *azionismo* más progresista y especialmente de su padre, Silvio Trentin.

Trentin desconfía del poder y, en primer lugar, de las élites que sin alterancia se transforman fácilmente en castas auto referenciales narcisistas o jacobinas, aunque se afirmen, en primera instancia, con procedimientos democráticos. Para Trentin, Gaetano Mosca era un politólogo reaccionario. Incluso aquí, Angiolini capta bien la heterodoxia trentiniana cuando escribe que para él «el poder heterónomo, aunque sea democrático, es imprescindible para la vida social, pero siempre es imperfecto, incompleto y sospechoso frente a la auto afirmación» porque tiende a «perpetuarse a sí mismo y a sus contradicciones poniendo frenos a la libertad»⁸⁰. Eso vale tanto para la economía de mercado como para el capitalismo. Pero igualmente vale para el socialismo. Incluso por esto, el socialismo –en el que continúa creyendo– no es un modelo definido y concreto, sino un proceso, una búsqueda de libertad y opción, no como necesidad de la historia. El corazón de ello es, ante todo, la libertad en el trabajo. Hay que situar la política, en primer lugar, con el objetivo de crear libertad y derechos universales, con la reducción de las distancias y desigualdades entre gobernantes y gobernados, entre los que dirigen y los que son dirigidos.

Cuando en 1989 se plantea la disolución del PCI, al que se afilió en 1950, y la constitución de un nuevo partido, Trentin estuvo de acuerdo. De hecho, ya en 1990 promovió la liquidación de la corriente comunista y de todas las corrientes en el interior de la CGIL. Sin embargo, no debía limitarse, en primer lugar, al cambio de nombre, tenía que estar precedida por un debate serio y profundo sobre el diseño y los contenidos programáticos, por un gran proyecto y, en segundo lugar, su objetivo debía ser el partido del trabajo y tener como eje los sindicatos de los trabajadores, aunque no de manera exclusiva y determinante, no como el modelo de los laboristas, pero como protagonistas de la reforma de la sociedad civil. Las cosas, como es bien sabido, no fueron de esa manera: prevaleció la naturaleza transformista del nuevo partido, diría Trentin.

En uno de los últimos cuadernos de su diario Trentin escribe: «Siento que mi mensaje sobre la libertad en el trabajo, la posibilidad de auto realización de la persona humana no ha salido adelante, y que la política ha tomado otro camino. Esto quiere decir ´out´. ¡Madre mía!». No, *La ciudad del trabajo* no es un libro ´out´. Es un libro que permanece, que es necesario leerlo más veces, como un «clásico». Se puede compartir o no su visión, una auténtica apología del trabajo, una utopía no maximalista, concreta, experimental, cotidiana. No obstante es una respuesta al caos, a los demonios del poder, a la impotencia y al drama de la política; es, pues, una parte de nuestra historia, no sólo de la de ayer, sino de hoy y de la futura⁸¹.



NOTAS

72 *La lectio doctoralis*: <http://baticola.blogspot.com.es/2006/07/trentin-doctor-honoris-causa-en-la.html>

73 En el mismo sentido se orienta la propuesta de Kernal Dervis, responsable del programa de Naciones Unidas, *Il lavoro su misura de ogni età en Il Sole 24 ore*, 28 de julio de 2013

74 Giovanni Mari, Discurso manuscrito para los diez años del Honoris causa, Venezia, 12 diciembre 2012.

75 Sull'Europa v. *Bruno Trentin. La sinistra e la sfida dell'Europa politica*, a cargo de Sante Cruciani, prólogo de Iginio Ariemma, Ediesse, Roma 2011; y Bruno Trentin e la sinistra italiana e francese, a cargo de Dante Cruciani, Collection de l'École française de Rome, n. 46, 2012.

76 Jacques Delors, prefacio a *La cité du travail*, cit.

77 Enrico Moretti, *La nuova geografia del lavoro*, Mondadori, Milano 2013. Nota del traductor: Véase en [La nuova geografia del lavoro.indd](#)

78 Alain Supiot, introducción, cit., p. 28

79 La ciudad del trabajo, citada.

80 Vittorio Angiolini, en *Il futuro del sindacato dei diritti*, cit., pp. 35-59.

81 A Trentin le gustaba mucho la canción *Le temps des cerises*:
<http://www.youtube.com/watch?v=HK2ZNDujsQA>, que tanto cantaron durante la Comuna de



1926-1943. NACIMIENTO Y ADOLESCENCIA EN FRANCIA

Bruno Trentin nació el 9 de diciembre de 1926 en Pavie, un pequeño núcleo de población situado en las proximidades de Auch, la capital de la Gascuña. Su padre, Silvio, profesor de Derecho público y administrativo en la Universidad de Venecia, y seguidor de Giovanni Amedola, había decidido exiliarse en Francia con su familia, para no someterse a las imposiciones fascistas que castigaban la libertad de enseñanza y de opinión. Únicamente le imitaron Gaetano Salvemini y Francesco Saverio Nitti.

La familia, compuesta además de Silvio por su mujer Beppa Nardari y por sus hijos Giorgio y Franca, que tenían 8 y 7 años más que Bruno, abandonó Venecia a principios de febrero de 1926. Bruno realizó todos sus estudios en Francia, primero en Auch, donde se trasladó la familia siguiendo al padre, que después del fracaso de un negocio agrícola, trabajó durante siete años aproximadamente como empleado en una tipografía; y más tarde, en Toulouse. En Toulouse, gracias a la ayuda de algunos amigos, Silvio Trentin abrió la Librairie du Languedoc, que se convirtió en un centro del antifascismo italiano e internacional. Allí se firmó en 1941 el Pacto de unidad de acción antifascista entre Justicia y Libertad, organización de la que Trentin era uno de los máximos dirigentes, el Partido socialista y el comunista. La casa de Trentin de Toulouse acogió en aquellos años a la mayor parte de los dirigentes antifascistas comunistas, socialistas, anarquistas y accionistas: desde Pietro Nenni hasta Giorgio Amendola, Lussu, Salvemini, Nitti, Garosci, y otros. A Bruno le gustaba decir que había conocido a la clase dirigente nacional desde debajo de la mesa, es decir de niño.

Bruno fue un muchacho precoz. Tenía poco más de 16 años cuando creó una «banda» de tendencia anarquizante, el GIF (Group Insurrectionnel Français), fue detenido y encarcelado durante algunos días por la gendarmería francesa. El padre, Silvio, después de la ocupación nazi de Francia había fundado el movimiento de la Resistencia «Libérer et Fédérer», pero prohibió a Bruno participar en él mientras no hubiera terminado sus estudios.

**SETIEMBRE 1943-1945. EL PARTISANO LEONE**

Silvio Trentin, con su mujer y sus hijos Giorgio y Bruno (Franca se quedó en Francia) volvió a Italia después de la caída de Mussolini, pocos días antes del 8 de Setiembre. Junto a Concetto Marchesi y a Egidio Mereghetti, ambos

profesores en Padua, formó el triunvirato del CLN (comité de liberación nacional) del Véneto, encargado de dirigir la actividad militar de la Resistencia. Esos meses – de setiembre a mediados de noviembre – fueron relatados por Bruno en *Le Journal de guerre*, un diario escrito en francés que no fue encontrado hasta después de su muerte, publicado por Donzelli en 2008. Bruno siguió a su padre en el día a día de su actividad de organización de la guerra partisana en el triángulo formado por Treviso, Padua y Venecia. Una actividad en buena parte clandestina. Los dos fueron detenidos y encarcelados en Padua a mediados de noviembre. El diario se interrumpe en ese momento. Más tarde fueron liberados, bajo vigilancia, al sufrir el padre un nuevo ataque al corazón en la cárcel. Fue a restablecerse primero a Treviso y luego a Monastier, donde murió el 12 de marzo de 1944. Tan sólo Radio Londres dio la noticia: «*Death of a leader.*»

Bruno, que al morir su padre aún no había cumplido los 18 años, se dedicó en cuerpo y alma a la lucha partisana: primero en la comarca de Treviso, sobre todo en los Prealpes, por encima de Conegliano, y luego, después de la operación alemana de rastrillado en el verano de 1944, en Milán, a las órdenes del CLN de la Alta Italia, y de Leo Valiani, a quien lo confió su padre antes de morir.



Bruno se convirtió así en el partisano Leone (lo recuerda Valiani en el memorial *Tutte le strade conducono a Roma*, 1947). Y realizó acciones de un gran valor, incluida la liberación de la ciudad de Milán al mando de la Brigada «Fratelli Roselli». Su actividad como partisano le valió después de la Liberación el reconocimiento del grado de capitán del ejército y la cruz al valor militar.

Ver:

- Entrevista a Bruno Trentin *Nella Resistenza, vecchi e giovani a Venezia 60 anni dopo*, a cargo de G. Albanese y M. Borghi, Iveser, Venecia 2004;
- Videoentrevista a Bruno Trentin por Franco Giraldi en 1998, incluida en el filme *Con la furia di un ragazzo*, Ediesse, Roma 2008;
- Bruno Trentin, *Diario di guerra*, con introducción de I. Ariemma, Donzelli, Roma 2008;
- Bruno Trentin, *Dalla guerra partigiana alla CGIL*, a cargo de I. Ariemma y L. Bellina, Ediesse, Roma 2008;
- Carlo Verri (editor), *I Trentin a Mira nella resistenza*, ANPI, Mira 2013.

Después de la Liberación, Bruno Trentin pasó a ser un militante casi a tiempo completo del Partido de Acción (PdA), al que estaba afiliado: como redactor de *Italia libera* y de *Il Giornale di Mezzogiorno* fundado por Riccardo Lombardi (periódico que tendría una vida brevísima) y sobre todo como organizador del movimiento juvenil. Tuvo también contactos con el grupo Spinelli sobre el federalismo. En este período vivió entre Milán, Padua, en cuya Universidad se había matriculado en la Facultad de Derecho, y Treviso, donde residía su familia.

Participó con intensidad en la historia atormentada del PdA (la escisión Parri-La Malfa, el intento unitario de Foa y Lombardi, etc.) hasta la disolución (octubre de 1947) y la confluencia de la mayoría en el Partido socialista. Sin embargo, Bruno no se adhirió. Permaneció en lista de espera, y se aproximó poco a poco al Partido comunista.

En el ínterin – primavera-verano de 1947 – fue a los Estados Unidos, a Harvard, gracias al empeño de Gaetano Salvemini, para profundizar en su tesis de doctorado. Se doctoró en Padua el 16 de octubre de 1949, en el Instituto de Filosofía del Derecho de Norberto Bobbio, con la tesis «La función del juicio de equidad en la crisis jurídica contemporánea (con especial referencia a la experiencia jurídica americana)». El relator de la tesis fue Enrico Opocher, que había sustituido poco antes a Bobbio, al trasladarse éste a Turín. Tanto Bobbio como Opocher eran miembros del PdA. La tesis ha sido publicada en *Bruno Trentin tra il Partito d'Azione e il Partito Comunista. Gli anni dell'Università di Padova*, a cargo de I. Ariemma. Ediesse, Roma 2009.

1950-1962. LA FORMACIÓN INTELECTUAL Y EL PUNTO DE INFLEXIÓN DE 1956

Después del doctorado, a finales de 1949, Bruno fue llamado por Vittorio Foa, al que había conocido en Milán durante la Resistencia, para formar parte como investigador del departamento de estudios de la CGIL; y se trasladó a Roma. Se convirtió así en uno de los colaboradores más directos de Giuseppe di Vittorio, al que Bruno ha reconocido siempre como maestro suyo, tal vez el principal. Permaneció en el departamento de estudios incluso después de la muerte de Di Vittorio (1957), y en 1959 fue nombrado su director, y vicesecretario general de la CGIL.



En 1950 se afilió al PCI, y en 1960 entró a formar parte del Comité central. Su adhesión habría sido improbable sin el partido nuevo, de masas, menos ideológico y más programático, forjado por Palmiro Togliatti. Bruno estaba considerado, no sólo por Di Vittorio sino también por el vértice del PCI, como uno de los jóvenes más prometedores al que había que seguir de cerca,

como testimonio Foa. Fue «orgánico» a la intelectualidad de izquierda y no sólo a la comunista, como lo demuestran sus amistades y contactos con la izquierda europea, en especial la francesa.

En 1950 escribió la reseña del recién publicado *Americanismo e fordismo*, de Gramsci (*La sociedad de los salarios altos*, en *Quarto Statto*, revista dirigida por Lelio Basso, junio de 1950).

En 1952 recibió el encargo de redactar un análisis detallado del Plan Schuman sobre la creación de la comunidad económica europea del carbón y el acero. Cumplió su cometido de forma rigurosa y sin sectarismo (*La amenaza del Plan Schuman*, en *Quaderni di Notizie Economiche*, junio de 1952).

En 1953 Trentin pasó por momentos difíciles y pidió, a causa de desavenencias con el responsable del departamento de estudios, pasar al PCI. Su petición fue bien acogida por Longo y Scoccimarro, pero Di Vittorio no le dejó marcharse y se lo llevó consigo a Viena, al Congreso de la Federación Sindical Mundial en el que presentó la Carta de derechos sindicales válidos para los trabajadores de todo el mundo (la correspondencia entre Trentin y el departamento económico del PCI se conserva en los archivos del PCI en el Instituto Gramsci).

En 1954 formó parte de la primera delegación sindical enviada a China después de la revolución maoísta. El viaje produjo un largo ensayo en forma de reflexión personal (*L'eredità della lunga marcia*, publicado en la revista trimestral *Società*, año X, n. 4, 1954).

Participó en varias iniciativas relacionadas con el Piano del Lavoro de la CGIL y en 1955, después de la grave derrota de la FIOM en las elecciones a las comisiones internas de la FIAT, fue enviado por Di Vittorio a Turín para averiguar qué era lo que no funcionaba, y analizar los cambios en las condiciones de trabajo.

El informe, redactado juntamente con los dirigentes de la Camera del lavoro turinesa, fue decisivo para cambiar la estrategia de la CGIL y en particular la orientación de Di Vittorio, al determinar la denominada «vuelta a la fábrica» del sindicato. En estos años es difícil encontrar una iniciativa económica en la que no aparezca Trentin: desde el Instituto Gramsci (fundado en 1950), en el que ejerció con frecuencia tareas de docente, a la colaboración asidua en *Critica economica*, dirigida por Antonio Pesenti, a los simposios sobre «Los trabajadores y el progreso técnico», sobre la autogestión yugoslava, sobre las human relations, etc. Estuvo presente también en el Centro de investigaciones económicas del Instituto Feltrinelli sobre la cuestión septentrional, dirigido por Luciano Cafagna y Silvio Leonardi; e intervino con un informe en el simposio promovido por Danilo Dolci (*Una política para el pleno empleo*, Palermo 1,2 y 3 noviembre 1957, Einaudi, Turín 1958). En 1959 elaboró las conclusiones de la amplia discusión entablada sobre el capitalismo y la industria estatal, en *Politica ed economia* (junio 1959, n. 6).



Con todo, el verdadero punto de inflexión de su pensamiento tuvo lugar en los años 1956-57, como consecuencia de los acontecimientos relacionados con los países socialistas del Este de Europa, Hungría en particular. Bruno Trentin, que tenía entonces treinta años, era responsable de la célula comunista de la CGIL en Corso d'Italia. De total acuerdo con Di Vittorio y la secretaría confederal, condenó de forma explícita la invasión soviética y la represión húngara. Sin embargo, a diferencia de Antonio Giolitti, amigo suyo y muy cercano políticamente, no dejó el partido. Después de aquellos acontecimientos se acentuó su orientación crítica en relación con el socialismo de Estado, y en favor de un proceso histórico de revolución desde abajo en el que la conquista del poder político no debía ser el elemento central y prioritario de la vía hacia el socialismo.

Participó con apasionamiento, después del terremoto de 1956-57, en las intensas conmociones que sacudieron a la izquierda: los primeros pasos del nacimiento del centro-izquierda, la aceleración de la vía democrática y parlamentaria del socialismo incluso en el interior del PCI, la polémica sobre las características del capitalismo italiano y su presunto atraso, las diatribas sobre la naturaleza del progreso tecnológico y sus efectos sobre los trabajadores, la discusión sobre el control obrero y los institutos de democracia obrera. En la onda de estos fermentos surgen nuevas revistas como *Passato e presente*, *Problemi del Socialismo*, *Mondo Nuovo*, *Politica ed economia*, *Il contemporaneo*, hasta los *Quaderni Rossi*. Otras revistas se renuevan, entre ellas *Rinascita* o *Mondo Operaio*. Trentin fue muy crítico en relación con lo que definió como «ilusión dirigista» del centro-izquierda, pero al mismo tiempo no hizo la menor concesión a las posiciones obreristas que de forma simplista negaban las contradicciones internas del proceso de desarrollo capitalista o incluso del mismo progreso tecnológico, y teorizaban un omnipotente plan del capital al que se debía oponer el “contra-plan” de la clase obrera. También en lo que se refiere a la búsqueda de nuevas formas de democracia obrera y sindical, Bruno tuvo siempre mucho cuidado de no contraponer esas nuevas propuestas a la democracia representativa parlamentaria. Es indicativo al respecto el informe que, junto a Foa, presentó en 1960 a la convención internacional sobre «Progreso técnico y sociedad italiana». La convención estaba presidida por Franco Momigliano, dirigente entonces de Olivetti y también procedente del accionismo, que con Georges Friedman, presente en la convención, ejerció cierta influencia sobre Foa y Trentin en materia de democracia industrial.

En el verano de 1960 viajó al África central y allí, durante una larga estancia, mantuvo contactos con los líderes más prestigiosos de los movimientos anticolonialistas, antes de caer enfermo de malaria.

En los años cincuenta se casó con Luciana Rampazzo. La hija mayor, Antonella, nació en 1956, y Giorgio, el segundo, en 1964. Luciana y Bruno se separaron a finales del decenio de los sesenta, aunque siempre mantuvieron una relación afectuosa.



En febrero de 1962 Trentin fue elegido secretario general de la FIOM. No había buscado ese nombramiento, antes al contrario, al menos en parte lo sufrió. De hecho, incluso entonces siguió siendo criticado como investigador, como estudioso y como sindicalista. El simposio del Instituto Gramsci de 1962 sobre el capitalismo italiano, en el que desarrolló una de las ponencias, después de la de Giorgio Amendola y la de Antonio Pesenti y Vincenzo Vitello, le dio renombre a nivel nacional como intelectual y como sindicalista. En 1965 le fue confiada una ponencia en un nuevo simposio sobre las tendencias del capitalismo europeo.

Bruno fue uno de los protagonistas de las luchas obreras de los años sesenta y setenta. El otoño caliente, el bienio 1968-69, lleva su firma. Así como el sindicato de los consejos de fábrica y la experiencia unitaria de la Federazione Lavoratori Metalmeccanici (FLM), que concluiría en 1984.

En 1966 fue elegido diputado en el Parlamento italiano, pero dimitió antes del final de la legislatura (fue uno de los primeros) para acelerar la normativa sobre incompatibilidad entre los cargos sindicales y los políticos e institucionales.

Sobre estos años escribió continuamente hasta el final de su vida:

- *Da sfruttati a produttori*, De Donato, Bari 1977;
- (con Bruno Ugolini), *Il sindacato dei consigli*, Editori Riuniti, Roma 1980;
- (con Guido Liguori), *L'autunno caldo, il secondo bienio rosso*, Editori Riuniti, Roma 1999.

Sin duda Trentin formó objetivamente parte – no secundaria – de la izquierda sindical. Pero desde una postura original, autónoma, nunca maximalista aunque con una fuerte carga de proyecto. Tan autónomo fue, que nunca reclamó como propia esa pertenencia. Por lo demás, en estos años fue significativo el influjo de la cultura cristiana, como ha reconocido siempre (en especial del pensamiento de E. Mounier y de J. Maritain), que le permitió descubrir por una parte el valor de la persona humana, indistinta, indivisible e irreducible a cualquier pretensión ideológica, y por otra parte lo erróneo del determinismo y del historicismo finalista.

A partir del simposio Gramsci sobre el capitalismo, en el que sostuvo una polémica abierta y dura con Giorgio Amendola, su posición política en el interior del PCI se aproximó más aún a la de Pietro Ingrao, cuya amistad mantuvo a lo largo de toda su vida, aunque la relación política entre ellos menguara y se distanciara con el tiempo.

Con el PCI Trentin pasó por épocas mejores y peores, pero su relación fue siempre leal y rigurosa en cuanto al respeto de las reglas internas, a pesar de su pensamiento heterodoxo. Incluso en 1989, cuando el PCI se disolvió, Trentin continuó en el Partido de los demócratas de izquierda, y liquidó la corriente comunista y las demás corrientes en el interior de la CGIL.



Vittorio Foa, que conocía bien a Bruno, se preguntó en *Il cavallo e la torre* (Einaudi, Turín 1991) por qué era comunista Trentin, y escribió: «Yo era de la opinión de que no había que programar demasiado el futuro sino proponernos lo que nos parecía esencial y *luego chaque jour a sa peine*. En cambio Bruno se empeñaba más en pre-



ver los obstáculos y tomar de antemano medidas para superarlos, porque veía los obstáculos no como puros impedimentos sino como comportamientos de personas en cuya participación era necesario pensar con anticipación» (p. 223). Este párrafo subraya la proyectualidad como carácter típico de Bruno, una proyectualidad no abstracta, ni caprichosa ni elitista, sino tendente a conseguir una participación democrática más amplia. Foa lo comparó a Di Vittorio: «Di Vittorio tenía una adhesión sincera al Partido comunista, pero lo deseaba a su imagen y semejanza. En este aspecto, Bruno Trentin era bastante parecido a él.»

En los primeros años setenta Bruno conoció a Marcelle Padovani, redactora del *Nouvel Observateur*, con la que compartió su vida.

1977-1988. BAJO LA DIRECCIÓN DE LUCIANO LAMA

Después de haber dimitido como secretario de la FIOM, formó parte de la secretaría general de la CGIL, desde donde dirigió varios sectores de trabajo: democracia económica e industrial, mercado de trabajo, empleo público, estudios e investigaciones, etc. Promovió en esos años la idea del plan de empresa, el IRES (Istituto di ricerca economica e sociale) y más tarde el Instituto superior de formación, el gabinete jurídico, etc.

Cuando en 1986 Luciano Lama dejó la dirección de la CGIL, los dos candidatos naturales a sucederle eran Trentin y Sergio Garavini, pero a propuesta del propio Trentin fue elegido secretario Antonio Pizzinato.

Fue aquel un decenio difícil para él, también en el plano existencial. La relación con Lama fue siempre bastante tensa, dadas las divergencias políticas entre los dos; pero en 1996, a la muerte de Lama, escribió en su diario: «Nos separaron muchas cosas durante su dirección de la CGIL y después, y desde luego nuestros “anhelos” eran distintos, pero él fue el mejor dirigente que la CGIL podía desear en el largo período de su mandato, e imprimió su sello en una etapa importante de la vida del sindicato, y ciertamente de la mía.»



El 29 de noviembre de 1988 – tenía 62 años – fue elegido secretario general de la CGIL. Su dirección renovó radicalmente la Confederación: la persona de los trabajadores antes que la clase, la solidaridad entre los trabajadores basada en el proyecto, el programa antes que la ideología, los derechos universales como prioridad en la lucha social, los derechos sociales a la par con los derechos civiles y políticos.

En el XII Congreso de 1991 hizo aprobar a la CGIL el programa fundamental, por primera vez en su historia.

Un momento difícil para Trentin llegó en julio de 1992, cuando, después de haber firmado junto a la CISL y la UIL el acuerdo con el gobierno Amato por el que se abolía la escala móvil, dimitió de su cargo. La dirección de la CGIL rechazó la dimisión, porque comprendió que Trentin había actuado por sentido de la responsabilidad nacional (el interés general) y para salvaguardar la unidad sindical y la interna de la CGIL. Trentin se tomó de alguna manera el desquite el año siguiente, al suscribir con el gobierno Ciampi el pacto llamado de la «concertación», que reconocía la función del sindicato en la determinación de la política económica y social nacional y sobre todo la presencia del sindicato en los lugares de trabajo para la contratación articulada integradora, función que el gobierno Amato no había reconocido. Su actividad fue decisiva en la participación de Italia en la unificación monetaria europea, plasmada en el Tratado de Maastricht de 1992.

En junio de 1994 dimitió voluntariamente de la secretaría; le sucedió Sergio Cofferati.

Il futuro del sindacato dei diritti, scritti e testimonianze in onore di Bruno Trentin, a cargo de I. Ariemma, Ediesse, Roma 2009.

1994-1999. LA CIUDAD DEL TRABAJO

Después de dimitir, continuó en los organismos de la CGIL como responsable del Ufficio di programma, y sobre todo volvió a la actividad de investigador socioeconómico, como decía con alguna coquetería. Escribió mucho:

- (con Bruno Ugolini), *Il coraggio dell'utopia*, Rizzoli, Milán 1994;
- *Lavoro e libertà nell'Italia che cambia*, Donzelli, Roma 1994;
- (con Louis Anderson), *Nord e sud, diritti del sindacato nel mondo*, Ediesse, Roma 1996;
- *La città del lavoro. La sinistra e la crisi del fordismo*, Feltrinelli, Milán 1997;
- (con Adriano Guerra), *Di Vittorio e l'ombra di Stalin. L'Ungheria, il PCI e l'autonomia del sindacato*, Ediesse, Roma 1997.



Después del final del PCI se sintió cada vez más parte de una izquierda diferente, de matriz libertaria, en la que en el centro de la política debía estar el trabajo, y en el centro del trabajo la libertad humana.

1999-2007. EN EL PARLAMENTO EUROPEO

En junio de 1999 fue nominado candidato a propuesta de los Demócratas de izquierda, y elegido para el Parlamento europeo. Fue un período feliz de actividad intensa en el que, como parlamentario, contribuyó de forma señalada a la Carta europea de los derechos de Niza y a la Conferencia de Lisboa sobre la economía del conocimiento. Decía que llevaba en la sangre el federalismo europeo.



En 2000 publicó con Carla Ravaioli *Il proceso alla crescita* (Editori Riuniti). En 2001, después del Congreso de Pesaro fue elegido presidente de la Comisión de Proyecto de los Demócratas de izquierda. En 2002 recibió de la Universidad de Venecia el doctorado *honoris causa*, que honró con la *lectio doctoralis* «Trabajo y conocimiento». Al término de su mandato parlamentario, en 2004, publicó *La libertà viene prima. La posta in gioco nel conflitto sociale* (Editori Riuniti, 2004). Sus escritos más significativos de este período están reunidos en Bruno Trentin, *La sinistra e la sfida dell'Europa politica*, a cargo de Sante Cruciani, Editori Riuniti, Roma 2011; *Bruno Trentin e la sinistra italiana e francese*, a cargo de Sante Cruciani, École Française de Rome, 2013.

Trentin murió el 23 de agosto de 2007 después de que una caída de bicicleta en el Alto Adige, cerca de San Candido, en agosto de 2006, le causó un trauma craneal del que no llegó a recuperarse.

ESTOS PAPELES
EN CAMPO ABIERTO
SE HAN EDITADO
EN SEVILLA, EN
SEPTIEMBRE DE
2014



DISEÑO Y MAQUETACIÓN: F. GERMÁN MONTES